

Eduardo Blanco

Vanitas vanitatum

Fundación Editorial
el perro y la rana

MISIÓN
cultura ★ Venezuela
¡Corazón adentro!

COLECCIÓN
Páginas Venezolanas
SERIE Clásicos



Eduardo Blanco

Vanitas vanitatum





Centro Simón Bolívar
Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela, 1010.
Teléfonos: (0212) 7688300 / 7688399.

Correos electrónicos
atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web
www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Redes sociales
Twitter: @perroyranalibro
Facebook: Fundación Editorial Escuela El perro y la rana

Diseño de la colección:
Jhon Aranguren
Mónica Piscitelli

Edición al cuidado de:
Jairo Noriega
Deisa Tremarias
Arlette Valenotti

Hecho el Depósito de Ley
Depósito legal DC2018002355
ISBN 978-980-14-4403-9

colección ***Páginas Venezolanas***

La narrativa en Venezuela es el canto que define un universo sincrético de imaginarios, de historias y sueños; es la fotografía de los portales que han permitido al venezolano encontrarse consigo mismo. Esta colección celebra –a través de sus cuatro series– las páginas que concentran tinta como savia de nuestra tierra, esa feria de luces que define el camino de un pueblo entero y sus orígenes.
La serie **Clásicos** *abarca las obras que por su fuerza se han convertido en referentes esenciales de la narrativa venezolana;* **Contemporáneos** *reúne títulos de autores que desde las últimas décadas han girado la pluma para hacer rezumar de sus palabras nuevos conceptos y perspectivas;* **Antologías** *es un espacio destinado al encuentro de voces que unidas abren senderos al deleite y la crítica; y finalmente la serie* **Breves** *concentra textos cuya extensión le permite al lector arroparlos en una sola mirada.*

Nota para esta edición

Publicada originalmente por entregas y con el título de *Vanitas vanitatis* en el semanario *La Tertulia* (Caracas, 1874), esta es la primera novela de Eduardo Blanco, el célebre autor de *Venezuela heroica* (1881). En 1882 aparece la segunda edición con el nombre definitivo de *Vanitas vanitatum*, en un tomo que incluía también el relato "El número 111, aventuras de una noche de ópera", bajo el título general de *Cuentos fantásticos* (Caracas, Imprenta Bolívar). Así pues, esta edición constituye, en rigor, la tercera salida pública y autónoma de la obra.

Presentación

Eduardo Blanco afirma, en su prólogo a *Los dos avaros* de José María Manrique, que "un prólogo es a un libro, lo que el puente levadizo es a una fortaleza: la entrada más segura y expedita para aquellos que, malhallados con la dificultad de salvar fosos y escalar almenas, confían al espionaje de una astuta curiosidad el reconocimiento de la plaza antes de dar el asalto."[1]

Vanitas vanitatum necesita presentación: no porque ofrezca excesiva resistencia en su lectura; sino más bien por el olvido en el que ha permanecido en la tradición literaria venezolana.

Esta es la primera novela del autor de *Venezuela heroica*. Apareció por entregas en nueve capítulos correspondientes a los números 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 23 y 24 del periódico *La Tertulia* entre el 11 de septiembre y el 6 de noviembre de 1874. Ocho años después, en 1882, es editada por la Imprenta Bolívar en forma de libro junto al relato "El número 111" con el título de *Cuentos fantásticos*. Desde entonces, no se había reeditado hasta ahora.

---

1 Eduardo Blanco. "Prólogo". *Los dos avaros*. Caracas, Centro de Estudios Literarios, Facultad de Humanidades y Educación, Universidad Central de Venezuela, 1969. p. 5.

Esta edición pone al alcance de los lectores la versión íntegra de esta novela poco conocida, pero de gran valor literario: una de las manifestaciones más importantes de la literatura fantástica en nuestro país en el siglo XIX.

En cuanto al argumento, *Vanitas vanitatum* transcurre en Caracas durante la Guerra Federal. Un grupo significativo de la población se ha entregado al disfrute de los placeres más banales, mientras la lucha se generaliza en Venezuela. Entre estos "diletantes", como los llama Blanco, se encuentran los protagonistas: Franz, Beltrán y Humberto, que es el narrador de la historia. Ellos viven una aventura extraordinaria para ganar el favor del personaje femenino, Esmeralda, materialización del ideal de belleza romántico.

La atmósfera del relato se problematiza con la aparición de Mefistófeles, una figura compleja y ambigua: hasta las últimas páginas no queda claro si se trata del demonio o de un hombre de cualidades extraordinarias. En todo caso, se presenta como un adversario formidable que se opone a la voluntad de los tres amigos; quienes deben apelar al ingenio, al azar y a la espada para vencer los obstáculos que se les presentan en una sola noche.

En la novela desfilan personajes bien construidos que interactúan en situaciones que nunca llegan a comprender. El resultado de esta inestabilidad se traduce en una cuidadosa crítica a la sociedad y a ciertos valores muy puntuales de la Caracas del siglo XIX. A partir de este cuestionamiento, el autor se permite desarrollar una historia que revela una forma de ver el mundo que se mantendrá en sus obras posteriores.

Vanitas vanitatum, de cierta forma, esboza el perfil intelectual de Eduardo Blanco: fue un escritor preocupado por los problemas de su país y sus libros son el fruto de su reflexión en este sentido. Para él los problemas políticos, las dificultades económicas y las guerras civiles son el resultado de la ausencia de virtudes esenciales en los ciudadanos y son también el producto de la decadencia de sus costumbres. De esta forma, se consolida como una obra sólida, bien construida desde el punto de vista estético, que contribuye con la comprensión del panorama cultural de Venezuela.

Esta edición de *Vanitas vanitatum* ha utilizado como base el texto de 1882. Se ha modernizado la ortografía y se han corregido las erratas advertidas.

Giuliano Corrado

I
Dilettantismo

Hace muchos años que nuestro teatro, de ordinario desierto, apenas podía contener la concurrencia que tres veces a la semana invadía su estrecho recinto. *La Cortessi, Amodio, Mussiani* y la *Gordoza*, después del más brillante estreno, causaban en Caracas vivísimo entusiasmo.

A pesar de los estragos de la guerra civil que, a la sazón azotaba el país, más que nunca encrudecida por el encono de los opuestos bandos y los rápidos y frecuentes campamentos de la política; Verdi y Donizzetti ganaban cada día numerosos prosélitos, y flores y aplausos cosechaban los insignes cantores, con profusión apenas comparable a los lastimeros alaridos y a los mutilados cadáveres que, durante la ensañada contienda, llenaban los campos de batalla.

Cegados por una falsa apreciación de los hechos que se consumaban, extenuados acaso por el largo martirio de una lucha insensata, vimos entonces, a no escasa parte de los habitantes de esta capital, volver las espaldas a la política, e incautos entregarse al letárgico abandono de los más preciados intereses, en el mismo cráter del volcán que amenazaba sepultarlos. La abatida energía de los unos, la

desesperación impotente de los otros, y el cansancio que en todos producía aquella lucha interminable, fue sin duda la razón misteriosa que motivó el entusiasmo con que acogió el público la apertura de la nueva temporada musical. La compañía lírica, con los dulces encantos de las hijas de Aquéolo, vino como a endulzar todas las penas, y a hacer olvidar, en cuanto era posible, las escenas sangrientas y cruelísimas con que la exaltación de las más enconadas pasiones, aniquilaba cuantos elementos de futura prosperidad germinaban aún en Venezuela, después de cuatro lustros de continuas revueltas.

La música arrebató para sí el prestigio que mendigaba en la política; el *dilettantismo* se erigió en soberano; y los mismos personajes que regían el país, por más que cada día se les hiciera menos fácil la administración del poder público, rudamente combatido, no lograron escapar del contagio.

Caracas, cual indolente cortesana, desvanecida por el lujo y arrobada por la magia del arte lírico, repetía, sin cuidarse de lo porvenir, los motivos más simpáticos de las óperas que se ejecutaban; y extraviada hasta la demencia, en medio de la tempestad política que rugía fulminando sobre ella rayos destructores, se abandonaba a la molicie y danzaba aturdida, cual la inocente infancia a la lumbre del hogar, en el seno mismo del gigantesco incendio que abrasaba el país.

La insensatez y el delirio habían llegado al colmo; los diarios más respetables de la capital, por conservar la popularidad que amenazaba abandonarlos, habían abierto sus columnas a pueriles crónicas teatrales; y más de una vez en aquella época extraña, no definida aún por nuestra historia contemporánea, época de risas y de lágrimas, de exterminio y placeres, se exhibieron a un tiempo en el mismo periódico, y a veces en la misma columna pomposos de *El Trovador, Hernani* o *La Traviata*, con todas las exageraciones de costumbre; a continuación de uno de aquellos partes militares, de exclusiva literatura nuestra, cortantes cual las espadas que se esgrimen en las luchas civiles, ampulosos e hiperbólicos, como cuadra a la fatuidad de quien los dicta, despiadados y crueles, como partos de una razón pervertida, en los que tenientes del gobierno anunciaban al país, la *fausta nueva*, como solía decirse, de uno de aquellos triunfos desastrosos que tanto enorgullecen al vencedor como al vencido, que sin embargo, nada deciden de por sí, y que en

cambio ¡cuántas vidas inocentes y útiles arrebataban sin misericordia a este suelo infortunado!

No nos parece fuera de propósito añadir en corroboración del carácter distintivo de la época aludida, que la fiebre del *dilettantismo* se había apoderado hasta tal punto de nuestra sociedad, que el fin trágico de Hernani, al suicidarse entre aplausos en el regazo de la mujer amada, y la muerte de Jenaro, envenenado por Lucrezia, su madre, producían en el público que los contemplaba una impresión más profunda y herían con más intensidad las fibras delicadas del sentimiento, que todos los estragos de la lucha fraticida, del drama monstruoso, que fuera del palco escénico, se representaba en toda la extensión de Venezuela. Una perturbación, engendro del más criminal escepticismo, se efectuaba en la generalidad de los espíritus: viciado el corazón e insensible a los ayes de las víctimas que caían inmoladas en la terrible lucha, solo anhelaba goces; la fiesta triunfaba sin esfuerzo, del duelo; y por una de esas transiciones repentinas, tan frecuentes en la volubilidad de nuestra raza, Euterpe acallaba a Belona; el oído se cerraba al estruendo del cañón que rugía sin tregua, al clarín que excitaba a la carga, y a los mil gritos de rabia, desesperación y agonía, que como los tiples de una orquesta infernal, repercutían estridentes por los dilatados ámbitos de la patria acongojada.

II
El poeta Franz

En uno de los tantos días de aquella época memorable; días de auroras de sangre y noches de placer; el periódico ministerial que, entre paréntesis, armonizaba poco con su título insostenible, anunció en sus columnas la representación de *La Lucrezia*. Esta hermosa creación del inspirado Donizzetti, hasta entonces poco repetida en nuestro teatro, provocó en la falange *dilettante* un entusiasmo tan ruidoso, que solo podríamos compararlo al estrépito amenazador de las tumultuosas pobladas que en aquellos días clásicos de nuestras luchas civiles, recorrían las calles, después de una victoria en la que sin piedad se había acuchillado al enemigo del momento, acaso al compañero de mañana, en esas horas de feroz extravío, en las que todo se olvida, menos la ruin rencilla que muerde el corazón.

Medraba, no obstante, la empresa lírica. Apenas publicados los anuncios, la mano teñida aún con la sangre derramada en el combate, abandonada la empuñadura de la espada, las riendas ennegrecidas por el polvo, para calzar el blanco guante y arrojar coronas a la escena, sin cuidarse de tan rápida y chocante transición.

Pero ¿a qué pensar en los muertos y mutilados de la jornada, "cobardes desertores de la vida" (como graciosamente los calificaba)

cuando obtenido el triunfo, nos espera la gloria y nos sonríen tentadoras beldades a quienes a veces no detiene la sangre derramada, ni la mortaja de egoísmo y de crueldad que nos envuelve el corazón?

“Y no hallarán nuestros semblantes feos,
que siempre brilla hermoso el vencedor.”

Ellas también participaban, sin darse cuenta de ello, del delirio insensato de aquellos días incalificables, y del indiferente estoicismo que se apodera del espíritu tras largos años de agitación y duelo, no soportados con la entereza de la virtud; pero ¿a qué perder lágrimas preciosas, si la tragedia lírica las reclamaba todas para hacerlas más interesantes? Apagado el ruido del último disparo en la vecina aldea, sus bellos ojos dejaban de mostrarse conturbados; las alegrías de las fiestas les devolvían los deslumbrantes reflejos; el carmín del entusiasmo sustituía en las mejillas la mate palidez del temor; los níveos pechos que estremecía el espanto, se desbordaban en la tela que los aprisionaba, para respirar dichosos con mayor libertad; todo cambiaba; emociones y ruidos dejaban de obedecer a funestos agentes; la espada volvía al cinto; la galantería despertaba; y el peluquero, personaje importante e influyente en aquella actualidad, daba principio a las visitas domiciliarias. Sarcasmo viviente, lanzado por la coquetería en medio del huracán de tan enconadas pasiones, él solo parecía poseer el privilegio de disipar con sus manos de hada las sombras en que languidecían aquellas cabezas abatidas por el terror, y de transformar con un toque de su vara encantada, a la triste Malvina en radiante Cleopatra. Las damas que se le disputaban con la pasión y el ahínco que no hubieran empleado para separar de una rival al más tierno Don Juan; y más de una con el tono irritado que produce en el bello sexo la contrariedad de un capricho de tocador no satisfecho, es fama que escribió a su galán en la forma desesperada que Teresa Cabarrus al convencional Tallien, la víspera del 9 termidor: “Si usted no es un cobarde, evíteme la humillación que sufro. Si el peluquero no viene, mañana seré cadáver”.

¡Buenas gentes! ¡Gran siglo! Y tronamos después desde el Olimpo de nuestra decantada filantropía, contra aquellas edades de hierro en que la razón inerme y la virtud no reconocida, sucumbían bajo el hacha o la maza de los bárbaros ennoblecidos por Carlo Magno.

A la hora fijada en los carteles que tapizaban las fachadas de los cafés, las iglesias y los principales almacenes de moda, el teatro contenía una tercera parte más de espectadores de que era capaz. Güelfos y gibelinos se disputaban los asientos con no menos ardor del que hubieran mostrado unos y otros al encontrarse a campo raso. En pocos minutos la platea quedó llena, las galerías amenazaban desplomarse; y sin embargo, la multitud se agrupaba a la puerta y formaba cola a lo largo de la calle. La policía intervino, hizo prohibir la entrada, y más de un pisaverde retardado, mordiéndose los guantes de despecho, tuvo que aplazar para ocasión más propicia la estudiada exhibición de su pulidísimo tocado.

Menos imprevisivo que muchos de mis colegas literarios, desde las siete ocupaba mi asiento; y plenamente satisfecho de la artística habilidad con que había transformado mis lacios cabellos en intrincado laberinto de rizos, que hubieran realzado la misma cabeza de Medusa; así como de la rigidez del cuello de mi camisa, que a manera de corbatín de militar, me obligaba a guardar una apostura erguida e insolente, por entonces de moda; y sobre todo, de la blancura de mis guantes, en los que no se había escaseado la tiza, me distraía con ver crecer aquella humana marejada, que a grandes oleadas invadía todas las localidades.

Las puertas de los palcos se abrían y cerraban con ruido premeditado, ya para dar paso a esas adorables compañeras de nuestra existencia, que tan felices nos hacen al derramar sobre las miserias de esta vida el bálsamo misterioso de su cariño, y que como bandadas de pájaros de variado plumaje, tomaban posesión de sus nidos; ya para dar entrada a los altos personajes de la política, a quienes la multitud, como un can consentido, gruñía o acariciaba a su capricho.

Un murmullo inarmónico de alientos confundidos, de palabras cortadas, de admiraciones y estornudos, se esparcía en la tibia atmósfera que se respiraba en el recinto, donde el gas, de nuevo introducido, lanzaba con profusión sus penachos de fuego.

A pesar de la muda contemplación a que se entregaban mis ojos, y de la curiosidad avivada a cada instante por la presencia de nuestros astros que venían a deslumbrarme; no dejaba por eso de experimentar los rudos empellones con que la muchedumbre, que se agrupaba en torno mío, acariciaba mi pobre humanidad. Por flemático que fuera mi carácter, la paciencia empezó a abandonarme; los empellones se hacían tan repetidos,

que no me daban tiempo para devolver los afectuosos saludos que creía recibir. Tres duelos había evitado ya a fuerza de prudencia; y convencido al fin, no sin trabajo, de la imposibilidad de sostenerme en el puesto que ocupaba, me disponía a efectuar una prudente retirada, cuando sentí de improviso que me tiraban de las faldas del frac. Lleno de ira volvime con presteza, dispuesto a castigar tanta insolencia, y mis ojos airados se fijaron en un brazo enjuto, forrado de casimir que, atravesando por entre dos espaldas corpulentas, estrechamente unidas, amenazaba arrancarme las faldas; mientras que el resto del cuerpo que así me acariciaba y a quien no alcanzaba a distinguir tras la espesa muralla que le cubría, hacía heroicos esfuerzos para llegar hasta mí. La mano que tan vigorosamente tiraba de mi frac, debilitado por el abuso de los álcalis, era pequeña; pero calzada como estaba por un guante pajizo plagado de viejas escoriaciones y tres veces mayor que la medida que venía a su tamaño, me era desconocida. Sin embargo, la brega continuaba, mi pobre frac, hasta entonces paciente, comenzaba a quejarse; el temor de una violenta poda reanimó mi energía, y exasperado por la temeridad de aquel impertinente, quien a pesar de sus reiterados esfuerzos no lograba realizar su intento, así el brazo con fuerza y lo tiré hacia mí. La presión de mi mano debió causar poco agrado al paciente, porque le oí exclamar de pronto con tono lastimero:

—Cuidado, querido, me va a arrancar la manga.

Y luego más distintamente:

—Señores, señores, tengo el número 16, déjenme ustedes pasar.

Lleno de gozo y de sorpresa, reconocí la voz; solté el brazo, que dejó en mi enyesado guante una mancha bien definida de índigo, y saludé a Franz, cuyos atusados mostachos alcancé a divisar.

Por una feliz casualidad, el número 16 marcaba el asiento inmediato a mi derecha, y Franz, ayudado por mí, logró instalarse en él. Entonces lo pude contemplar a mi sabor, y confieso que me dejó absorto la habilidad con que había podido hilvanar su tocado. Los ojos, azules, más vivos que de ordinario, le brillaban con la perfecta lucidez del genio; bajo el negro sedoso de los cabellos y sobre el tinte sombrío de los mostachos embadurnados con abundante y vigoroso cosmético. El coronamiento de la fachada de Franz, nada dejaba que desear; y por lo que hace al resto de su simpática persona, debo añadir que se hallaba en armonía con tan bien exornado capitel. El talle, feble y elegante, se lo ajustaba con un estrecho frac, militarmente abotonado, para ocultar la

ausencia del chaleco; y aunque las mangas, por extremo cortas (capricho de poeta) distaban no poco de sus manos, lo que bien podía darle un aire picaresco de estudiante estrafalario, tal desperfecto lo corregía el batista de la corbata pulcramente irreprochable.

Nadie hasta ahora (y permítaseme esta pequeña digresión) sin pecar de injusto o descontentadizo, se ha atrevido a contestar la superioridad de Franz sobre la generalidad de los que, con justo título, pueden llamarse nuestros poetas patrios; pero como pocas veces obtiene el mérito cumplido galardón, las producciones literarias de nuestro amigo, aplaudidas con sincero entusiasmo hasta por sus propios rivales, no han logrado proporcionarle una posición ventajosa en el comercio de la vida de este país, donde la poesía no corre ni a la par de la deuda consolidable; y más de una vez este hijo privilegiado de las masas, a pesar del lustre de su nombre y de su reputación merecida, se ha visto compelido a abandonar el Parnaso, no por falta de inspiración, sino de aliento, para buscar en el trabajo material el mezquino vivir que por calidades de su ingenio no ha logrado procurarse. Sin embargo, y esto vaya en abono de nuestro amigo, a pesar de todas las contrariedades sufridas, Franz ha conservado su espiritualidad: la filosofía en que abunda, le salva del suicidio, y sin analogía con el vate quejumbroso, que harto de desengaños rompe la lira y se ahorca con sus cuerdas plañideras, Franz se ríe de sus penas con estoica resignación, y repite como Galileo a los que se esfuerzan en desconocer su ingenio:

“E pur si mouve!”

Ya se comprenderá por esto que la llegada de un personaje como Franz, produjo no poca sensación entre mis vecinos, los que gustosamente se estrecharon para dejarle asiento.

—¡Diablo de muchedumbre! —exclamó el poeta, dando expansión a sus fatigados pulmones, y corrigiendo en cuanto era posible el desorden de su traje—. Por poco me hacen dejar en la contienda el paño que me sirve de capullo, pero al fin ya estamos instalados —y volviéndose hacia mí, añadió a tiempo que armaba sus gemelos—: Por lo que a ti respecta, te considero encantado, pues veo exhibirse a tus ojos todo lo que la fatuidad tiene de más halagador.

—Vienes de mal humor esta noche —le dije—, y te aseguro que lo siento, porque podríamos divertirnos.

—¿De mal humor? ¡Por el contrario! Jamás me he sentido más satisfecho de mí mismo. A fuerza de ser lógico, he ganado una apuesta.

—¿Una apuesta? Pues estás de suerte.

—Así lo creo. Pero juzga por ti, si tengo o no razón para darme por satisfecho. Terminé hace algunos días una oda a la Roma de Augusto, que a juicio de los clásicos y románticos que se reúnen en casa de Eloy, es una obra acabada de alta poesía; la crítica no halló dedo que morderle, y todos a una, entusiasmados, me pronosticaron un gran triunfo. Pero ya que me precio de conocer mi país en su parte moral, tanto como Codazzi su geografía, y que he visto marchitarse sobre frentes privilegiadas, a la sola influencia del soplo abrasador de nuestra zona, como decimos los poetas, laureles más verdes y más llenos de savia que los míos; me reí hasta reventar de la necia presunción de mis cofrades, que se imaginan todavía causar sensación en Venezuela con rimadas querellas. Mas, ¡ah! yo no contaba con que mi descreimiento en materia tan delicada iba a herir vidriosidades. El Capítulo olímpico, rebosado de indignación, estalló como una bomba, lanzó un grito unísono capaz de rivalizar con el más ruidoso *tutti* de nuestra tropa lírica, y sin pararse en pelillos, me llamó pesimista, exagerado, escéptico; y después de razones negadas por mi parte y de ejemplos académicos que no pudieron convencerme, oí exclamar de improviso a uno de mis colegas, rimador mal seguro, pero no del todo mal hallado con el código de procedimientos:

“—En nombre de Apolo escarnecido y de las nueve hermanas, sospechadas aventuradamente de falta de influencia moral en nuestra patria, por ti, mal sacerdote de su culto, te reto, autor desalentado…

“—¿A un duelo? —pregunté sorprendido.

“—No; a que apostemos.

“—¿Dinero? —volví a exclamar interrumpiéndole.

“—No desciendas a la grosera prosa.

“—Pues, ¿qué diablos?

“—Un billete de entrada a la próxima ópera, a que tu numen inspirado, merece esta vez, como siempre, los agasajos que en castigo de tu descreimiento no debían tributarte”.

—Solo me detuve a contestar a esta proposición, espetada a quemarropa (y que a otro menos convencido que yo de un éxito desfavorable habría hecho titubear) el tiempo indispensable para hacer el inventario mental de mi bolsillo; y afrontando luego la mirada de mi colega, que, cual la de Júpiter Tonante, trataba de sojuzgarme, cerramos el pacto con un fuerte apretón de manos. Dos días después, la oda en cuestión salió inserta en *El Independiente*.

Franz se detuvo, y asestando sus gemelos a los palcos, como cazador su escopeta sobre una banda de perdices, comenzó a recorrerlos.

—Y bien —le dije viendo que no parecía dispuesto a terminar su narración—, ¿cuál fue el resultado?

—¡Qué!, ¿no lo adivinas?

—No, ni aún me atrevo a sospecharlo.

—Pues no estás poco simple esta noche. ¿Me ves aquí en el teatro, a tu lado, y todavía no entiendes?

—¿Será posible?

—Por cuán poco te asombras, sencillo y bondadoso amigo —exclamó Franz con ironía—. Ni mi novia tuvo la curiosidad de leer los tales versos, pretextando haberlos leído, no sé dónde, con distinto encabezamiento. En el club y los cafés, los suscriptores encontraron el principio de la composición exageradamente mitológico, y no la terminaron; y tú mismo —añadió fulminando sobre mí una mirada inquisidora—, estoy seguro que a pesar de tu espíritu romancesco, no le has sacrificado los tres minutos que te habrían bastado para leerla.

—¡Oh!, lo que soy yo… es distinto… pero en fin, no es de extrañarse… —dije cortado y buscando una disculpa—, tú sabes que entre otras razones tengo la muy especiosa de no estar suscrito a los periódicos.

—¡Vamos, déjate de tonterías! —prosiguió Franz con la mayor cachaza—, no te atormentes en buscar a tu indiferencia una disculpa que no has de encontrar; y conténtate con saber que mi contrario, que aún conservaba algunas ilusiones sobre el ascendiente de la poesía en nuestra sociedad, ha quedado confundido con el triunfo de mi experiencia; pagó el billete que me permite el placer de encontrarme a tu lado; y me prestó estos guantes.

Yo bajé los ojos conmovido y, a mi pesar, volví a ver aquellos guantes pajizos de mi amigo, tres puntos mayores que su mano, que tanto

me habían impresionado. Pero Franz, sin notar siquiera mi emoción y como si ninguna huella hubiera dejado en su alma la anécdota que acababa de referirme, continuó tranquilamente recorriendo los palcos con el auxilio de sus gemelos; mientras que yo, realmente impresionado por tanta filosofía, lo contemplaba con el alma oprimida por esa aguda pena con que nos atormenta la desgracia de un amigo.

—Mi querido —le dije a Franz después de algunos instantes de silencio, con el objeto de alentarlo—, no creo que por esa simpleza vayas a abandonar tu lira.

—Te equivocas —me dijo—, la he roto sobre la espalda de un usurero que no quiso empeñarla por dos cuartos.

—Tendrás entonces que cambiar de manera de ser, lo que a tu edad no es fácil.

—¡Vaya! hace tiempo que no soy el mismo y, te juro, me siento mejor.

—Pero si te divorcias de la poesía, ¿en qué piensas emplearte?

—En lo que todo el mundo hace en este país privilegiado, donde nada bueno se estimula y alienta de una manera razonable: en forjarme ilusiones gastronómicas, en conspirar *sotto voce*, en rasguñar al prójimo y en mis largas horas de aburrimiento, en rimar villancicos criticando las modas, única cosa que se puede criticar sin peligro y responsabilidad, los que, a módico precio, obtendrá de mí la complaciente multitud.

—Siempre es hacer algo que no se aparta del todo de tus arraigados hábitos.

—Sin embargo, no es del todo divertido cuando se tienen saboreados todos los fastidios y se han desechado todas las quimeras que pueden exaltar la imaginación y los sentidos.

—¡Qué ocurrencia! Los hombres como tú no deben creerse nunca abandonados pues cuando todo les falta, siempre les queda, para consuelo de la vida, una porción de esos buenos amigos, jamás desleales ni displicentes, que habitan sin importunarnos el viejo estante donde a más de ellos guardamos nuestra miseria y, que después de recrearnos con su lectura, depositamos por la noche bajo la almohada confidente de nuestros sueños.

—¡Oh! —exclamó Franz no pudiendo disimular el sentimiento que despertaba en él este recuerdo—, ya esos amigos no existen.

—¡Cómo! ¿Has perdido tus libros? ¿Te has deshecho de tus severos clásicos y encantadores románticos?

—Hace tiempo que paulatinamente han ido abandonando el viejo armario para alojarse aquí —díjome mostrando su enjuto vientre, donde no habrían cabido dos hojas de papel arrolladas.

—¿Qué me dices?

—Que me los he comido.

—¿Es posible? —exclamé abrumado por doloroso asombro.

—¿Y qué había de hacer con ellos? —me contestó con abandono—. Después de exaltarme la imaginación era de justicia que por lo menos confortaran mi estómago. Así, en este escaso vientre que me ves, yacen sepultados con Homero y Esquilo, Virgilio y Calderón, Sófocles y Shakespeare, Byron y Víctor Hugo, clásicos y románticos, griegos y latinos, antiguos y modernos rimadores: he aquí su sarcófago —continuó señalándose el vientre—. ¿Y por qué no? Esta es una tumba tan buena como cualquier otra.

—¡Jamás llegué a figurarme que fuera usted antropófago! —exclamó un impertinente dirigiéndose a Franz.

—Y hace usted muy mal en sospecharlo —contestó con rapidez el poeta—, porque lo que soy y lo que he sido es simplemente polilla.

—Pero mi querido —dije a Franz—, eso es casi increíble.

—¡Oh!, no hay pero que valga —me contestó con volubilidad—. Tú no sabes lo agradable y delicado que es un clásico sazonado con hongos. Homero, sin embargo, me produjo una fuerte indigestión; pero la verdad sea dicha, no fue suya la culpa sino mía, que tuve la estupidez de estofarlo con Zorrilla.

Incliné la cabeza ante tanta desventura y algunos instantes transcurrieron sin que mis labios, sellados por la meditación, tornaran a desplegarse. Este corto silencio pareció importunar al poeta pues le oí exclamar de pronto con voz sorda:

—¡Todavía hay visionarios!

Y cambiando de tono, añadió con rapidez:

—Mi querido, persuádete de que las viejas ilustraciones son un bocado suculento; pero si esto puede mortificar tu ánimo, pasemos a otro asunto. Olvidar es una necesidad para el espíritu, como comer para el estómago. Y ahogando un suspiro que a su pesar estremeció un instante su respiración, añadió alegremente:

—Si he podido afligirte, sentimental paraninfo, tócame consolarte, y nada más a propósito para volverte la alegría que hacerte notar la fijeza con que te miran aquellos bellos ojos desde el palco tercero.

—Te engañas —contesté—, no es a mí a quien ellos se dirigen.

—Pues entonces será a mí —exclamó pavoneándose.

—Eres portentoso en la exageración.

—¿Cómo así?

—Crees ver sombras donde solo hay claridad.

—Que deslumbra.

—O que engaña —le contesté con toda la firmeza que pude dar a mis palabras.

—Y si para distraerme no me forjo una intriga, ¿qué quieres que haga entonces? ¿Te figuras acaso, que mientras principia la función y tú te entregas a tus quiméricas alucinaciones, debo permanecer con la boca cerrada bajo el vientre de ese voluminoso contrabajo que amenaza desplomarse sobre mi cabeza; y sometido a los rayos atrayentes de tantos bellos ojos que me ven sin mirarme, y de tantas sonrisas seductoras que no me piden ni un madrigal? Pues entiende que tiene poco de divertido; pero así son ustedes los enamorados, egoístas hasta la crueldad, y reservados hasta el punto de desmentir con los labios lo que pregonan con los ojos.

—Adoleces de una indiscreción incorregible.

—Y tú de una severidad desesperante. Pero no tendrás más de qué quejarte.

Y cambiando la dirección de sus gemelos añadió con malicia:

—Supongo que por este lado no hay inconveniente, a menos que aquel palco que queda aún vacío junto al del ministro americano se llene favorablemente por tu cuenta.

—Transémonos —dije a Franz—, y ya que te obstinas en descubrir incógnitas, trata al menos con tus ojos de Argos de encontrar a Beltrán, quien acaso nos busca y cuyo asiento a tu espalda acaba de ocupar un importuno.

Sin contestarme púsose el poeta a la caza del amigo que deseábamos y minutos después, con el alborozo del cazador que descubre la pista, exclamó entusiasmado:

—¡Hele ahí!

—¿Dónde?

—En el sexto palco de la izquierda. Míralo cómo se desata en requiebros. El muy tuno la está echando de Adonis; pero mucho me engaño si el grupo de beldades que le escucha, menos conmovido que asustado, no tiembla al aspecto de sus barbas de Fauno, cual tímidas palomas a la vista del halcón.

—Ya lo veo —dije a Franz—. Pero ¡qué diablos!, está desconocido.

III
Beltrán

En efecto, para otros que no fuéramos sus más íntimos amigos, Beltrán estaba desconocido. Una rara metamorfosis se había operado en él aquella noche. Gestos y movimientos extraños a su carácter le daban ese tinte extravagante y pintoresco que tan bien saben afectar los calaveras a la moda, y que, hasta entonces, jamás habíamos notado en nuestro amigo. Verdad es que nada disfraza tanto al hombre como la vida de sociedad. ¡Cuánto distamos de lo que realmente somos en privado cuando tomamos puesto en las escenas de la comedia social! La humanidad es tan artista que apenas reunidas tres personas bajo cualquier pretexto empieza el carnaval; cada cual se planta su careta, afecta lo que mejor le cuadra, se da un carácter especial, miente hasta quedar satisfecha y condena la sinceridad a refugiarse avergonzada en el fondo del corazón. Honrosas excepciones, no me frunzáis el ceño; recibid la venia a que sois acreedoras.

Beltrán, el más franco de los nacidos, pecaba a nuestros ojos; pero, ¿quién no ha cometido una falta?

Una casaca verde que por lo alto del cuello y lo prolongado de las faldas habría figurado con ventaja en la Convención de Ocaña,

realzaba el aspecto desenvuelto de nuestro amigo, mal avenido de ordinario con las exigencias de la moda.

Con todo, e indisputablemente, de los tres era el más opulento: calzaba guantes frescos. El menos millonario era Franz.

Los músicos, preparándose a dar principio a la apertura, ensayaban el tono de sus instrumentos: chillaban los violines hambrientos de pez rubia, modulaban las flautas, roncaba el contrabajo; y el maestro Carmona, henchidos los carrillos de portentoso aliento, lanzaba en las entrañas de su fiel clarinete todo un soplo de tempestad, cuando Beltrán que a su vez nos buscaba, alcanzó a divisarnos. Arrastrado por su carácter entusiasta, nos saludó con una enérgica palmada en que puso en libertad sus manos de las costuras de los guantes, lo cual provocó en el impaciente concurso una de taconazos y aplausos, capaces de ensordecer al mismo diablo. Desconcertado nuestro amigo por aquel prolongado redoble, que sirvió como de eco a su amistosa manifestación, y por la hilaridad de sus vecinas, a quienes no se les había escapado el percance de los guantes, saludó confundido, y huyó veloz del grupo encantador que le rodeaba para venir a ocupar su puesto a nuestro lado.

—¡Estás magnífico! —exclamó Franz, examinándolo detenidamente—. Las musas no habrían vestido a Apolo con más gracias para un baile en el Olimpo.

—Y ustedes mis amigos, no sé cómo expresarles la admiración que me causan —contestó Beltrán—, sin embargo prefiero esta holgada hopalanda a ese frac sempiterno de Franz, abotonado hasta el pescuezo y bajo el cual tantos misterios pueden ocultarse.

—Prescinde de semejantes paralelos —replicó con rapidez nuestro poeta—, en materia de buen gusto no eres autoridad; mira si no cómo llevas los guantes.

—Como los llevaba —contestó Beltrán—, haciéndolos desaparecer en el bolsillo.

—Otra inconveniencia, señor mío; los guantes han sido hechos para llevarlos en las manos.

—¿Y cuando rotos?

—Para ser repuestos.

Beltrán miró a hurtadillas las manos del poeta, y dando libertad a una franca carcajada, le dijo:

—Vamos, querido, por fortuna estás a salvo de percances como el mío. Pero, ¡qué diablos!, hablemos de otra cosa; ocupémonos de un extraordinario descubrimiento que he hecho y que en cualquier otro país me valdría de seguro el privilegio de invención.

—Por mi parte —dijo Franz—, te respeto desde ahora y considero como si lo hubieras obtenido, pues lo menos que se me ocurre suponer es que has encontrado la manera de hacer odas vendibles.

—En eso no habría originalidad, tienes no pocos colegas que de las suyas han sabido hacer un buen mercado.

—¿Habrás resuelto entonces el gran problema de vivir sin dinero? Si es así, mi querido Beltrán, has conquistado toda mi gratitud.

—Apuras demasiado el magín sin atinar, caro poeta.

—¡Qué lástima! Me hiciste concebir una hermosa ilusión; y no saldrás ahora con que has descubierto un nuevo planeta, al cual piensas acaso dar tu nombre.

—No haya más conjeturas —replicó Beltrán—. Mi descubrimiento en nada se refiere al cielo donde todo es luz, como dicen ustedes los poetas, sino por el contrario a un abismo profundo donde todo es oscuridad y donde difícilmente alcanza a penetrar la mirada investigadora de la ciencia.

—¿El infierno?

—Te acercas.

—¿El limbo?

—Más oscuro.

—¡Ah, la pobreza!

—Te fuiste demasiado abajo.

—Pues, ¿qué entonces?

—El corazón humano.

—¡Vaya! —exclamó Franz—, se trata de una autopsia. El asunto es más serio de lo que suponía.

—Y bien —dije a mi vez a Beltrán—, ¿qué has extraído de ese abismo?

—¡Ah!, lo que se saca siempre que pretendemos sondearlo —me contestó con amargura—: miserias desconocidas que espantan, mezquindades ridículas que sobrepujan al sarcasmo.

—Pero en fin —exclamó impaciente el poeta—, que termine el exordio, que se aclare el misterio. ¿Qué has descubierto?

—Un tipo precioso, mis amigos; un tipo al cual doy caza ha mucho tiempo y cuyo análisis me valdría una fortuna si yo fuera romancista.

—Al fin se nos concede una explicación —murmuró Franz—. Pero explícate mejor, pues son tantos los extravagantes que tenemos a la vista que difícilmente podríamos atinar con el que te preocupa.

—Supongo que no me creerán ustedes tan pueril que descienda a ocuparme de esa multitud de comediantes, más o menos hábiles, que nos aturden con sus giros fantásticos y no estragan el estómago con el perfume afeminado que despiden. Líbreme Dios de mirarlos siquiera; lo que yo admiro, estudio y me envanezco de haber descubierto, entre nosotros, es el gran tipo del fantasmón de nueva especie, o del *poseur* por excelencia, como dicen los franceses; con todos sus ribetes grotescos, presuntuosos y a veces infames: extraño personaje en quien a primera vista nada descubrimos, pero más que a cada paso le encontremos, vedado y misterioso como un esbirro veneciano o festivo y azucarado como una égloga de Theócrito. Nada en su exterior que nos recuerde al bello raptor de Elena o al amante de Haidea. Vanidad y flaqueza es cuanto nos revela su palabra. "¡Pobre diablo!", exclamamos engañados por su humilde apariencia, pero no procedamos de ligero; estudiémosle de cerca, sigamos sus vueltas y revueltas, analicemos sus gestos, sus miradas, sus hechos y… ¡cuántas revelaciones no esperadas, cuánto lodo, bajo tan lucientes atavíos encontraremos en el fondo de esos Adonis misteriosos, de esos seres extraños tan difíciles de apreciar!

—Me estás entristeciendo —exclamó Franz—, lo que es una maldad, con un deseo de divertirme como el que tengo.

—Caro poeta —continuó Beltrán—, esa fingida pena me recuerda lo que algunas veces suelo echar en olvido; que pretendes verlo todo bajo una prisma especial, que nada te sorprende, y que todo lo juzgas natural y lógico. Pero entre nosotros, por lo menos, abandona ese escudo de mentida filosofía, tras el cual tratas siempre de ocultarnos tu excesiva delicadeza; y fíjate en mi descubrimiento con la seriedad que se merece.

—Me someto, Beltrán, me someto a seguirte por entre las grietas de ese infierno al que desciendes, en solicitud de un carbón encendido con qué abrasarme el corazón; tú harás lo mejor que te plazca, te seguiré, pero a condición expresa de no dilatarnos dentro.

—Aceptado, aceptado, no tendrás de qué quejarte —contestó Beltrán—, y empiecen por conocer uno de los modelos más perfecto de esa especie singular.

Y volviéndonos a la derecha, nos indicó recostado negligentemente a la puerta de un palco, a un melancólico personaje como de treinta y ocho a cuarenta años, dotado por la naturaleza de una de esas fisionomías que nada dicen espontáneamente, pero en las que con facilidad todo puede fingirse; el cual, en actitud de curiosear lo que pasaba en la platea, miraba asiduamente y con mal fingido disimulo, a una hermosa señora de traje color de rosa, la que sin haber notado la presencia de tan singular personaje, era sin embargo la víctima de tan extraña pantomima.

A primera vista, y sin gran esfuerzo de nuestra parte, comprendimos el propósito que abrigaba aquel hombre, quien bajo la capa de una discreción aparente, trataba de exhibirse como amante discreto y apasionado.

—¿Adivinan ustedes? —preguntó Beltrán, satisfecho de la impresión que leía en nuestros ojos.

—Semejante propósito es infame —exclamó Franz—, arrebatado por una justa indignación; tanto más, cuanto que conozco la joven contra quien ese hombre dirige sus alevosos tiros; y les protesto, que es incapaz de permitir que se afecten por su cuenta semejantes apariencias. Pero volviendo al tipo a que según Beltrán pertenece ese farsante, no estamos de acuerdo; a mi entender, como al de todo el mundo, el *poseur* es el elegante infatuado que se exhibe en estudiadas actitudes, y que no pierde ocasión de hacerse visible, mientras que el personaje aludido, a más de carecer de toda elegancia y atractivo físico, más bien se oculta que se exhibe.

—Precisamente —contestó Beltrán—, esta es la gran variante de ese tipo tan común, la que forma una especialidad y motiva nuestra investigación. Pero estudiémosle más a fondo, que no es prudente despreciarle, expuestos como estamos a tropezar a cada paso con esa especie de reptiles ponzoñosos, cuya mordedura no se siente, pero cuyo veneno mata.

Beltrán nos hizo notar de nuevo la pantomima del individuo del palco, quien con una perseverancia sin igual persistía en su propósito;

y haciéndonos fijar en una multitud de detalles, que para otro menos observador habrían pasado inadvertidos, continuó:

—Supongo que desconocen ustedes a ese curioso personaje, a quien bien puede calificarse de peligroso, y a quien acaso prodiguen alabanzas labios que no debieran abrirse sino para maldecirlo.

—¡Lastimosa ceguedad! —murmuró Franz.

—Sin embargo, no todos somos ciegos —prosiguió Beltrán—; y aunque los de su especie se arrastran de ordinario, no por eso se ocultan lo bastante por hacerse invisibles. Comediantes de profesión, se amoldan sin dificultad a las circunstancias más difíciles y ejecutan el papel que se imponen, con acabada perfección. Talma, habría envidiado el repertorio de muecas, risas, lágrimas, suspiros y asombros de uno de estos prodigios de la ficción; y a fe que mucho habría tenido que aprender de ellos el trágico francés a pesar de su ingenio. Sentimentales de oficio, rasgo característico de que a veces abusan, la nota más insignificante los hace suspirar y estremecer; la narración de acciones generosas, de escenas conmovedoras, hace que sus ojos secos por naturaleza se humedezcan de ternura; todo en ellos, al parecer, es sentimiento, pasión, delicadeza; sus discursos respiran misticismo y amor; hablan de sus afectos como Lamartine, entre lágrimas; de Dios y de María, como verdaderos poseídos de la idea cristiana; y en el fondo, tras el velo de la falacia, ríen como Satanás de lo que todos veneramos. Su mayor empeño es aparecer, como hombres de ingenio a quienes mima constantemente la fortuna; su historia, según ellos, es una gran novela, a la que cada día se agrega una página desgarradora, una aventura galante, un triunfo literario o político. Pero añadamos a lo dicho este último rasgo de fatuidad para terminar el bosquejo; protegidos por las sombras, no es extraño encontrarlos a menudo junto a la cerrada ventana de un hogar respetable, donde duermen tranquilas la inocencia y la virtud. ¿Qué pretenden? Ser vistos; el embozo no siempre oculta bien el rostro: se dejan conocer. ¡Satisfacción!

A la mañana siguiente, la calumnia con sus mil lenguas emponzoñadas, propala la aventura; el galán crece en la opinión de sus cofrades; y para el mundo entero hay un padre o un marido más engañados. *Ecce homo*.

—Exageras —dije a Beltrán—; tan monstruosa comedia es casi incomprensible.

—Pero no es eso lo que más debe sorprenderte.

—Y qué, ¿hay algo más abominable?

—No tanto, aunque sí más irritante.

—¿Qué?

—¡Que semejantes miserables tengan admiradores!

—Queridos míos —dijo Franz, calzándose los guantes que sin sentirlo se le escapaban de las manos—, no formemos escándalo por semejantes tonterías; la humanidad debe aceptarse tal cual es; y los críticos de nuestro pelaje, a más de pasar por visionarios, caemos con frecuencia en el ridículo. Esto sentado, dejemos que cada cual proceda como mejor le plazca.

Beltrán lanzó sobre el escéptico poeta una mirada de reproche; y apostrofándole violentamente iba a espetarle todo un curso de moral, cuando se vio interrumpido por los acordes de la orquesta, la que hábilmente dirigida por el maestro Servadío, banquero y personaje en ciernes, daba principio a la obertura.

El silencio no se dejó esperar; cesaron los murmullos; nuestros oídos se aprestaron a oír la anhelada sinfonía, y con el corazón palpitante de emoción, vimos descorrerse la tela y aparecer los cantantes.

IV
La mujer del collar de rubíes

¡Oh, música! ¡Cuántos desconocidos encantos, cuántas sensaciones ignoradas y aspiraciones ajenas de toda miseria despiertas en el alma revelándole su divina esencia!

La impresión que produjo en mi ánimo la triste faz de aquel carácter, analizado por Beltrán, y que en toda otra circunstancia me habría sumido en profundo desaliento, desapareció a los primeros compases de la orquesta, permitiendo a mi alma embelesada desasirse de sus míseras trabas, y en alas de mil dulces ensueños, de mil anhelos desconocidos, vagar sin rumbo, por ese mundo misterioso de las inefables emociones.

Amarguras y penas, por esta vez, ¡habíais sido vencidas! Un poder sobrenatural os arrebataba vuestra víctima y os condenaba a esconderos en el abismo del olvido.

Beltrán, en un arranque de entusiasmo proclamó a Donizzetti el gran arcángel del sentimiento rítmico.

Franz, aplaudía furioso a la Morensi por su traje de Orsini. ¿Pobre Franz! De sus amigos, acaso era yo el único que sabía comprenderlo;

por lo que no me causó gran extrañeza oírle exclamar suspirando, al terminar el primer acto:

—Amigos míos, me declaro enemigo de Donizzetti.

—¿Quieres decirnos la razón?

—¿Por qué no? Hace soñar demasiado con esos ilusorios fantasmas tras los cuales corremos desatentados sin alcanzarlos jamás. Gloria, fortuna, amor —prosiguió Franz con amargura— ¿sois acaso otra cosa? Sí. Sois tres furias, que habéis jurado enloquecerme; tres demonios, encarnizados en destrozarme el corazón.

—Más filosofía, señor poeta —dijo Beltrán, poniéndose de pie—. Puede que algún día logres echarle la garra, y vengarte hasta la saciedad.

—¡Algún día!… Bella esperanza; cuando ya no me quede de juventud ni un minuto que ofrecerles; cuando mi corazón envejecido sea un sepulcro vacío, y mi alma desmayada, la prostituida cortesana del egoísmo. Mira, Beltrán, para entonces, hay algo más consolador… La muerte.

—Qué bellos ojos los de Laura —murmuró tímidamente a nuestra espalda un imberbe adolescente.

—Amelia es más hermosa —agregó un compañero.

—No tiene su candor.

—Le sobra gracia.

—Sería feliz si pudiera atraerme una sola de sus miradas.

—Yo daría la existencia por merecer de ella una sonrisa.

—Escucha, escucha —dijo Beltrán al poeta—, tienen menos que tú, y no se dan al diablo.

—Precisamente, porque carecen de aspiraciones.

—Te engañas, porque saben conformarse.

—Bella virtud, señor filósofo, la de comer con las encías cuando faltan los dientes. Por mi parte, declaro que he de desear siempre tanto, que el cielo para satisfacerme ha de verse en aprietos.

—Comprendo, señor mío —dijo Beltrán—, César, Creso y Don Juan fundidos en un ser. Ni pide poco.

—Acaso me supere Humberto.

—Y —dije al poeta— tengo una ilusión, que basta sola para llenar mi alma.

—Idealidades, mi querido —prosiguió Franz—, idealidades como las mías: humo de estufa que se apaga.

Entretanto, al drama interrumpido en la escena, seguíase la variada comedia que se representaba en los palcos, donde los actores sostenían sus papeles con no menor perfección.

Mis dos amigos, rompiendo con sus preceptos filosóficos, no fueron de los últimos en tomar parte en esas comedias de circunstancia, en que tanto se finge y aparenta. Franz, el espiritual, el poeta, el noble compañero de todo infortunio bien llevado, tuvo el capricho (quizá por vengarse de los ultrajes de la pobreza), de hacerse presentar como banquero retirado, a una familia recién venida de la provincia; y Beltrán, el hombre recto por naturaleza, el crítico severo, el filósofo observador, no pudo resistir a la tentación de olvidar por un instante, tras la careta de un carácter cualquiera, sus penas inoportunas; y a pesar de no haber montado en su vida otro esquife que un bote, y de no haber surcado otro océano que el lago de Valencia, se hizo pasar, para con dos viajeros portugueses, que venían de recorrer el Amazonas, como uno de los exploradores del polo ártico, digno émulo de los Franklin y los Cook.

La empresa era difícil, mas no desesperada, para quien como Beltrán tuviera sobra de audacia. El éxito coronó sus esperanzas; y diez minutos después de haberme abandonado, mis dos amigos volvieron a ocupar sus asientos: Franz, tranquilo y satisfecho, cual conviene a un envidiado millonario; Beltrán alegre y despejado, como cuadra a los héroes del mar.

Por segunda vez se descorrió el telón y los cantantes absorbieron de nuevo la atención general. Farfán[2] a la cabeza de los coros, hizo prodigios de vocalización; Colón[3] no fue menos feliz, con su voz estentórea logró apagar el contrabajo y enmudecer el bombardino; la galería estuvo de su parte. Salvo estos triunfos alcanzados por tan estrepitosos coristas, el resto de las escenas de este acto, llenas de simpática frivolidad, pasaron sin mucho efecto. La falange *dilettanti* esperaba con impaciencia el gran terceto, y entre un nutrido coro de bravos y palmadas, aparecieron, al fin, el duque y la duquesa de Ferrara. La Cortesi, espléndida de majestad en su carácter de Lucrezzia; Amodio, sublime, en

2 Antiguo corista de nuestro teatro.
3 Ídem.

la manera de servirse de su organismo privilegiado. Los aplausos esta vez fueron justamente prodigados, y el entusiasmo de los espectadores rayaba en frenesí, cuando apareció Mussiani, y comenzó el terceto.

¿Quién que haya oído una vez sola, este sublime concierto de voces, opuestas en sus modulaciones, cambiantes en sus giros, y fundidas, puede decirse así, por el genio inspirado de Donizzetti, en arrebatadora melodía, ha podido olvidarlo? ¿Quién no se ha sentido fascinado por esa escena conmovedora, en que el amor y la venganza, la desesperación y el sarcasmo, luchan sin abatirse con el crimen que los domina?

El terceto se cantaba en medio de un silencio profundo, guardado por los espectadores que reprimían el aliento, temerosos de robar a los ecos dulcísimos que vibraban en el recinto, sus menores detalles; y nuestras almas arrulladas por una sucesión de gratas emociones, mecíanse blandamente, sobre ondas de indecible armonía, cuando de súbito, a un tiempo, y como tocados por un mismo resorte, enmudecieron los cantantes a la mitad de una frase comenzada, y una exclamación de asombro sobrenatural brotó como una sola voz, de las dos mil personas que encerraba el recinto.

La paralización repentina del drama, la admiración que se pintaba en el semblante de los artistas, y aquella múltiple exclamación que resonó en mis oídos, despertaron mi alma de su dulce embeleso. Sin comprender qué pasaba, volví los ojos hacia el punto adonde convergían todas las miradas, y un grito de pasmo se escapó de mi pecho.

El palco, hasta entonces vacío, que poco antes me había indicado Franz, junto al del ministro americano, no lo estaba ya; y el nuevo ocupante, de pie y erguido entre las gasas que le rodeaban, paseaba sus miradas tranquilas sobre nuestras cabezas, sin notar siquiera la impresión profunda, causada por su presencia. Este ser extraordinario era una mujer, desconocida para todos, pero para todos reina por la actitud, diosa por la hermosura. Altiva y voluptuosa, insinuante y fascinadora, su belleza sobrehumana atraía el corazón como un polo imantado. Para apreciarla, la imaginación tenía necesidad de levantarse e ir a buscar, lejos del mundo, la misteriosa fuente de aquella creación maravillosa. Reminiscencia palpitante de todos nuestros sueños de amor, fantasías de juventud, ángeles vaporosos, sirenas encaradas, diosas olímpicas, todo, todo se revelaba y traslucía en aquella criatura sorprendente que

nadie se explicaba, y que, dominados los ánimos por las impresiones del drama que representaba a nuestra vista, aparecía como la propia hija de Alejandro VI, evocada de su tumba de cuatro siglos, con toda la pompa y majestad de sus días privilegiados.

A manera de la túnica antigua ceñía su talle esbelto un traje de terciopelo negro como sus ojos, en el cual resaltaba la blancura láctea de sus hombros desnudos y de su seno voluptuoso mal aprisionado. Su opulenta cabellera, recogida a la griega por una diadema de diamantes, esplendorosos como estrellas, dejaba a descubierto el contorno delicado de su cuello y las clásicas líneas de sus pálidas facciones, que habrían podido tomarse por las de un antiguo camafeo de Aspasia, si el brillo de los ojos no expresase más vida en aquella estatua de alabastro, que la acaso otorgada a una simple mortal. La cintura y los brazos, modelados *por los de la Venus de Arles*, estaban aprisionados con cintos y brazaletes de brillantes; y sobre el seno de ondulaciones palpitantes, descansaba como dormida sierpe, un triple collar de rubíes peregrinos que lucían a distancia como gotas de sangre. Ni una flor, ni una cinta, ni otro de los sencillos atavíos, compañeros de la inocencia y la virginidad, adornaban su traje, quizá severo hasta el desabrimiento, sin la abundosa profusión de piedras preciosas que lo esmaltaban, y cuyos prismáticos reflejos, la hacían aparecer tras una atmósfera resplandeciente de púrpura y de luz.

Jamás, desde la odalisca hasta la sultana, desde Semíramis hasta Cleopatra, profusión más espléndida de encantos y riqueza, ostentó sobre sí la fantástica vanidad de la mujer.

A su presencia todo quedó eclipsado; la hermosura de nuestras beldades, sus adornos elegantes, sus gracias seductoras, y los mil atractivos que hasta entonces nos habían embelesado, desaparecieron instantáneamente, cual una pléyade de estrellas sorprendidas por el sol en medio de la noche.

El asombro que produjo semejante mujer rayó un instante en lo maravilloso, y, fue tal la alucinación de nuestro espíritu en el primer momento de estupor que siguió a la aparición de la desconocida, que llegamos a creer que la tierra precipitando su carrera, había vuelto a la luz la faz por entonces sumergida en las sombras, y que el día, inesperado, con sus orlas de iris y sus rayos de fuego, nos sorprendía de improviso.

Por algunos minutos contemplamos absortos aquella portentosa aparición; y solo cuando la nueva Aurora se hubo sentado en su carro de triunfo, que en tal se transformó su palco, pudimos advertir que un hombre, tan extraño como ella, la acompañaba.

Los cantantes, vueltos de su estupor, continuaron el interrumpido terceto; pero ya nadie se curaba de ellos: al oído se sobreponía la vista doblemente impresionada; y entre un murmullo de preguntas, exclamaciones y extravagantes conjeturas lanzadas en voz alta, terminó con frialdad aquel bello terceto que tanto nos había cautivado al principio.

—Esa mujer es un ángel —dije a mis amigos—, sin poder dominar la emoción que me ahogaba.

—¿Un ángel? —repitió preocupado Beltrán—; los ángeles no queman.

—Pues yo sostengo —agregó Franz—, que a no ser un ángel como supone Humberto, es una nereida, una sirena, una diosa escapada del Olimpo: Venus o Diana; Minerva o Proserpina.

—Disparatas, poeta —tornó a decir Beltrán—, esa hermosa criatura es simplemente una mujer.

—Eres de mármol.

—Y tú, querido Franz, de yesca.

—Lo prefiero.

—Quizá no diga menos…

—Di cuanto quieras, pero convén conmigo….

—¿En qué? —preguntó Beltrán interrumpiéndole.

—En que todo lo que vemos es sobrenatural. Por un inexplicable fenómeno que no trataré de profundizar, mi espíritu despliega las abatidas alas, remóntose ufano a las regiones venturosas donde no alcanzan las mezquinas miserias terrenales, y alrededor del almo sol de la dicha y la gloria gira aturdido, como un insecto de doradas alas en torno de la llama en que habrá de abrasarse.

—Lo dices con una seriedad tan trágica que espanta.

—Es posible, amigo mío; pero si quieres convencerte y experimentar lo que yo experimento —agregó Franz estremeciéndose—, antes de que el astro te deslumbre, analiza a su satélite, y dinos de dónde habrá salido.

—¡Oh! Lo que es él, del infierno —exclamé descubriendo en el fondo del palco de la desconocida, a un sombrío y taciturno personaje,

cuyos ojos penetrantes, fascinadores e inmóviles, como los de un ave de rapiña, le resaltaban siniestros en las profundas órbitas. Cubierto por la capa que hasta entonces le sirviera de embozo, aquel ente singular habría podido pasar por una sombra; pero de pie y erguido como en aquel momento, se ostentaba a nuestros ojos, me pareció un fantasma.

—¡Curioso personaje! —dijo Beltrán ofreciéndome sus gemelos.

—Y tan curioso —añadió Franz—, que si uno de nosotros fuera Fausto, ya habría reconocido en ese hombre a Mefistófeles.

Sin hacer uso del ofrecimiento de Beltrán, volví a mirar de nuevo hacia el palco encantado, y por una de esas extrañas coincidencias, que a veces corresponden a nuestros más íntimos y ardientes deseos, mis ojos y los de la desconocida se encontraron.

Di un grito; mis pupilas quedaron deslumbradas, y un torrente de fuego me abrasó el corazón.

—¡Oh! Estoy ciego, estoy ciego —exclamé horrorizado—; no miréis a esa mujer.

—¿Qué tienes? ¿Qué sucede? —exclamaron mis amigos— Explícate, y salgamos si es que estás indispuesto.

—¡Oh! No podría hacerlo, una fuerza irresistible me lo impide.

—Estás loco, o te burlas de nosotros —arguyó Beltrán que no alcanzaba a comprender lo que pasaba en mi organismo.

—Ni lo uno, ni lo otro —les contesté confundido—, pero siento que ejerce sobre mi ser moral una presión que me subyuga.

Y en efecto; algo oculto, pero de una influencia extraña y misteriosa, dominaba mi espíritu. Una chispa infernal parecía incendiar mi cerebro, y sin fuerza que oponer al trastorno en que giraba mi cabeza, me encontré sometido al encanto que me fascinaba, como la mariposa al atractivo de la llama. Por fortuna esta impresión penosa, esta sobreexcitación inexplicable fue apenas de un instante; mis pupilas encontraron de nuevo la sombra apetecida, para reposar de tanta claridad; mi espíritu abatido tornó a vigorizarse; abrí los ojos, y no sin pesadumbre vi que mis dos amigos, dudando de mi sinceridad, reían a mis expensas; mientras que la extranjera, acaso satisfecha de su triunfo, buscaba entre la multitud otra víctima que incendiar con el fuego de su mirada.

—Caro amigo —díjome Franz—, armado de una de esas sonrisas en la que se trasluce fácilmente el sarcasmo, te has convertido en una

sensitiva, o eres un gran farsante; pues nos has representado tan a lo vivo de escena de Minerva y Tiresias, que casi nos la has hecho creer.

—¡Y qué! —exclamé ingenuamente sorprendido—; ¿nada han sentido?

—A no ser un pequeño movimiento aquí dentro —dijo Beltrán indicándose la parte del pecho que corresponde al corazón—, nada hemos experimentado.

—Entonces, habré sido el más necio o el más desgraciado.

—Por el contrario —se apresuró a contestarme Franz—. A creer lo que has dicho, gesticulado y suspirado, nadie ha experimentado lo que tú, a la vista de esa portentosa beldad; lo cual debe probarnos que sus efluvios magnéticos tan solo han simpatizado con los tuyos. Esta habría sido la opinión del gran Mesmer si la hubieran exigido; puedes estar seguro.

—¿Y la tuya?

—¡Oh! La mía —añadió el poeta afectando la suficiencia de un consumado taumaturgo—, no será menos científica, pero sí más atinada; pues se reduce a sostener que casualmente en el momento en que tus ojos y los de la desconocida se encontraron, efectuábase en tu estómago, acaso mal alimentado, una revolución inesperada, y que engañado por tu genio fantástico, te has creído atravesado por un rayo de Júpiter, cuando solo eras víctima de una aguda gastritis.

—Búrlate cuanto quieras —le dije—, mas ojalá no llegue el caso de que experimentes lo que yo.

¡Singular coincidencia! Apenas había terminado de pronunciar estas palabras, cuando una mano larga y descarnada se apoyó familiarmente en el hombro de Franz, quien como tocado por electricidad, dio un salto en el asiento, permitiéndonos ver a nuestras espaldas al misterioso compañero de la desconocida, que ceremonioso y diligente se apresuró a decirnos, presentándonos una esquela perfumada:

—Caballeros, la persona que a vuestras manos hace llegar esta esquela, espera, confiada en vuestra cortesía, que no opondréis excusas a la súplica que encierra.

Dicho esto y sin siquiera esperar de nuestra parte una respuesta, que dada nuestra turbación, difícilmente habríamos encontrado, nos hizo una profunda reverencia, y desapareció.

Beltrán, que había tomado el billete sobre cuya cubierta se leían nuestros nombres, rompió el sello y leyó lo siguiente:

"Señores; si no tenéis inconveniente en hacer nuevas relaciones, venid terminada la ópera a cenar a mi casa, donde seréis tratados como amigos." Esta esquela no estaba firmada, pero en cambio tenía esta posdata: "Como probablemente no sabéis donde vivo, mi coche os esperará a la puerta."

No causó tanto asombro a Don Juan la aparición del Convidado de piedra, como a mis dos amigos y a mí esta singular invitación que precisamente recibíamos en el momento en que los convidados de la Borgia apuraban el veneno fatal; y cuando más que nunca, ofuscada la imaginación por el lujo y la hermosura de aquella mujer extraordinaria, resbalábamos sin notarlo hacia el abismo de la superstición.

Sin dirigirnos una mirada, sin murmurar una palabra, mudos y extáticos de asombro, permanecimos todo el tiempo que nos fue indispensable para vencer las sobrenaturales sugestiones que nos dominaban, y darse cada uno a su manera la explicación de tan inusitado proceder. Luego, por una sucesión de apreciaciones más o menos halagadoras, al asombro siguió la admiración; a esta, un sentimiento indefinible tras el cual se irguió la vanidad; y al fin, la satisfacción y el orgullo aparecieron dominándolo todo.

A un tiempo, y con simultánea rapidez, nuestras cabezas abatidas tornaron a levantarse; nuestras miradas se encontraron; y en los labios de mis amigos, vi dibujarse lo que sentía en los míos: una sonrisa de triunfo. Olvidándose de su expuesta teoría, Franz creyó encontrar la causa de la predilección de que era objeto en los profundos misterios de ese imán poderoso, oculto en nuestras almas, al que damos el dulce nombre de simpatía.

Beltrán, por el contrario, inclinado a la escuela materialista, se atuvo antes que todo a los atractivos de la plástica; comparó con las nuestras sus naturales prendas, y se adjudicó la victoria.

Yo, a mi vez, declaro mi debilidad, me creí el agraciado; y sin fatigarme en buscar nuevas pruebas, me conformé con lo que había sentido.

—¡Oh vanidad!, ¡cómo perturbas el espíritu con tus engañosas presunciones! Pero ¡ay! cuán pocos son aquellos, que una vez por lo menos en el corto período de esas horas felices de la juventud, no se

han sentido poseídos de esa inocente fatuidad, que la experiencia logra hacer menos halagadora, pero que los años difícilmente nos hacen olvidar.

Decidida que fue la aceptación del obsequio, Franz tomó una actitud señoril, que cuadraba admirablemente con su aire aristocrático y con el papel del millonario que poco antes había representado. Beltrán se atusó los mostachos; despejose la empinada frente de la invasión de su desordenada cabellera; y con la arrogancia que el marino avezado al peligro descubre en lontananza naves enemigas, esperó sereno y confiado en su estrella, los laureles del triunfo.

Para no faltar a la verdad, añadiré que por mi parte no dejé de estirarme, como decimos vulgarmente; y que mis vecinos, hasta entonces tranquilos, se sintieron incomodados, ya por la hinchazón que sabe producir la vanidad, ya porque mis nuevas y hasta entonces desusadas actitudes, requerían amplio espacio.

En medio de tan variadas emociones, la ópera había llegado a su término. El infeliz Genaro, rechazando noblemente el antídoto que no bastaba para salvar también a sus amigos, espiró resignado entre notas de incomparable dulzura, en tanto que el remordimiento y la desesperación desgarraban el alma de Lucrezzia. Satisfecho de la venganza que le ofrecía el acaso, Don Alfonso, aparecía a su vez fulminando sobre aquella escena desastrosa una sonrisa de infernal triunfo y de feroz alegría. Y el maestro Servadío, cual mágico encantador, con un movimiento de batuta, a manera de acápite, dio punto al drama y enmudeció la orquesta.

La tela, en giro rápido, cayó esta vez para no levantarse. Los espectadores requirieron sus sombreros y sus capas; y del drama conmovedor que acabábamos de presenciar, no quedó en el proscenio otra huella palpable que las rígidas piernas de un moroso comparsa, extendidas y abiertas, cual desmedido compás, entre el pintado lienzo y la concha del consueta.

V
Soñar despierto

No sin dificultad logramos, mis amigos y yo, abrirnos paso hasta la calle, donde la multitud que abandonaba el teatro, con la misma precipitación con que a él había entrado, se detenía a contemplar un magnífico carruaje, uncidos al cual estaban seis soberbios caballos, de ojos centellantes, de crines erizadas, y cuyas negras pieles brillaban a la pálida claridad de la luna con fosfóricos reflejos.

Envuelta en amplio chal de cachemira escarlata, y sentada en la testera del carruaje, sobre almohadones de pluma bordados de oro y seda, vimos a una mujer en quien al punto reconocimos a la misteriosa desconocida que tantas emociones nos había proporcionado. A sus espaldas, dos lacayos de librea color de fuego, se mantenían inmóviles, como si fueran de piedra: sobre el pescante, que cubría una carpeta galoneada, alardeaba de vigoroso cual ninguno un cochero corpulento ricamente equipado, que apenas alcanzaba a frenar con dificultad la impaciencia de las fogosas parejas; mientras que todavía en tierra, con la mano apoyada en los cordones de oro que caían sobre el estribo, esperaba el sombrío Mefistófeles las órdenes de su encantadora soberana.

Como había acontecido a todo el mundo, nos detuvimos a contemplar admirados tanta magnificencia; pero apenas descubiertos entre los atolondrados curiosos por el siniestro personaje a quien Franz había bautizado antes con el nombre fantástico del tentador de *Fausto,* le vimos dirigirse a nosotros y con voz cavernosa decirnos:

—Caballeros, la señora os espera.

Impelidos por una fuerza misteriosa seguimos a aquel hombre, cuyo aspecto repulsivo nos hacía titubear a cada paso; y dominados por violentísima emoción llegamos al carruaje.

—Perdonad, señora, si por causa nuestra os habéis detenido —dije a la bella desconocida que, cual perezosa sultana, se inclinó para recibirnos.

—¡Oh! ¡Subid, subid! —exclamó ella con dulcísima voz, prodigándonos la más seductora sonrisa—. Llegáis a tiempo.

Y recogiendo los pliegues de su traje, me hizo sentar a su lado, indicando a mis dos amigos los dos asientos vacantes que quedaban al frente.

Su taciturno compañero cerró la portezuela; saltó sobre el pescante; y arrancando a un silbato de plata que colgaba de su cuello, prolongado y agudo silbido, dio la señal de partir. Formidable relincho ensordeció a la multitud; los caballos sacudieron las erizadas crines, y partieron veloces arrastrando el soberbio carruaje, con la vertiginosa rapidez del huracán.

Nuestro asombro creció de punto con la proximidad de aquella mujer fascinadora, cuya hermosura sobrehumana se nos revelaba más que nunca en toda su plenitud; y sin hallar en el primer momento de ofuscación, palabras adecuadas con qué expresar la emoción que sentíamos, permanecimos mudos a la par que embriagados por los magnéticos efluvios que exhalaba a torrentes nuestra misteriosa compañera. Pero si la carrera vertiginosa de los caballos, cuyas levantadas cabezas divisábamos entre el torbellino de las revueltas crines; si el estrepitoso choque de las herraduras sobre el mal unido empedrado, que chisporroteaba a un contacto; y sobre todo, si la agitación que experimentaba mi alma me impedía coordinar algunos pensamientos y ahogada en la garganta mis palabras, otro medio de comunicación quizá más íntimo, me quedaba aún con aquella mujer: ya eran sus ojos, cuyas miradas rápidas descansaban sobre las mías con fascinadores hechizos, ya sus

cabellos, los que flotando a la merced del viento acariciaban mis mejillas, y embriagaban mis sentidos con el perfume que exhalaban. El roce de su traje producía en mi organismo una sobreexcitación violentísima; como metal fundido corría la sangre por mis venas, y perdíase mi espíritu en esa vaguedad misteriosa que precede a la muerte ocasionada por los narcóticos.

En confuso torbellino giraba todo en torno mío: plazas, calles, árboles y luces, pasaban y volvían a pasar en confuso tropel ente mis ojos; una música extraña vibraba incesantemente en mis oídos, y desconociéndome a mí mismo, parecíame haber ascendido a una región privilegiada, separada por el infinito de la miserable humanidad.

Después de algunos minutos de frenética carrera, trotaban los caballos sobre el césped de una hermosa avenida. Tras los nocturnos vapores que la brisa arrojaba sobre las gargantas del Ávila, divisábamos a lo lejos las pardas torres y los reflejos luminosos de la dormida ciudad que se extendía a nuestras espaldas, mientras que en la opuesta extremidad deslizaba en silencio el apacible Guaire sus rumorosas ondas.

Al acercarnos al río, el perfumado beso de la brisa campestre pareció despertar al poeta, quien a media voz remó todo un idilio.

Beltrán, a su vez, hizo un esfuerzo como para romper las misteriosas ligaduras que aprisionaban su espíritu, e incorporándose de súbito, exclamó resueltamente:

—Señora, sois maravillosa; nos habéis abrumado. No extrañéis, pues, la especie de estupor con que os miramos, ni las extravagantes conjeturas que nuestro espíritu exaltado por tan repetidas emociones, llegue a forjarse de vuestra incomparable belleza.

—Exageráis, caballero —contestó nuestra compañera con melancólica dulzura—; lo que experimentáis es obra exclusiva de vuestra imaginación; habéis creído ver en mí un ser extraordinario, y la alucinación ha acabado por haceros dudar de la realidad.

—Si así fuera, me creería loco —murmuró Franz.

—Comprendo, señores, que mi conducta pueda pareceros singular —prosiguió la desconocida—, pero sois jóvenes, en vuestros ojos leo la expresión de la alegría, ¿a qué, pues, mejor explicación? Yo hago de la vida una fiesta, mis convidados deben saber reír; y riéndonos juntos, las horas se deslizarán sin habernos importunado.

—¡Delicioso programa! —exclamó Franz con exaltación—. Reír es la felicidad; pero no siempre no es dado reír.

—¡Quién os lo impide!

—¿Quién? —repitió el poeta—. Consolaos de no saberlo.

—De ninguna manera. Llevad vuestra amabilidad hasta nombrarme ese enemigo encubierto de la dicha.

—La desgracia, señora, la desgracia —dijo Franz melancólicamente.

—La desgracia. No sé qué significa esa palabra.

—¿Quién sois entonces? —pregunté a mi vez a la desconocida, venciendo la emoción que me abrumaba.

—¿Quién soy? —repitió nuestra misteriosa compañera, cuyos ojos se iluminaron de súbito— ¿A qué deseáis saberlo, si siempre quedaréis en la duda?

—Sin embargo —le dije—, decidnos algo que nos revele vuestra divina esencia, para adoraros de rodillas, o vuestra humana naturaleza para no creeros emanación del Cielo.

—¿Del Cielo? —repitió ella estremeciéndose, a tiempo que su sombrío compañero daba un salto en el pescante, que el gigantesco auriga hacía chasquear el látigo, y que los ardorosos caballos, de nuevo enfurecidos, partían con la velocidad del rayo—. Estáis equivocado, soy una simple hija de la tierra.

—¿Y hacéis de vuestro nombre un misterio?

—No tal —me contestó con abandono—. Mi nombre os lo diré más tarde; por ahora llamadme simplemente… Esmeralda.

—¡Esmeralda! —exclamamos a un tiempo, asaltados por el recuerdo que nos traía este nombre.

—Esmeralda, señores. ¿Tiene algo de raro?

—Ciertamente que no —le dije preocupado—. Es un nombre muy bello, aunque un tanto caprichoso.

Y a mi pesar, el recuerdo de *Nuestra Señora de París*, de aquel drama del siglo XV, arrancado al pasado por el genio fantástico de Víctor Hugo, se apoderó de mi espíritu con perseverante tenacidad. *Claudio Frollo; Quasimodo; La Corte de los milagros; Olivier Le Dain,* el barbero ministro; *La reclusa de la plaza de Greve; Las negras horcas de Montfaucon; Tristán el Ermitaño*, el gran preboste ejecutor de las sentencias del terrible Luis XI; *La cabra de los dorados cuernos y de la piel de armiño; y El Panderillo* a cuyo son metálico danzaba sobre las plazas del antiguo

París, aquella preciosa *Esmeralda*, perdida entre el fango de la corrompida capital, pasaron por mi imaginación, con todo el cortejo fantástico de monstruos y estatuas y mascarones y dragones; como si todas aquellas figuras, grotescas en su mayor parte, de mármol y granito, que en la edad media decoraban la gótica catedral de Felipe Augusto, se hubieran desprendido de sus nichos, cornisas y capiteles para seguirlos en confuso tropel. Por un momento me creí trasportado a las márgenes del Sena, al pie y luego a la cima de las gigantescas torres de la vieja Basílica; y desde allí, escalando los siglos, me pareció contemplar aquellas pasadas generaciones, llenas de vigor, actividad y vida, hoy sepultadas en el polvo y confundidas con la tierra.

Mi cabeza se perdía en un laberinto de recuerdos históricos, novelescas imágenes, quiméricas alucinaciones. Mi espíritu exaltado erraba lleno de asombros, cual perdida caravana, en el anchuroso espacio que le ofrecían los siglos. Absorto en la extravagante confusión de ideas que germinaban en mi mente, difícil me habría sido precisar el camino de la razón, enfrenar el pensamiento que corría desatentado, y que a cada nuevo esfuerzo de la imaginación iba a estrellarse contra el escollo de la locura, o a hundirse en los abismos de lo infinito.

Inexplicable desconcierto del espíritu humano, en que la más insignificante paradoja puede precipitarlo.

Mis amigos, entre tanto, acaso menos impresionables que yo, sostuvieron la más galante plática con la nueva Esmeralda, hasta que el carruaje después de atravesar el río y de franquear la verja de un extenso jardín, iluminado a *giorno*, se detuvo sin que yo lo advirtiera.

Mi espíritu en sus divagaciones se había alejado tanto de la realidad, que no era de esperarse volviera a ella con la presteza y lucidez que merecía el espectáculo que se ofrecía a mis ojos; y solo cuando Franz, sacudiéndome con violencia, me hizo comprender que era necesario bajar, fue que noté que había cesado el movimiento, y que otro campo, aún más vasto para la alucinación de mis sentidos, se extendía ante mi ofuscada razón.

El carruaje se había detenido junto al peristilo de un palacio de elegante arquitectura, completamente desconocido para mí, y en el centro de una plazuela semicircular, rodeada de estatuas y jarrones de mármol, en la cual se agitaba por entre carruajes de caprichosas formas, todo un pueblo de lacayos recamados de oro y vistosas libreas.

En el primer momento creí soñar despierto, y volviéndome a Franz, quien tan aturdido como yo, contemplaba embelesado la animada escena en cuyo fondo se elevaba el hermoso edificio que nos parecía haber surgido de la tierra como por efecto de un conjuro, le pregunté asombrado:

—¿En qué país estamos?

—¡Vaya! —exclamó Beltrán con ligereza y examinándome detenidamente como si no comprendiera el sentido de mis palabras—, hace rato creo notar en tu espíritu un oscurecimiento inexplicable; y a menos que sueñes, lo que sería de muy mal gusto, frente a la más hermosa de las hijas de Eva, supongo no creerás encontrarte en la región privilegiada que habitaron nuestros padres entre el Éufrates y el Tigris.

—Difícilmente —contesté admirado de la naturalidad con que me hablaba—, podría soñarse nada comparable a cuanto nos rodea; por lo que no debes extrañar que nuestros sentidos imperfectos se postren ante lo maravilloso.

—Si quieres huir de la locura —díjome Franz con tono sentencioso—, haz lo que yo: entrégate a discreción al genio que nos conduce, imita a Beltrán a quien nada sorprende; y no pienses.

Antes que abandonarme a las constantes divagaciones en que a cada nueva sorpresa se lanzaba mi espíritu, traté de seguir el consejo de Franz; descendí con mis amigos del carruaje, y como ellos ofrecí mi mano a nuestra extraordinaria compañera. Esmeralda sin notar nuestra turbación, o aparentando no advertirla, se detuvo indecisa antes de elegir entre las nuestras la mano en que debía apoyarse; pero esta indecisión fue apenas de un instante y con gozo infinito sentí al fin que su mano se posaba en la mía. Todo lo que la sensibilidad puede ofrecernos de agradable, todo lo que nuestra organización puede experimentar de dulce e inefable, lo sentí al suavísimo contacto de aquella mano blanda y perfumada que desnuda del guante se abandonaba entre las mías, despertando en mi alma nuevas y hasta entonces desconocidas sensaciones. Ebrio de gozo la estreché con deleite y cediendo a la tentación que me abrasaba, posé en ella mis labios, y mis labios sedientos se quemaron. Ella a su vez se estremeció ligeramente, y volviéndose a mis amigos, que entre sí ponderaban mi audacia:

—¡Venid! —les dijo.

Y nos llevó al palacio.

Una ancha escalera de mármol nos condujo a una elegante galería que miraba a un jardín interior, a cuya extremidad entre mil luces resplandecientes se levantaba un templo griego sostenido por columnas de mármol y rodeado por setos y bosquecillos de jazmines y rosas. Varias puertas cubiertas de doradas molduras se abrían sobre esta hermosa galería, invadida por un enjambre de convidados, completamente desconocidos para nosotros. Esmeralda desapareció entre la multitud, la que a su paso se inclinaba respetuosamente como los incas ante el Sol; mientras que nosotros, cada vez más sorprendidos, fuimos a estrecharnos contra la balaustrada que miraba al jardín, diciéndonos con los ojos lo que la admiración nos impedía expresar con la lengua. Y desde allí, mudos y avergonzados de la pobreza de nuestros vestidos, que resaltaban en medio de aquel lujo portentoso como manchas de lodo sobre la blanca túnica de una vestal, vimos precipitarse en los salones aquella corte oriental en que la belleza y el lujo se disputaban nuestro asombro.

—Y ahora, ¿qué hacemos? —dijo Franz, terminado el desfile.

—¿Qué hacemos? —repitió Beltrán con exaltación— seguir la corriente que nos impele entrar en el torbellino que nos convida a la dicha, y que arda Troya.

Y sin esperar nuestra aquiescencia, nos arrastró con él a uno de los salones, donde el baile no tardó en comenzar, gracias a una orquesta atronadora que hizo estremecer de alegría todos los corazones.

VI
El gran vals

El salón donde entramos en seguimiento de Beltrán, resplandecía de la luz de cien arañas que derramaban sus torrentes de fuego sobre aquella multitud centellante de oro y pedrerías, y afanada en seguir los rápidos compases de la orquesta. Arrebatados por el movimiento general que, cual torbellino de encajes, giraba a nuestros ojos, seguimos la impetuosa corriente hasta situarnos tras las flotantes cortinas de uno de los balcones, burlando así la admirada curiosidad que nuestra exótica pobreza despertaba en aquella ruidosísima asamblea, mecida por la opulencia, en columpios de felicidad.

—¡Qué espectáculo! —exclamó Franz apenas nos encontramos detrás de la cortina—. Podría decirse que asistimos a una danza de estrellas, a una fiesta en el zenit, dada por el sol a sus satélites.

—Tú dirás siempre todas las extravagancias que se te ocurran —dijo Beltrán al poeta—; pero no sabrás explicarte cómo es que ese mismo sol que te deslumbra ha engendrado en la tierra un rival omnipotente.

—¿Y puedes tú saberlo?

—Estoy en el secreto.

—¿Que reservas para tu sola ciencia?

—No, porque quiero que se curen ustedes de esa peste de poesía tan perniciosa en nuestro siglo. ¿Me has entendido?

—Absolutamente —dijo Franz.

—Lo mismo vale, impenitente soñador, a quien no ha enseñado la experiencia que los que eternamente ven al cielo, tropiezan a cada paso con las desigualdades de la tierra. Pero si lo que buscas en lo alto es la fuente de los goces materiales, cometes una insigne tontería; mira a tus pies más bien, y verás a ese sol que te abrasa infiltrar en las rocas sus saetas de fuego. Ármate de una maza, golpea la dura piedra, destrózala en pedazos y en sus entrañas de granito encontrarás para tu dicha ese rayo de luz convertido en metal, metal precioso que sabe hacer prodigios; y que no reconoces esta noche a pesar de manifestarse más que nunca en todo su esplendor.

—El oro, siempre el oro —exclamó Franz con abatimiento—, ¡Qué fuerza! ¡Qué poder! He ahí sin hipérbole el rayo formidable de Júpiter. Tienes razón, Beltrán; los efectos de la riqueza no los comprende sino quien la posee.

—Procúratela, pues, y podrás echarte panza arriba, confiado en que la dicha vendrá a ti sin que te tomes el trabajo de buscarla.

—Seguiré tus consejos, sabio amigo, cuando lo crea prudente; por ahora deja extender sus alas a mi espíritu —añadió Franz con creciente exaltación—; déjalo que se embriague en esta atmósfera de voluptuosidad.

—¿Qué diablos te lo impide? —le contestó Beltrán—, haz lo que más te cuadre: la música es alegre; las mujeres son bellas; mis piernas me piden ejercicio. ¡Adiós! —y entre un grupo de danzantes desapareció a nuestros ojos.

El hombre parece haber venido al mundo con innata inclinación a la danza, pues, desde tiempos muy remotos, la humanidad hace piruetas y gira al compás de armónicos o discordantes instrumentos, deleitándose en este ejercicio fatigante y frívolo, tanto en estado de craso salvajismo, como después de modificada por la civilización. Muy pocos son los que han logrado escapar a esta inclinación acrobática, que forma, desde que salimos de la cuna, una de las gracias de la infancia, y a la que millares y millares de seres han profesado y profesan verdadero culto; lo cual me hace creer que el hombre nació para danzar; que

nuestros padres bailaron en el Edén; y que fue al son del arpa y entre dos compases de una danza primitiva, que tuvo lugar la tentación de la señora Eva. Dadas estas razones, supongo que nadie extrañará que Beltrán y sus dos compañeros se dejaran arrebatar por la vieja costumbre de dar vueltas y medir el compás.

Para un mal bailador nunca falta una buena pareja: Beltrán lo sabía de memoria. Una hermosa sirena no desoyó su ruego; con el desenfreno peculiar de su carácter, nuestro amigo se lanzó a la corriente y varias veces le vimos cruzar y desaparecer en el laberinto de aturdidos danzantes, que en alas del entusiasmo giraban a merced de la música, como revolotean en el estío las hojas secas de los árboles al impulso de vientos encontrados.

Como era de esperarse, no tardó la emulación en incendiar nuestros cerebros; la tibia atmósfera que respirábamos, impregnada de esencias, acabó de aturdirnos; y abandonando el hueco del balcón y la cortina protectora que nos ocultaba, nos disponíamos a imitar a Beltrán, a punto que vimos a Esmeralda dirigirse a nosotros trayendo de la mano a una linda y encantadora joven.

Mi corazón latió de nuevo con celeridad, mi sangre circuló con rapidez, y todas las emociones que al contacto de aquella criatura prodigiosa había experimentado en el carruaje, se repitieron aguijando mis sentidos.

—¿No bailáis, caballero? —preguntó Esmeralda dirigiéndose al poeta— ¿No os estimula el entusiasmo de vuestro compañero?

—¡Oh! señora —exclamó Franz, acariciado por aquella voz, que no obstante su dulzura le hacía estremecer como el tímido pajarillo al grito del gavilán—, hasta ahora nada ha podido seducirme, pero vuestra presencia me hace anhelar en este instante lo que ha poco me era indiferente.

—Si es así, permitid que os presente a mi amiga Terpsícore. Su nombre, que debe ser familiar, le sirve de recomendación; sed, pues, su caballero, y que las horas vuelen para ella y para vos alegres y dichosas.

Contrariado en la esperanza de ser el caballero de Esmeralda, Franz estrechó la cintura de la musa gentil; y olvidando, a su contacto, la decepción sufrida se precipitó en el torrente de la aturdida multitud.

—¿Y vos? —añadió Esmeralda dirigiéndose a mí, tan pronto como el poeta y la musa hubieron desaparecido—, ¿no le imitáis?

—Yo, señora —le dije conmovido—, creo ser más ambicioso que mis amigos; solo bailaría con vos; pero me encuentro tan indigno de merecer esa felicidad, que jamás me habría atrevido a solicitarla.

Estas palabras casi ahogadas en mi garganta por una invencible timidez no obtuvieron respuesta; pero en cambio, una sonrisa de aquella maravillosa mujer me abrió las puertas del paraíso. Su mano cayó en la mía electrizándome de dicha; su aliento embalsamado acarició mi frente; junto a mi pecho conmovido sentí latir su pecho palpitante; y ebrio, loco, sumergido en un piélago de ventura infinita, la sentí abandonarse entre mis brazos que se abrieron para recibirla, con la espontaneidad con que las plantas henchidas de rocío reciben los ardorosos besos del sol del mediodía.

El frenético vals nos arrebató entonces en vertiginoso torbellino, y estrechados como dos hojas de un mismo ramo que lleva el huracán, giramos aturdidos entre la delirante multitud. Poseídos de indecible arrobamiento, nuestras almas se abrasaban en una misma llama: flores, luces y diamantes, como anillos de fuego, giraban con nosotros; el delirio nos prestaba energía; alas, nuestra pasión… ¡Oh! volábamos, volábamos, y casi podría decirse que nuestros pies, desdeñando la tierra, resbalaban en el aire.

Impedidos por tempestuosa ráfaga revoloteamos largo tiempo. Esmeralda se mostraba infatigable, pero el vigor extraño que me comunicaba con su aliento, comenzó al fin a abandonarme.

A pesar del incendio que abrasaba mi alma, la materia, agobiada de laxitud, se abatía a mi pesar; y la virilidad de los veinte años, sorbida como por implacable vampiro, sentíase sujeta a degradante extenuación. Después de un cuarto de hora de violento ejercicio, giraba sin concierto; a cada nuevo círculo que describían mis pies creía mirar abismos que me atraían con espantoso vértigo; y al cabo, exánime, anhelante, sintiéndome sucumbir, exclamé anonadado:

—¡Gracia! señora, ¡gracia! si no queréis que muera.

Esmeralda, sin experimentar mi debilidad, volaba más ligera que nunca; pero mi agonizante súplica, antes de perderse en el tempestuoso torbellino que nos arrebataba, debió llegar a su oído, porque sin detenerse la oí exclamar con pesadumbre:

—¡Es posible!, ¿cuándo me hacéis tan feliz?

—¡Feliz! —repliqué con apasionado entusiasmo— ¿podría yo acaso daros la felicidad?

—¿Por qué no?

—¡Oh! porque no la poseo.

—Se puede hacer dichoso a los demás, sin que nosotros mismos lo seamos.

—El amor solo puede tener ese poder…

—¡El amor! ¿Creéis en sus prodigios?

—Sí, porque os amo.

—¿Me amáis? ¿Sabéis lo que habéis dicho? —exclamó Esmeralda con una exaltación hasta entonces no revelada en sus palabras— ¿podríais amar a una mujer sin conocerla?

—Con todo el corazón —y reanimándome con extraordinaria nerviosidad—: ¿qué me importa —añadí—, que seáis un demonio o un ángel? vuestros ojos me queman, vuestro aliento me embriaga.

—¡Oh! decidme que no mientes, Humberto —exclamó Esmeralda, deteniéndose de súbito y cubriéndome con las llamas deslumbradoras de su mirada de fuego.

—Dejaríais, señora, de ser la deidad misteriosa de mis ensueños, si hasta ahora no lo hubierais adivinado.

Y arrullado por la angélica sonrisa de aquella mujer fascinadora intenté arrojarme a sus pies y adorarla, cuando una violenta carcajada, sarcástica y cavernosa, como un rugido del infierno, heló mi sangre de pavor; y volviéndome aturdido al punto de donde había salido, vi al sombrío Mefistófeles perderse entre la multitud.

—Sígueme, dejemos esta sala —dijo a mi oído Esmeralda, reanimando con su voz el abatimiento de mi espíritu—, nuestra felicidad ha engendrado la envidia.

Seguila adonde quiso conducirme. Sin cambiar una sola palabra llegamos a la elegante galería; y llevándome hacia la balaustrada, añadió con precipitación, mostrándome las columnas de mármol que se levantaban en el fondo del jardín:

—Es allí solamente donde sin testigos importunos podemos ser felices.

—Descendamos —le dije, rebosando de dicha.

—Ahora es imposible; pero si dentro de dos horas no habéis cambiado de sentimientos, me encontraréis allí.

—En dos horas, mi corazón habrá estallado veinte veces de amor.

—Sé prudente, por el contrario, y trata de vencer los obstáculos que puedan impedir nuestra felicidad.

—¡Oh! Esmeralda, Esmeralda —exclamé arrebatado por ardiente delirio—, serás obedecida aunque tenga que combatir para llegar al cielo que me ofreces, con todos los monstruos que exterminó Teseo.

—Me gusta, amigo mío —dijo apoyando sobre mis labios, que de nuevo se abrían para hacerle mil protestas, sus dedos de azucena—, id ahora a buscar a vuestros amigos que sin duda os desean.

Y ligera como una mariposa, se alejó dejándome abismado en mi triunfo.

Tanta felicidad llegó a parecerme una quimera, que solo como un sueño irrealizable había pasado por mi mente la posibilidad de conquistar el amor de Esmeralda. Semejante victoria, alcanzada sin combatir, se me hacía inexplicable; mas no por eso halagaba menos mi vanidad, la cual se empinaba hasta tocar el cielo. Sin embargo en medio del trastorno que producía en mi cerebro las variadas emociones que desde el principio de la noche venía experimentando, la carcajada de Mefistófeles vibraba en mis oídos como un mentís terrible, lanzado por el infierno, a todas las expansiones de mi alma. Con los ojos fijos en el templo de Venus, que del follaje del jardín surgía risueño, como la diosa de Cíteres de las espumas del océano, permanecí largo tiempo, inmóvil, preocupado y absorto.

Con extraño terror veía la hora de acercarse de aquella cita misteriosa. Algo semejante a una sombra comenzaba a oscurecer el horizonte lleno de claridades, en que hasta entonces había recreado la imaginación; y dando pábulo a las ideas supersticiosas con que una mala educación nos enferma el espíritu, me parecía hallarme aislado y perdido en medio de aquella fiesta, como en medio del caos. Ingratas emociones me hacían estremecer de espanto; e indigno de la felicidad que me esperaba, tuve miedo. ¿De qué? No sabía explicarlo; de todo y de nada; del aire que respiraba, de la música que oía, de mí mismo quizás. Los apasionados trasportes a que aquella mujer me había arrastrado, cesaron con su ausencia; una frialdad glacial sustituyó al fuego que poco antes me quemaba, y un pensamiento tan cobarde como ridículo, cruzó por mi mente, aconsejándome huir de los encantos de aquella fantástica beldad.

Pero no tuve fuerzas para ejecutar tanta vileza; huir de la felicidad es un absorto que no se le ha ocurrido a nadie; sin embargo, el corazón, siempre fiel a esas misteriosas agitaciones que a veces pasan por funestos presagios, lo aconsejaba con instancia. Yo debía estar loco; la lucha que sostenía conmigo mismo, lo demostraba claramente, y aturdido y perplejo, vagaba de quimera en quimera, y de alarma en alarma, cuando vi aparecer a mis dos amigos, que espectadores de mi triunfo, me buscaban deseosos de recibir mis confidencias. Su vista tranquilizó mi alma, y la alegría que revelaban sus semblantes diafanizó las sombras en que me envolvía la preocupación como un fúnebre sudario.

—He aquí al afortunado mortal —exclamó Beltrán, llamando sobre mí la atención del poeta—; he aquí el privilegiado de la suerte, cuyos dones no merece, y cuyas penas cambiaría gustoso por todas las alegrías de mi vida.

—Al fin te encontramos —dijo Franz—; pero ¡qué diablos! —añadió, descubriendo en mi frente las visibles señales de la oculta tempestad que me agitaba el corazón—, te suponíamos rebosando de dicha, y no mustio y sombrío como estás.

—Ya ves que no me falta razón para decir que no merece Humberto los halagos de la fortuna —exclamó Beltrán—. Yo en su caso, habría escandalizado con la explosión de mi alegría, mientras que a este tierno soñador solo le falta deshacerse en lágrimas para probarnos su perplejidad. ¡Fortuna! ¡Fortuna, descúbrete por lo menos un ojo!

—Amigos míos —dije a mis implacables acusadores—, la felicidad tiene también sus amarguras, entre las que puede contarse en primer término, la falta de vigor que se resienten nuestras imperfectas facultades, para gozar de ella por completo. Pero no es a mí solo a quien de los tres se le puede calificar de dichoso. Ustedes no lo han sido menos, y sin embargo no ríen como debían reír.

—¡Dichosos! —exclamó Franz con indignación—. ¿Dónde está mi felicidad? La Terpsícore que me dieron por pareja, es el diablo más sordo que he encontrado en mi vida; un paso no dio al compás, y entre porrazos dados y recibidos, pancadas y estrujones, me ha hecho expiar todas mis culpas en ese vals infernal.

—De seguro que el chasco te pasó por andar a caza de deidades mitológicas —exclamó riéndose Beltrán—. Si hubieras hecho lo que

yo, no tendrías de qué quejarte: sin pararme en pelillos eché garra a la primera que encontré, y asunto concluido.

—¿Y quedaste satisfecho?

—¡Oh! plenamente. Figúrate que me tocó por suerte un torbellino, de pies ligeros como el viento, de miradas de fuego, dócil a mis deseos como la barca al piloto, y frenéticamente apasionada por la danza. ¿Qué más podía desear? La hice girar cien veces con la velocidad de una veleta y en medio del vals creí dos veces subir al paraíso. Mas, a pesar de tales méritos, tú no la habrías encontrado de tu gusto.

—¿Y por qué lo supones? —preguntó el poeta.

—Porque mi seductora sílfide tenía otra cualidad que olvidé enumerar; cualidad que para mí la hizo más interesante; pero que para ti ciego adorador de la palabra, te la habría hecho insoportable: porque era muda.

—¡Muda! —exclamó Franz asombrado—. Terpsícore me pareció lo mismo. ¡Esto es incomprensible!

—Será todo lo que quieras —añadió Beltrán—; pero de hoy en adelante, sostendré ante el mundo entero, que el mutismo es la perfección de la mujer.

—La exageración y las hipérboles han abierto al fin profunda brecha en tu filosofía —dijo Franz.

—Qué quieres, mi querido —contestó Beltrán—, el contagio de ustedes es tan grande, que acabará por inficionarme. Pero dejemos por ahora con sus puerilidades a esas aturdidas seductoras que no han podido fijarnos el corazón; y síganme donde los lleve, si quieren olvidar las viejas penas y las nuevas ilusiones, ante la más estupenda maravilla que hayan visto mis ojos, y que, de seguro, jamás habrán recreado los de ustedes.

La proposición de Beltrán fue aceptada sin titubear, sobre todo por mí, pues que ella me evitaba el embarazo de una confidencia que no me atrevía a hacer. Seguí a mis dos amigos adonde quisieron conducirme, y después de cruzar salas y galerías, más o menos repletas de convidados, nos detuvimos a la puerta de una estancia donde una sola mirada, lanzada en el interior, me bastó para reconocer el objeto a que estaba destinada.

VII
Los agraciados de Plutus

La franca y cordial alegría que reinaba en aquel encantado palacio, parecía desterrada de esta sala de abrumadora atmósfera, a cuya puerta nos detuvimos, y donde una de las pasiones que más dominan al hombre, había sentado sus reales. Bruscos acentos, nerviosos, discordantes, expresión del despecho y la ira, de la codicia y de la envidia, brotaban de la afanada muchedumbre que rodeaba algunas mesas, cubiertas de verdes tapetes y esparcidas sin concierto en aquel caótico recinto, tan pronto silencioso como lleno de estrépito.

Así como Terpsícore, Mercurio tenía abierto su templo en aquel encantador palacio, y numerosos prosélitos rendían ardiente culto al dios proveedor del infierno: y apelo al travieso Mercurio, porque ninguna de las deidades del paganismo me parece más digna, dada sus innumerables habilidades, de presidir cumplidamente los azares del juego.

—Estamos en las orillas del Páctalo —exclamó Beltrán—, apenas nos detuvimos, un paso más, y verán que no miento.

—¡En pleno garito, querrás decir! —replicó Franz con extrañeza.

—¡Y qué!, ¿te espanta? —preguntó Beltrán.

—No propiamente, pero hasta hoy había creído que solo sobre el lodo se revolcaba el vicio; es decir, sobre esa multitud desheredada, embrutecida por la miseria.

—Desciendes de la luna, caudaloso poeta —tornó a exclamar Beltrán—. ¿Ignoras, por ventura, que el gusano productor de la seda, sabe ocultarse en ella, y que el oro que puede servir al cuerpo de coraza jamás podría defendernos el alma? ¡Vaya! Veo que tengo que enseñarte muchas cosas, porque a pesar de tu talento, nada sabes.

—¿Y qué podrías añadir a lo que has dicho? —preguntó Franz picado.

—Que para posar su garra, no detiene al vicio la condición social; y que de ordinario, su presa predilecta la encuentra sin trabajo en los cebaderos de la molicie. ¡Pero vamos! —añadió cambiando repentinamente de tono—: consuélate con saber que la opulencia ha logrado convertir en lujo hasta los mismos vicios, y que no hay razón para impugnarlos con tal que se practiquen con cultura y gasten guantes frescos y vestidos de moda.

—Es usted un corruptor, señor Beltrán —exclamó Franz mirando a nuestro amigo con sincera sorpresa.

—Y usted señor Franz, el cándido más cándido que ha venido a este mundo.

—¿No ves —añadió Beltrán volviendo a esgrimir el sarcasmo—, no ves que la moral de nuestros días solo se ensaña contra esas mezquinas ruindades que cometemos en silencio y a la sombra, y de ninguna manera contra las iniquidades que audazmente ostentamos coronadas por el buen éxito? El *make Money* de los yankees, no es de ellos solos, mi querido, es de todos los hombres que han comprendido antes que tú el valor del dinero. Entremos, pues, a este santuario que nos abre sus puertas, y abísmate de tu insignificancia.

Precedidos por Beltrán penetramos con dificultad en el más numeroso de los grupos que rodeaba una de aquellas mesas y, empinándonos cuanto nos fue posible, alcanzamos a ver, mudos de asombro, gigantescas montañas de ese metal precioso que en poesía no nos cansamos de despreciar, pero que en prosa estimamos debidamente. Sobre el verde tapete saltaba el dado inquieto, mostrando sus pintadas facetas al anhelante corro que rodeaba la mesa; ahora arrancando exclamaciones de esperanza y contento, ahora sordos rugidos y maldiciones y

sarcasmos. Con magnética atracción seguían todos los ojos los saltos y caídas de este fatal instrumento de ruina, con que el hombre, ciego de insensatez, asesina y se suicida; y oprimidos de angustia, palpitaban con rapidez los corazones, o dejaban de hacerlo en absoluto, siguiendo las vueltas repetidas, los traidores engaños y trepidantes convulsiones del microscópico instrumento.

El oro fascinador deslumbró nuestros ojos, que llenos de codicia se abrieron con la elasticidad de una bolsa de pobre. Jamás, ni en sueños, habíamos visto tanta riqueza junta, ni la idea de un juego tan terrible como fabulosa había podido pasar por nuestra mente. Las apuestas que se hacían en aquella monstruosa partida, tenían por unidad los millares; y difícil habría sido calcular, siquiera aproximadamente, la enorme cifra de napoleones de oro, de victorias y luises que circulaban en la mesa.

—Y bien, ¿he exagerado? —preguntó Beltrán tan pronto como la admiración nos hubo devuelto la palabra.

—¿Asombroso? —le contesté, sin apartar los ojos de aquellas movedizas pirámides que divisaba deslizándose entre nerviosas manos, y que a voluntad de la suerte cambiaban a cada instante de dueño y de lugar.

—La ambición de Midas habría quedado satisfecha con la posesión de lo que vemos —agregó Beltrán.

—¿De Midas? —repitió Franz preocupado— ya que te has erigido en mentor mío, ¿quieres decirme quién era ese sujeto?

—¡Cómo! ¿No lo recuerdas?

—Supongo que no sea yo.

—No era tan poco práctico, aunque llegó a excederse.

—¿Pues, quién era?

—Te lo diré, porque puede serte útil, Midas fue un rey hospitalario que supo dar a Baco la más grata acogida, por lo cual el dios reconocido prometió concederle, en un día de buen humor, todo lo que deseara. Midas que no era corto, le pidió la bicoca que se trocase en oro cuanto tocasen sus manos y Baco siempre generoso, satisfizo a su huésped. Pero viendo en seguida el ambicioso monarca, que hasta los alimentos que llevaba a la boca se le trocaban en el metal precioso, cantó la palinodia reconociendo su imprudencia; y el dios enternecido, para librar a su víctima de aquel don tan funesto, le hizo bañar en el Páctalo, que

desde entonces, nos añade la fábula, arrastra en sus corriente arenas de oro. Con que aplícate el cuento si te cuadra.

—A haber sido yo Midas, no me hubiera bañado —dijo Franz.

—Eso habría sido condenarte a un suplicio espantoso.

—Más espantoso es lo que vemos —añadió Franz con profundo abatimiento—. Nuestra miseria gime aquí más que nunca, y nuestra humillación no se puede medir.

—¡Qué diablos! —le contestó Beltrán a quien el oro le impresionaba de manera distinta que al poeta—; más de lo que hemos descendido en la escala de la miseria, no es posible bajar. Aquí, como en todas partes, somos y seremos los mismos; anímate, pues, y tentemos la fortuna que, como ciega al fin, no verá nuestras cataduras para ofrecernos o rehusarnos sus dones.

—¿Y con qué piensas tentarla? —le pregunté sorprendido.

—¿Con qué? —repitió Beltrán—, con la suma de nuestros tres bolsillos, que exprimidos arrojarán alguna cosa. Vamos, manos a la obra. ¿Cuántos tienes?

—Tan solo dos francos, que había destinado para cigarrillos —le contesté.

—Venga el dinero, y prescinde del vicio si perdemos. Siempre será una ganancia.

A fuerza de buscar en mis bolsillos, tropecé con un par de francos que pasaron a manos de Beltrán, quien, volviéndose al poeta, añadió con rapidez:

—Y tú, ¿cuál es tu capital?

—¡Mi capital! —exclamó Franz mirándole asombrado.

—¿Eres sordo, o no quieres comprenderme? ¿Cuánto tienes en el bolsillo?

—Yo no tengo bolsillo —tornó a exclamar el poeta suspirando.

—Déjate de simplezas y dame lo que tengas.

—Lo que tengo no será de gran provecho —replicó el poeta—. Sin embargo, ya que te empeñas, consignaré en tus manos este resto miserable de Tácito —añadió presentando franco y medio—, resto precioso, con el cual esperaba procurarme lo que a tantos les sobra.

—¿Qué diablos?

—Una cuerda para ahorcarme.

—Aplaza para ocasión más propicia tan sublime resolución —le contestó Beltrán—. Por ahora venga ese miserable resto del gran historiador, que acaso nos atraiga la fortuna, y unido a los frustrados cigarrillos de Humberto, y a este par de duros, que no han de ablandar mis acreedores, hacen un capital de consideración, que a no ser la suerte más tirana que todos los tiranos conocidos, multiplicará al infinito.

—¿Pero no te avergüenza —le dije—, exhibirte con trece francos y medio ante tanta riqueza?

—¡Qué vergüenza, ni qué cuernos! —me contestó con rapidez— el dinero mientras menos es, más se estima.

Y volviéndonos la espalda se encaminó resueltamente a la mesa de la gran jugada, añadiendo en son de despedida:

—Si ustedes no quieren fastidiarse, permanezcan donde están, que cuando resuelva jugar los llamaré.

—¡Trece francos y medio!, ¡Trece francos y medio! —exclamó Franz, con profundo dolor—; he ahí todo lo que juntos nos es dado aventurar para tentar la fortuna. ¡Miserables mendigos! Beltrán tendrá siempre razón.

Y dirigiéndose con lento paso a uno de los balcones que daban al jardín, se recostó en la dorada balaustrada; aspiró un momento, con nerviosa avidez, las perfumadas emanaciones que agitaban la brisa, y levantando luego sus azules ojos hacia el cielo, exclamó con punzante sarcasmo:

—Riqueza: tú eres en realidad la deidad omnipotente, el astro deslumbrador a cuyo brillo lucen como diamantes las más exiguas cualidades del hombre; mientras que tú, Pobreza, no eres sino profunda oscuridad, caos tenebroso, donde nada se distingue y donde todo se oculta.

—¡Oh! ¡qué aforismos tan crueles! —dije a Franz, quien sin contestarme prosiguió:

—Ser rico, es ser algo; ser pobre es no ser nada. La pobreza es una necesidad inexcusable, y sin embargo el prestigio del dinero no se confiesa, aunque se siente.

—Exageras, amigo mío, exageras —le dije.

—Te engañas —me contestó; y luego cual si temiera romper el hilo misterioso de sus ideas, añadió con la misma solemnidad—: La riqueza modifica al hombre dignificándolo; la pobreza, por el contrario, lo

reduce a la condición de simple animal, ella es un escarpelo que diseca a la criatura hasta presentarla tal cual es: gusano.

—¡Franz! —exclamé verdaderamente mortificado—, no te reconozco.

—Porque no quieres, o porque no sabes que un hombre sin dinero es el emblema de las dificultades. Mira, Humberto, la vista de un rico alegra el espíritu, la de un pobre nos entristece, nada es más natural: la pobreza trae a la memoria el recuerdo de todos los horrores que pueden hacer gemir a la humanidad, mientras que por el contrario, la idea de la riqueza se presenta festiva siempre a la imaginación, y tras el prisma encantado de los goces nos hace entrever la felicidad.

—Mereces un auditorio más numeroso —le dije—, para que pudieras ir en triunfo a una casa de locos.

—Un hombre que nada posee, nada merece —me contestó—; los merecimientos deben tener razón de ser, y ¿cuál más justa que la posesión de una bella fortuna?

—La del genio.

—Ya no creo en patrañas —me dijo, y prosiguió hablando como consigo mismo—: la riqueza es una pirámide desde cuya cima todo se domina; la pobreza un abismo cuyo fondo se maldice. Los sabrosos manjares provocan el apetito y fácilmente se digieren; el pan del pobre es indigesto, cae pesado en el estómago, y produce bilis: razón por la cual los pobres en su totalidad son agrios.

—Sin embargo, tú eres un gran gastrónomo.

—Seré cuanto se te antoje: pero no eches en olvido lo que voy a decirte.

—No me digas más nada.

—¡Oh! debes oírme hasta el fin, o lanzarme de cabeza, si te fastidio, por este balcón abajo; no hay otra disyuntiva.

—Me resigno.

—Haces bien, porque, como hace poco me decía Beltrán, al contarme la fábula de Midas, puede que te sea útil. Un pobre en una fiesta es una mancha en un cielo sin nubes; en una discusión, es opinión de poco peso; en el trabajo es máquina entre personas acomodadas, punto de mira; en el gran mundo, fantasma; en la iglesia, hipócrita; en el cementerio, ¡oh! en el cementerio está en su puesto. Para los ricos, el pobre es una calamidad, un ser incomprensible, cuyas costumbres es

bochornoso conocer, y cuyo corazón no es posible sondear; para sus amigos (si los tiene, porque debemos confesar que es muy sabia la amistad) es un impertinente que todo lo embaraza, un jeremías que no cuenta sino penas, que no produce sino lágrimas; para los materialistas, su vida es un problema; para los poetas (que no están en mi caso) es el espantajo que amedrenta a las musas; para los filántropos (si existen) es un desgraciado; para los empedernidos, es un necio; para los filósofos, un hombre; para los imbéciles, un prójimo; para todos, en fin una amenaza.

—¿Terminaste?

—No aún: falta el epílogo. Un rico es, y será siempre, en terreno explotable, una California, un Potosí, las islas Chinchas. Un pobre es Beltrán, eres tú, soy yo; es decir, un desierto, una roca, sobre cuya dura superficie no nace ni aun la ortiga, y en cuyo seno apenas se puede alimentar… lo que jamás sentiré yo, la envidia. Y resumiendo: para ser hombre basta ser rico; para no ser nada, sobra con ser pobre. Así, mi querido Humberto —añadió Franz enjugándose la frente e indicándome el anchuroso espacio—, si no quieres morir de desesperación, vuelve los ojos al cielo y espera en la suprema misericordia del Creador. Mas a pesar de todas las consideraciones anteriores, la distancia que a veces nos separa de la riqueza es tan pequeña, como la que media entre nosotros y aquel grupo palpitante donde vemos a Beltrán. Pero ¡qué diablos! para mí la fortuna no es ciega, lo es el hombre.

Yo había seguido, profundamente conmovido, los tristes aforismos de Franz; y sin hallar al fin qué contestarle, nos dirigimos sin proferir palabra al grupo de jugadores desde donde Beltrán nos hacía señas de acercarnos.

—Éxito seguro —nos dijo a media voz, apenas nos encontramos a su lado—; tengo un juego infalible que se repite hace cinco minutos.

Y sin titubear entre el azar y la suerte, que el banquero decidía con los dados, depositó en el azar consabido trece francos.

¡Oh! amor propio, ¡cuánto te esperaba sufrir todavía aquella noche!

Apenas cayó en la mesa nuestro mezquino tesoro, cien ojos sorprendidos se fijaron en nosotros, y una carcajada de insultante desprecio recorrió con rapidez el círculo infernal.

—Cuidado, viejo Eleazar —exclamó un impertinente dirigiéndose a una especie de israelita jorobado, de nariz corva y de cínico aspecto, que sostenía la banca—; cuidado si no tienes que abonar esa parada.

—El banquero quiebra de esta fecha —agregó otro.

—¡La jugada se anima! —tornó a expresar un tercero.

—La casa Rothschild tiene agentes secretos —añadió uno de mis vecinos, provocando la hilaridad de todos.

—Es el banco de Londres quien nos honra, señores —gritaron tres a un tiempo.

Y con insolente desprecio, la atronadora turba contemplaba nuestra humillación y nos satirizaba sin piedad.

Turbado por tan descortés recibimiento no encontré qué contestar a tantas insolencias; la sangre toda me subía a la cara, y mis ojos sin fijeza erraban aturdidos de vergüenza. Franz a su vez purpúreo y tembloroso, no sufría menos que yo; había ocultado el rostro entre las manos y sudaba a torrentes. Solo Beltrán parecía conservar su imperturbable tranquilidad, y, aparentando no hacer caso de las rechiflas que nos atormentaban, seguía con desesperante fijeza las rápidas revoluciones de los dados, cada vez que el banquero, después de agitarlos en un pequeño cuerno, los hacía saltar sobre el tapete.

La decisión de esta parada se hizo esperar algún tiempo, lo cual dio motivo a nuevos comentarios más o menos picantes, que como dardos envenenados nos herían el corazón; hasta que aturdidos, humillados, y casi exámines, vino la suerte contraria a abofetear, si más era posible, nuestra ultrajada miseria.

Una exclamación de triunfo mezclado con maldiciones brotó, como a la voz de Estertor, de aquella multitud combatida por tan opuestos sentimientos. Nuestros francos volaron, y nuestra posición, ya tan difícil, se hizo insoportable. Los favorecidos por la fortuna reían alegremente de nuestra mala suerte, y fincaban su victoria, en habernos seguido la contraria; mientras que los perdidos irritados contra su mala estrella, nos atribuían su desgracia, y reclamaban del banquero, quien a pesar de la unidad establecida para hacer las apuestas, había tolerado en la talla nuestra humilde parada.

—¡Oh! desde que vi aparecer los tres apóstoles, comprendí que iba a perder —gritó uno.

—Trece francos y medio —añadió otro—, número cabalístico que debí comprender que me arruinaría.

Las lamentaciones y los insultos se cruzaban; y con espantosa exaltación llovían imprecaciones y se olvidaba la decencia.

—Salgamos de este infierno —exclamó Franz recuperando la palabra—; me asfixio en esta atmósfera de fango.

—Salgamos si lo deseas —repitió Beltrán—, pero si no has olido antes lo que ahora, culpa tus narices que no son de podenco. Yo creo, por el contrario, que debías mostrarte agradecido hacia esos caballeros, que han llevado su amabilidad hasta desnudarse, en tu presencia, de todos las fórmulas sociales que tan bien revisten fuera de este santuario de la pura verdad.

—¿Me vas a dar otra lección? —preguntó Franz con impaciencia.

—No te alarmes —le contestó Beltrán—, será simplemente un consejo.

—¿Que no juegue más nunca?

—Precisamente, si no quieres poner en evidencia tus defectos. Una mesa de juego es la piedra de toque más segura para apreciar los quilates del corazón humano; lo que otras pasiones no revelan en el que padece, la del juego, como llave misteriosa, lo descubre y lo exhibe por guardado que esté; la caída de un dado, la simple brújula de una carta de baraja, bastan para que se traicionen las más nobles apariencias. Pero…

—Pero no sigas —dije a mi vez a Beltrán—, y salgamos de aquí.

Y oprimida el alma, con la vergüenza en el rostro, y la rabia en el corazón nos disponíamos a volver las espaldas a aquella espantosa vorágine, donde naufragaban la decencia, generosidad y gallardía, cuando una voz aguda como el silbido de una serpiente dominó la algazara, exclamando con amargo sarcasmo:

—Esperad, poderosos caballeros, para que os llevéis vuestro dinero.

Ciego de ira me volví hacia el insensato que osaba insultarnos tan directamente, y los trece francos perdidos por Beltrán me golpearon el pecho, lanzados por la mano de Mefistófeles.

Mis ojos se nublaron de sangre; y a pesar del terror supersticioso que me infundía aquel hombre, mi mano vengó sobre su rostro el ultraje que me había inferido.

Un rugido profundo, que a mi pesar me hizo estremecer, se escapó de aquel animado fantasma, al tiempo que un grito de sorpresa partió del vasto círculo de los espectadores de esta escena.

Dispuesto a esperar el ataque de mi adversario, permanecí con los puños cerrados y en actitud amenazante; pero contra toda mi previsión, el abofeteado Mefistófeles no hizo un movimiento, y con una frialdad más terrible que todos los furores, le oí decir, mostrándome las agujas de un péndulo que colgaba de la pared:

—Mirad: dentro de dos horas; es decir, a las tres, si no sois un miserable, indigno de pisar esta casa, me hallaré a vuestras órdenes en el lugar que os indique, y con las armas que elijáis.

—Aceptado, señor mío —le contesté sin recordar que para aquella misma hora había recibido otra cita más interesante al corazón; e impidiendo a Beltrán arrojar a la cara de mi enemigo los guantes del poeta, de que se había apoderado, salimos de la sala insultados por un coro monstruoso de burlescas carcajadas.

VIII
El tokay misterioso

Apenas nos encontramos fuera de la sala de juego, oí que Franz decía:

—Aunque parezca una debilidad de mi parte, declaro que el duelo aceptado por Humberto no se debe efectuar, e insisto por el contrario, si aún les queda a ustedes un resto de razón, a que abandonemos esta casa poblada de encantos y misterios, donde nada de cuanto ven los ojos se comprende, y donde por desgracia todo nos cautiva.

—Lo que pretendes, Franz, es imposible —dije a mi impresionado amigo—; ahora diez minutos no habría titubeado un instante en apoyar tu decisión; pero en este momento, después del insulto recibido, debo desoír tus consejos.

—Esa sola resolución es una locura imperdonable, que ojalá no nos llegue a pesar.

—Califícala como quieras; el deber me la impone, y cualquiera que sea la suerte que me espere, debo aceptarla. Ahora, por lo que a ustedes atañe —añadí—, pienso sinceramente de distinta manera, y creo lo más prudente que se alejen de esta casa cuanto antes.

—Amigo mío —me contestó Beltrán, quien contra su costumbre no había hasta entonces desplegado los labios—; reserva para otros tus consejos, que nosotros sabemos de memoria lo que debemos hacer. Juntos hemos venido, y juntos saldremos de aquí, mal le pese al diablo. Sin embargo, si huir puede ser indecoroso, estar alerta no lo es; ese señor Mefistófeles me inspira poca confianza; y mientras dure el peligro, debemos permanecer unidos.

Entre tanto, y mientras que Beltrán respetando mi silencio, se esforzaba en convencer al poeta, que, alarmado como estaba, insistía en que aceptásemos su descabellado parecer, me hacía yo cargo de mi difícil situación.

El valor que mostraba a mis amigos no era sino aparente; allá en el fondo del corazón sentía desfallecer mi ánimo. La expectativa de un duelo con aquel extraño desconocido, cuyo nombre ignoraba, cuyas ocultas intenciones no alcanzaba a comprender, y que dominándome al par con singular ascendiente, avivaba en mi alma el terror supersticioso que me ofuscaba la razón; me siento sumergido, a mi pesar, en un abismo de sombras en que se agotaba mi energía. ¡Oh! yo habría dado en aquel momento diez años de vida y de placer, porque a Beltrán no se le hubiera ocurrido ir a tentar la fortuna, y el doble quizá por no tener que habérmelas con aquel sombrío personaje, impasible y frío como la misma muerte. Pero no era esto solo lo que me preocupaba; en medio de aquel caos tenebroso que rodeaba mi espíritu, el recuerdo de Esmeralda, de sus innumerables atractivos, y de la felicidad que me ofrecía, tornaba a mi memoria con todos los fascinadores prestigios, con todas las alegrías y los terrores que su fácil conquista había logrado inspirarme. Sus últimas palabras, excitándome a superar cuantos inconvenientes pudieran estorbar nuestra proyectada entrevista, resonaban en mi oído de una manera lúgubre. La idea de que estuviera prevista la provocación de Mefistófeles, me helaba de pavor; y la expectativa para la misma hora, de un duelo a muerte y de una cita amorosa, acrecía el combustible de la espantosa hoguera que me abrasaba el pensamiento.

Absorto como estaba en mi preocupación, había olvidado amigos, fiesta y cuanto me rodeaba; y con los ojos fijos en el cuadrante indicado por Mefistófeles, que distinguía a los lejos; seguía el pausado movimiento de las doradas agujas, las que, en el estado de angustia en que me hallaba, me parecía ver correr hacia las tres, con rapidez

desesperante; cuando un sacudimiento repentino me agitó de improviso, y sobre mi hombro estremecido sentí apoyarse una mano cuyo ligero peso me oprimió el corazón.

Como por efecto de un conjuro, la luz volvió a mis ojos, la sonrisa a mis labios; mi espíritu, fortalecido por oculto poder, rompió los misteriosos lazos que paralizaban su vuelo, y Esmeralda, más bella y seductora que nunca, recogió todo el fuego que a su vista arrojaron mis pupilas.

—Sorprendido infraganti, amigo mío —dijo Esmeralda, con celestial sonrisa—, si la memoria no me es infiel, me decíais hace poco, que solo junto a mí podíais hallar la felicidad; y ya veis que aun encontrándome ausente sois dichoso.

—¿Y suponéis, por ventura, que os hubiera olvidado?

—No puedo asegurarlo; pero si no seguís el hilo misterioso de una nueva aventura ¿qué hacéis aquí tan pensativo y apartado de todo el mundo?

—¡Oh! algo más dulce que lo que todo hace. Soñaba —le dije mintiendo.

—¡Es posible!

—¿Por qué no? Cuando se ama y se espera, la imaginación se adelanta siempre a los trasportamientos de la realidad.

—Y ese sueño encantador, porque a vuestra lo son todos los sueños, ¿no podríais confiárselo a una amiga?

—No tendría inconveniente; pero ¿a qué procurar saberlo, si tan bien como yo conocéis a la mujer que lo inspira?

—¡Oh! ¿Con que hay una mujer en la aventura? —exclamó haciendo aparecer entre sus labios de rosa dos hileras de perlas—; ved que tendría razón para ponerme celosa.

—¡Celosa de voz misma! No dejaría de ser curioso; pero ¿teméis acaso que se agoten las fuerzas de mi alma recordando vuestras gracias, cuando podría rendir a vuestros reales encantos tributo más ardiente?

—Quizá, quizá —murmuró con acento dulcísimo que hizo estremecer hasta la más oculta fibra de mi abrasado corazón—. Pero calla; se acercan tus amigos.

Y deteniendo un grupo de sirvientes que, a la sazón atravesaba la galería, llevando en pesados azafates de plata, ricas ánforas de oro

donde humeaban chispeantes y espumosos vinos, exclamó en alta voz dirigiéndose a Beltrán y al preocupado poeta:

—Venid, señores, venid a gustar de este tokay, que aseguran fue el néctar de los dioses; y brindemos por los ensueños de vuestro amigo Humberto.

Las espumosas ánforas, derramaron el ponderado néctar, las copas se llenaron y nuestros secos labios trataron de apagar en ellas la sed que los quemaba. A esta primera libación siguió una segunda, luego se repitieron estas sin satisfacer nuestra sed, y nuestros exaltados cerebros se inflamaron.

—Verdaderamente —exclamó Beltrán apurando hasta el fin su rebosada copa—, este licor delicioso tiene cualidades portentosas: la sangre a su contacto circula con rapidez, los sentidos se exaltan; pero el espíritu se enerva.

—Eso debe probaros que no en balde gozaba en el Olimpo de gran predilección —dijo Esmeralda.

—Y con razón, señora —exclamó Franz, cuyos chispeantes ojos se agitaban entre las enrojecidas órbitas, con inusitada rapidez—, vuestro tokay da la vida; los labios, abrasándose en su linfa de topacio, lo apuran con avidez; la imaginación se enardece, y el alma llena de embriaguez flota arrullada por mil prestigios desconocidos, en una atmósfera de luz, de amor y voluptuosidad. ¡Oh! Encantadora diosa —prosiguió Franz con creciente exaltación—; ahogadme en este néctar misterioso, y moriré feliz como Jorge Clarence.

Y empuñando una nueva copa que le ofrecía Esmeralda, exclamó radiante de suprema embriaguez:

¡Sol de llamas,
luz que inflamas!
¿Ángel eres
de placeres?,
¿o demonio tentador ?

¿Y este filtro que me abrasa
y mi frente despedaza,
es del cielo rico néctar,
o del Tártaro licor?

En trasporte de delicias,
siente el alma mil caricias,
al fulgor de tus miradas
empapadas
de rocío celestial.

Y al instante
delirante,
por mis venas fuego cunde,
que en torrentes se difunde
como ráfaga infernal.

¿Qué me importa quién tú fueres?
¿Qué el amor de otras mujeres
y su insípida ilusión?
De la vida los mil lazos
romper quiero entre tus brazos,
con satánica pasión.

Y en las alas de mi anhelo,
en ti hallando un nuevo cielo,
al deleite sucumbir.
Y entre plumas y entre flores
y entre célicos amores
por el éter de zafir,

------

olvidando el necio mundo
su profundo
padecer,
transformarte en mi universo,
y después del alma darte,
¡ay!, matarte
y fenecer.

El poeta, de un sorbo, escanció el rico néctar, lanzó al aire la copa que cayó en mil pedazos, y cual impetuoso torrente que desborda y

destroza los diques que limitan su curso, se lanzó por los campos de la improvisación; y en todos los ritmos que registra la métrica, cantó la gloria, el amor y todas las gracias de Esmeralda, con tanta rapidez y entusiasmo que al fin, falto de aliento, se vio forzado a respirar.

Por mi parte no había sentido menos la influencia de aquel licor extraño, que con tanta prontitud había exaltado a mis amigos, y que cual filtro misterioso arrojaba de mi espíritu las sombras de la preocupación.

El entusiasmo y la alegría que me habían abandonado volvieron a mi alma; una sensación inexplicable de suprema dulzura, acarició mi organismo, y ebrio de felicidad y de esperanza, uní mi voz al concierto de lisonjeras frases que mis dos amigos prodigaban a aquella mujer tan hechicera.

—Tregua, señores —exclamó Esmeralda, aturdida por nuestro creciente delirar—, tregua por un instante o me haréis capitular sin condiciones.

—Lo que no sería decoroso de nuestra parte —dije a Franz, tratando de refrenar sus tempestuosos ímpetus.

—Convenido —exclamó Beltrán—, pero sepamos vuestras condiciones.

—Una capitulación en toda forma —agregó el poeta—: no me opongo señora. Conocer al vencido una salida honorífica es de estricta cortesía; pero tened entendido, que sobre ciertos puntos soy inexorable. Vuestras falanges de encantos, atractivos y gracias, han de quedar prisioneras: así lo exige la tranquilidad de nuestros corazones. Ni una sonrisa, ni una mirada, ni un suspiro, que no sea nuestro botín; todo conquistador es exigente, y no es de hoy que al que sucumbe, se le violente y se le oprima.

—Convenido, señor mío —contestó riéndose Esmeralda de las extravagancias del poeta—, pero permitidme una pregunta, antes de considerar vuestra resolución.

—Haced todas las que queráis.

—Se reduce a saber, si esta noche habéis tentado la fortuna en el juego.

—¡Oh! —exclamó Franz, herido repentinamente por tan funesto recuerdo—, la hemos tentado y nos ha sido adversa.

Y a pesar de la fiebre que exaltaba su espíritu, una sombra de tristeza, fugitiva, es verdad, oscureció su frente.

—Aplaudo entonces vuestra mala estrella —añadió con dulzura Esmeralda—, pues que el mal estado en que deben hallarse vuestras finanzas, me proporciona un medio de rescatar mi comprometida libertad.

—¿Y ese medio, señora?

—Hele aquí —dijo quitándose del cuello el hermoso collar de rubíes.

—¡Vuestro collar! —exclamó Franz, estremeciéndose al contacto de aquella maravillosa joya, que Esmeralda le puso en las manos.

—Sí, este collar es mi rescate; pero os lo doy a condición expresa de que con él tentaréis de nuevo la fortuna.

—Semejante rescate es de todo punto inadmisible —exclamamos desconcertados.

—No alcanzo la razón; pero aunque así fuera, juzgo que estáis en el caso de aceptarlo, si es que realmente os es grata mi compañía.

—¿Lo dudáis?

—Quiero creeros y eso más debe obligaros a tomar el collar; porque de lo contrario, me veis en este instante por la última vez.

—Sería una crueldad no merecida —exclamé suspirando.

—Tolerad entonces mis caprichos; aceptad el collar, jugadlo como vuestro, y si la suerte os favorece, él os servirá de talismán hasta que volváis a colocarlo en mi cuello —y haciéndonos un gracioso saludo, se alejó dejándonos perplejos.

—Esto es maravilloso, sin igual, estupendo —exclamó Franz, exhibiendo a nuestros ojos el fabuloso collar.

—Por primera vez tienes razón, caro poeta —le contestó Beltrán—, y como has andado parco en tus apreciaciones, agregaré a mi turno, que por esa sarta de rubíes, que te queman las manos, habría dado Medea, sin titubear, el Vellocino.

—Y yo, todas las producciones de mi ingenio —añadió Franz.

—Las vendes caras.

—Por hacerles justicia.

—Pues, por lo que a mí hace —dije a mi vez a mis amigos—, daría lo que no tengo por volverlo a ver de nuevo sobre el seno en que hace poco descansaba.

—No sé francamente qué decirte; pero ya que se encuentra en nuestras manos —me contestó Beltrán—, justo es que llene el objeto para que nos ha sido confiado.

—¿Y te atreverás a ello?

—¿Por qué no? Nos ha sido entregado con esa condición; y de nuestra parte es un deber cumplirla.

—¿Y si lo perdemos? —preguntó Franz.

—Se quedará perdido, porque ni aún vendiendo al diablo nuestras almas conseguiríamos lo suficiente para recuperar una sola de las piedras que lo componen. Pero ¡qué cuernos! —agregó Beltrán— a la espalda necias puerilidades; el tokay no incendia en balde mi cerebro, y el placer de vengarme de esos miserables ricachos que tanto escarnecieron nuestra miseria, es mayor tentación que la de San Antonio. Vamos.

—Piensa por lo menos en las consecuencias a que puedes exponernos —le dije.

—No te canses; las cosas que me atañen las resuelvo una vez, y luego las ejecuto sin pensar más en ellas.

Y tomando el collar de manos del poeta, quien no opuso resistencia, se encaminó triunfante a la sala de juego, adonde le seguimos Franz y yo, casi a nuestro pesar.

Al vernos entrar de nuevo al escenario de nuestra primera desgracia, resonó en torno nuestro una estrepitosa algazara, y diez voces audaces exclamaron a un tiempo:

—Vuelven los tres apóstoles; los trece francos van a entrar en jugada.

A pesar de la influencia del tokay que bullía en mi cabeza, mis mejillas se enrojecieron, y con no poco asombro oí exclamar a Beltrán al acercarse a la mesa:

—Campo, señores míos: campo a los trece francos, que en realidad van a jugar de nuevo.

Tanta audacia no dejó de producir efecto; la tempestad que nos rodeaba contuvo por un minuto sus estruendos, y apartando Beltrán a los que le estorbaban el paso oponiéndose a su intento, logró al fin colocarse, seguido por nosotros, frente al jorobado israelita que sostenía la banca.

Durante nuestra ausencia, la jugada había crecido de una manera asombrosa; pero la banca, más feliz que los puntos, había recogido, casi

por completo, todo el dinero circulante. Pirámides de oro y de billetes de banco rodeaban al afortunado banquero; y sobre ellas, el despecho y la envidia agitaban sus alas entre juramentos, maldiciones y blasfemias.

Nuestra presencia produjo en la irritada multitud una sobreexcitación extraordinaria; ojos feroces, encendidos por la desesperación, nos contemplaban con atroces miradas; y labios contraídos por satánicos gestos, nos mostraban los dientes apretados con horrible expresión. Las rechiflas comenzaron de nuevo, la sátira esgrimió sin piedad sus ponzoñosos dardos; y la contenida tempestad de burlas y sarcasmos se desató otra vez sobre nuestras cabezas con la impetuosidad del huracán.

Beltrán, imperturbable, ocultaba el precioso collar, y con rostro sereno estudiaba las diversas peripecias del juego antes de aventurarse, cuando el banquero, satisfecho con su inmensa ganancia, anunció que iba a dar punto a la talla.

Este anuncio inesperado rebosó la medida del despecho; gritos de indignación se dejaron oír; y en medio del tumulto que produjo este aviso, el collar de Esmeralda cayó sobre la mesa, rodeando con sus rojos anillos la suerte elegida por Beltrán.

La vista del riquísimo collar produjo mil exclamaciones de indecible sorpresa; y Beltrán, más insolente que lo que poco antes lo fuera con nosotros aquella envanecida multitud, exclamó con sarcástica conmiseración:

—Cuidado, viejo Eleazar, si en realidad no tenéis ahora con qué abonar esa miserable parada.

Profundo silencio se siguió a estas palabras, y trascurridos algunos instantes de sorpresa y de estática inmovilidad, se oyó al espantado banquero preguntar con voz incierta:

—Y bien, caballero, ¿en cuánto estimáis vuestro collar?

—En lo que tenéis delante —exclamó Beltrán con energía—, y si me toca perder, regalo a los *mirones* lo que sobre, cubierto vuestro fondo.

El banquero después de dudar breves instantes, resolvió jugar la talla, y agitando el cuerno con mano temblorosa, lanzó los dados que corrieron veloces sobre el verde tapete, sin decidir la parada. Varias veces, sin éxito favorable o adverso, se repitió la caída de los dados. Nadie respiraba; nuestra apuesta absorbía la atención general. El grupo

que nos rodeaba, poco antes tan animado y bullicioso, parecía haberse petrificado, tanta era su inmovilidad. La decisión fue horriblemente larga. Las arterias me latían; girábame desvanecida la cabeza, y casi no distinguía los objetos que miraba. Acometido de una violenta fiebre, mis músculos se estremecían con nerviosa rapidez; un sudor helado caía en gruesas gotas de mi frente; todas las torturas del infierno me destrozaban el corazón, y la emoción amenazaba ahogarme, cuando un rugido del banquero, y una explosión de triunfo, que estalló de improviso, en mil gritos de asombro, me volvieron a la vida. Los dados acababan de detenerse frente a mí, y dos *treses*, deslumbradores como dos espadas de fuego, nos daban la fortuna.

Beltrán, airado y fiero, dominó la algazara con un grito de gozo capaz de ensordecer al universo.

Franz, más impresionable, saltó sobre una silla para dominar mejor la escena; y exaltado por el rápido cambio de la fortuna, prorrumpió en vítores, hurras y palmadas, que hacían temer un completo desconcierto de su razón.

Yo quedé anonadado en medio de los jugadores que aplaudían nuestro triunfo como poco antes escarnecían nuestra miseria; cuando el judío Eleazar, pálido de ira y de despecho, cedió el puesto a Beltrán, y este, sobre las montañas de oro que poseía la banca, extendió sus hercúleos brazos como bandera protectora.

Como es de suponerse, no nos faltaron felicitaciones: la estima de ordinario está en razón del *quantum possedemus*.

Mientras mis dos amigos agasajados por la multitud repletaban de oro y billetes de banco los bolsillos, y empaquetaban en la carpeta de la mesa lo que no podían guardar en ellos, yo me había apoderado del collar, y al contemplarlo de nuevo en mis manos, recordaba absorto, que al decir de Esmeralda, aquella prenda fabulosa me serviría de talismán, cuando sentí una voz que me dijo al oído:

—A las tres, en la gran avenida del jardín.

A pesar del trastorno que producía en mi ánimo tan inesperada fortuna, mis miembros se agitaron con repentino calofrío, me volteo rápidamente, y con profundo terror vi alejarse a Mefistófeles.

IX
Delirio

—¡Oh! Somos ricos, poderosos —exclamó Franz palmoteando de gozo apenas nos encontramos solos—. Adiós miseria importuna, adiós jurada compañera de todos los instantes de mi vida; ya no vendrás a tocar a mi puerta que encontrarás cerrada con el doble cerrojo de la riqueza: ya no harás que maldiga la existencia que tanto me amargabas. Y decir que el dinero no regenera. Mírame Humberto, me siento transformado: creo tener la fuerza de Alcides y la virilidad de un hotentote de veinte años. Ahora sí que comprendo cuanto miran mis ojos: prodigios de la opulencia, lo que nos rodea es digno de nosotros. Beltrán sublime, estás magnífico. Después de vencer a la fortuna me pareces más grande y más osado que todos los titanes que intentaron el asalto del cielo; y te juro por quien soy, que te admiro en este instante como al ser más prodigioso que ha producido la naturaleza. Qué versos voy a hacer. Yo mismo casi me espanto con la fecundidad que se desarrolla en mi cerebro. No seré ingrato, no: una oda ponderando las ventajas y las delicias del juego, es de justicia y de rigor. Ya me bulle en la mente la primera estrofa:

Fecunda fuente de la dicha humana,

Pasión sublime de eternal ventura.

……………………………………………

……………………………………………

¡Qué demonios!, se me tachará de inmoral, pero en cambio desahogaré el corazón agradecido y haré rabiar a los vapuleadores del pecado. A quejarse al infierno. Mi estrella ha cambiado de rumbo e irá a lucir sus destellos a regiones más altas. París, París, te tengo en el bolsillo —prosiguió Franz, gesticulando con el arrebato de nuestros oradores populares—; iré a admirar tu grandeza, y saldré de esta pocilga, de esta penitenciaría del ingenio, donde el alma se asfixia. Qué dicha. No tornar a ver jamás la terrible *Rotunda,* ni la Plaza Bolívar, ni el samán de Catuche donde enlacé cigarras cuando niño, ni la cara avinagrada de tanto acreedor ratero a quienes hice el honor de tocar sus mercancías. ¡Adiós, Caracas la triste! A quien los poetas patrios, en un acceso de idiotismo (y yo entre ellos), han llamado la gentil y la sultana, quizá porque ha tenido sultanes; ya no harás trotar por sus ásperas calles, meditando en el problema de la cuadratura del círculo; o tras la piedra filosofal: mi pobreza pasó, y sin ella he dejado de ser tu parroquiano. *Aux Champs-Elysées*, Beltrán querido; allí y no en otro lugar de esa encantadora Babilonia, edificaré un palacio, con almenares moriscos, torres góticas y columnas de jaspe. Las aristas en boga, y las *Loretas* a la moda, revolotearán alrededor de mis jardines, como palomas a la entrada del palomar. Tendré carruajes suntuosos; caballos que envidiará el Jockey-Club; intrigas a millares. *Du Bois de Boulogne aux, Italiens, ó á mabille;* de allí, bien acompañado, por supuesto, al café Riche, y luego… al cielo. Compraré guantes frescos; estos están muy malos. Me haré copiar al óleo y en traje de romano, conduciendo un carro antiguo, como las Victorias que sobre al arco de Carrousel guiaban los caballos de San Marcos, visitaré el viejo Louvre, disputaré en Longchamps el gran premio de las carreras. Me descubriré con religioso entusiasmo frente a la columna *Vendòme,* e iré a pensar en la grandeza humana, bajo la cúpula de los Inválidos, frente al panteón del sucesor de Carlo Magno. París, París, te siento en el bolsillo. Saciado de placeres olímpicos, (que así lo llamaré) atravesaré la Francia, trasmontaré los Pirineos, y sin creerme en África, como han pretendido algunos, iré a soñar en la Alhambra con Boabdil y sus zegríes. Para evitar pesadillas, esquivaré en el Escorial la sombra del hijo de Carlos V; y de allí a la plaza de toros

de Sevilla o de Madrid; veré destripar caballos y funcionar a los émulos de Cúchares. Admiraré del Manzanares el puente que lo abruma; en sus pretiles compondré las *Orientales* que le faltan a mis credenciales de poeta moderno; rivalizaré a Zorrilla, y seré admitido en la Academia, mal que le pese a Villérgas y a los cofrades del no olvidado Larra… Y a ti, Italia famosa, cuna del genio y de las artes, ¿podré olvidarte? No, mi bajel atraído por tus glorias, surcará el mar Tirreno. Subiré el sacro Tíber hasta pisar tu suelo palpitante frente al mausoleo de Adriano. La Roma pontificia no logrará que olvide a la Roma pagana, y franjeará sus catedrales y sus ruinas a mis ojos ansiosos. La encantada Venecia abrirá sus canales a mi ligera góndola; saludaré al león terrible; y en la moderna Parténope, cuna de Massaniello y Cimarosa, lucharé con el Hércules Farnecio. Me haré tallar una estatua con lava del Vesubio; buscaré sobre las rocas de Capri los vestigios del palacio de Tiberio; arrojaré flores en Pussilipo sobre la tumba de Virgilio: visitaré a Sorrento, ilustrado por el Tasso; y si la muerte llega a cortarme la vida, antes de ver Atenas y de evocar en las ruinas de Esparta la sombra de Leónidas; a imitación de Chateaubriand, que pidió para sus huesos la cavidad de una roca en las costas de Bretaña, exigiré a mis descendientes que me eleven un túmulo en el confín del desierto, en la Sierra de Luna, y reposaré tranquilo, al arrullo del simoun, en el corazón del África.

—Pues se está volviendo loco —exclamó Beltrán cortando la palabra al poeta, a quien a pesar de haber ya hecho testamento, nos amenazaba con proseguir sus fantásticos viajes.

—¿Qué loco, ni qué cuerno? —contestó Franz con ademán despreciativo—, eres un ganso, buen amigo, y pues que no sabes soñar, no necesitas la riqueza. ¿Pero qué veo?, Humberto no participa del júbilo que nos enciende —y dirigiéndose a mí, añadió con profundo desdén—: ¿sentirás por ventura *mío carissimo* la ausencia de tu vieja compañera, la pobreza?

—¡Cómo te hace olvidar la felicidad las penas de tus amigos! —dije a Franz.

—¿Y por qué tienes penas, cuando tienes dinero? —me preguntó admirado—; a mi entender son cosas que se excluyen.

—Olvidas por ventura que dentro de algunos minutos debo enfrentar la muerte. Y que después de encontrarme redimido de la miseria, debe serme doblemente terrible el lance que me espera.

—Tienes razón —dijo Franz, preocupado un instante—, ¿pero quién duda? —añadió luego con nerviosa rapidez—, ¿quién duda que cuando se está de buenas se echan suertes? Saldrás victorioso de ese duelo como Beltrán de la jugada; pues si te anima la fiebre que me abrasa, no habrá poder que se te resista. La felicidad como las aguas de la laguna Estigia, hace al hombre invulnerable; si quieres, cédeme al lance, y respondo del éxito.

—Bravísimo, adorable poeta —exclamó riéndose Beltrán—; la fortuna te ha convertido en león —y volviéndose a mí—: vamos, Humberto —añadió con desenfado—; a la espalda esos vanos temores: la suerte que te toque será la nuestra; busquemos por ahora dónde escanciar un tonel de aquel precioso néctar que aún me alienta; y adiós de Mefistófeles.

—Bien rimada, Beltrán, esa bravata —exclamó Franz atusándose con insolencia los mostachos—, me reconcilio contigo; pero probemos de nuevo ese licor divino preparado exclusivamente para nuestros paladares.

—Para el muy delicado de los dioses, querrás decir —agregó Beltrán.

—¿Y qué otra cosa somos, aquellos a quienes corona el mirto y pregona la fama como a mí? —preguntó Franz con insolente jactancia.

—Desgraciados esclavos de la materia, que apenas elevados sobre dos pulgadas de tacón, ya se figuran haber tocado el cielo.

—Caíste de nuevo en mi rencor.

—Y no me extraña; porque sé, por experiencia, que el agradecimiento es una planta no fácil de injertar en todo corazón.

—No sé qué contestarte —replicó Franz con desdén—, tendrás o no razón; seré ingrato y voluble; pero convéncete de que no soy lo que era ayer, mejor dicho, de que soy en realidad lo que hasta hoy he dejado de ser.

—Un loco, un visionario presuntuoso.

—Te engañas; un ser pensante, que tiene fe en sus fuerzas, y que ha menester de alas ajenas para ascender hasta el sol.

—La vanidad no es un pecado nuevo —le contestó Beltrán—, por el contrario, es tan viejo como el mundo y tan insensato como el hombre; no hay pues, rareza en poseerla.

—Demos de mano, mis amigos, al sentimentalismo y a esa sempiterna filosofía, que es cuerda que en este instante me disuena en el oído —exclamó Franz con impaciencia—. Yo los creía modificados,

girando en otra órbita; y me encuentro con la vieja rutina sirviendo de fanal al porvenir. Es bien triste lo que a ustedes acontece; pero eviten contagiarme, que no es caritativo amargar la felicidad a los amigos. ¡Qué diablos! Galvanícense al menos y griten como yo a plenos pulmones: ¡Muera el estro elegíaco, y en cambio viva Plutus, excelso dios que nos alienta, y Baco y Venus alegres camaradas del placer!… ¡Y callan!… Y me miran espantados, como si no comprendieran mi alegría —añadió Franz sorprendido—. ¡Qué posmas! Griten conmigo: "viva el vino y la mujer" y habrán dicho algo cuerdo.

—No hay caso —murmuró Beltrán—, saldrá de aquí para entrar a una casa de orates.

—¿Porque no soy hipócrita? —replicó el poeta—; ¿porque no me amilano; porque no me embarazan las riquezas que poseo; porque río, canto y me extasío en brazos de la felicidad? ¡Qué aberración! Lo que poseo no me es extraño: he soñado tantas veces con la posesión de unos cuantos millones, que me encuentro, sin esfuerzo, connaturalizado con la opulencia; mientras que a ustedes, ya se ve, aún les queda en la mano el asa del cesto del mendigo.

—Dejemos hacer a Franz cuantas locuras se le ocurran —dije a mi vez a Beltrán—; y pensemos en la manera de procurarme un arma, si no quieres que acepte las que me ofrezca mi contrario.

—Es todo punto indispensable —contestó Beltrán—, ¿pero en dónde sin salir de aquí, podremos encontrar lo que pretendes?

—¡Oh! No se preocupen ustedes —exclamó Franz interrumpiéndonos—. Para salir de tal apuro tengo una idea feliz, como todas las que de hoy en adelante poblarán mi cerebro.

—Exponla —dijo Beltrán mirando de reojo al poeta.

—¿Es a Humberto a quien toca la elección de las armas?

—Se la han dejado.

—¿Y es él, además, quien impondrá las condiciones del combate?

—Así parece.

—Pues todo está resuelto.

—¿De qué manera?

—Batiéndose al cañón, y a quince pasos.

—Es una burla, Franz, que no merezco —dije a mi aturdido amigo.

—Di más bien una tontería, que, a fe no le hace honor —agregó, Beltrán, con severidad.

—Ni necedad, ni burla —contestó Franz, enseriándose—; sostengo lo que he dicho.

—No puede sostenerse por ser inadmisible.

—¿Por qué no? En buena ley, Humberto puede escoger el arma que le plazca.

—El cañón no es admisible en casos como este.

—Pasará por extravagante.

—Además, no tenemos cañones a la mano.

—Precisamente, ahí quería yo llegar.

—¿Y bien?

— Habrá que buscarlos.

—No es posible conseguir a estas horas dos piezas de artillería.

—Muy bien, me ayudas sin quererlo —dijo Franz.

—¿Cómo?

—Sosteniendo esa imposibilidad. Así pues, habrá que aplazar el duelo para mañana; y ¿cuántas cosas pueden ocurrir entre tanto que lleguen a impedirlo en absoluto?

—¿Qué te parece, Humberto? —me preguntó Beltrán.

—Que lo expuesto por Franz es muy caritativo, pero que juzgo indecoroso recurrir a semejante expediente.

—¿Insistes entonces en batirte, en verter sangre, en matar o morir? —me preguntó el poeta.

—No está en mi mano evitarlo —le contesté pensando en aquellos misteriosos inconvenientes que, según Esmeralda, podían surgir e impedir nuestra entrevista.

—¿No está en tu mano, y sin embargo, vas a jugar la vida?

—No.

—¿Quieres decirnos el porqué?

—Es un secreto que no puedo revelar.

—¿Ni aun a nosotros? —exclamaron a un tiempo mis amigos.

—Lo que es por esta noche, ni aun a ustedes.

—¿Y mañana? —preguntó el poeta más curioso que Beltrán.

—Mañana es otra cosa; si estoy vivo todos lo sabrán.

—¡Oh! Humanidad, ¡qué miserable eres! —exclamó Franz, con desesperación—, ¡cómo ha de haber constantemente en el fondo del

cáliz que te ofrece el destino, una gota de acíbar capaz de amargar la poca felicidad que puedes disfrutar en este mundo!

—Ya lo ves —le contestó Beltrán—, la risa es de ordinario la precursora de las lágrimas.

—Por mi parte protesto, que no he de llorar más nunca —exclamó Franz con exaltación.

—Arroja al mar el corazón.

—Si me fuera posible, no dudes que lo haría.

—No es tan difícil —replicó Beltrán—, empieza por abandonar a Humberto a su destino; y sigue girando alegre en el torbellino que te arrastra.

Franz hizo un gesto de dolor, guardó silencio un momento y luego, como quien toma una resolución superior a su energía, enjugose la frente, suspiró con embarazo, y mirándonos con fijeza dijo pausadamente, indicándonos una puerta:

—En aquella sala hay una gran panoplia, y en su centro dos espadas iguales, examínalas, y que Dios nos proteja.

Nuestros brazos se abrieron y Franz se arrojó en ellos.

La galería en donde nos hallábamos había quedado sola; la sala indicada por Franz también lo estaba; fácilmente pudo Beltrán examinar las espadas, que encontró de su agrado, y volviéndose a nosotros que le esperábamos a la puerta, nos hizo notar la soledad que nos rodeaba, y en la cual hasta entonces no habíamos reparado.

—Es singular —le dije.

—Por el contrario, nada tiene de extraño —agregó Franz—, nuestros compañeros de fiesta deben de estar cenando, y el estómago me dice que no haríamos mal en imitarlos.

—¿Opinas como este sibarita? —me preguntó Beltrán.

—Haré lo que ustedes quieran —le contesté.

—Pues, en marcha —agregó el poeta—. ¿Pero qué veo? ¡Aún conservas el collar en la mano! Y a menos que pretendas adornarte con él, para hacer rabiar de celos a ese búho de Mefistófeles, no sé por qué no has de guardarlo.

—En efecto —exclamé sorprendido—, lo había olvidado.

Y contemplando de nuevo el precioso collar, me pareció que aquellas piedras de rojos y deslumbrantes resplandores, palpitaban llenas de vida entre mis manos.

—¿Por qué nos detenemos? ¿Qué te pasa? —preguntó Franz, mirándome con extrañeza.

—¡Oh! lo más extraordinario que ustedes se pueden imaginar. Esta sarta de rubíes se estremece entre mis dedos cual si estuviera electrizada.

—El electrizado eres tú.

—Es posible —contesté al poeta—; pero persuádete de que esta joya encierra un gran misterio; cada vez que la miro siento vigorizarse mi energía.

—Tanto mejor si has encontrado dar suplicio a mi estómago.

—Vamos —le dije, recobrando casi por completo la perdida tranquilidad, al sentir descansar sobre mi corazón el hermoso collar que había ocultado en la faltriquera de pecho de mi frac. Y precedidos por Franz, que acariciaba las pesadas monedas que repletaban sus bolsillos, y los paquetes de billetes de Banco, con que sabiamente había logrado pertrechar todos los escondrijos del vestido, nos dirigimos al comedor, guiados por el choque de las copas y la explosión de las botellas, que no lejos destapaban. Atraídos por tan simpático rumor, cuyo solo eco despierta el apetito del gastrónomo, atravesamos un terrado encantador, florecido de violetas de Parma y de camelias blancas, y empujando las doradas hojas de una puerta, nos encontramos con un espléndido banquete, en el cual, el reflejo de las luces, el aroma de las flores, los manjares exquisitos y los humeantes vinos, avivaban la alegría en todos los semblantes. Sonaban los cristales, hacía explosión el champaña y en olas de hirviente espuma se desbordaba de las copas, entre alegres discursos y exclamaciones de júbilo. Mostrábanse risueñas las hermosas convidadas a tan magnífico festín: las mejillas de roja púrpura encendidas, los húmedos labios entreabiertos, como para recoger los mil besos que volaban audaces en aquella atmósfera de embriagador deleite, los mal velados senos palpitantes, y encendidos los ojos de amor y voluptuosidad.

A punto que nos presentamos, la orgía tocaba al extremo en que la risa impera, en que todos hablaban sin que nadie escuche, y en que el vino, circulando por las venas, adormece todos los sentimientos que no armonizan con la embriaguez y la locura.

—Al fin llegáis, señores —exclamó Esmeralda, apenas nos miró aparecer—: ocupad vuestros asientos, y esforzaos en alentar a estas beldades con el ejemplo de vuestro inagotable entusiasmo.

Franz no se hizo repetir tan grata invitación; tomó el asiento indicado, y sus narices se dilataron al aspirar tan deleitosa atmósfera, como las del caballo del beduino, que, familiarizado con el fuego, se embriaga con el estruendo y con humo del combate. En pocos minutos, gracias a las repetidas libaciones que no quiso esquivar, el poeta se encontró al nivel del común aturdimiento; y alegre y espiritual, con maneras de gran señor y audacia sin límites, mezclábase en todas las locuras, y así se producía en epigramas punzantes como se ahogaba en champaña. En medio de su delirio, solo le atormentaban las frecuentes observaciones de Beltrán, quien tan enardecido como el que más, no cedía fácilmente al empuje de huracán que arrastraba al poeta, como a ligera pluma.

Nuestra presencia produjo entre los convidados de Esmeralda una ruidosa explosión de entusiasmo.

—¡Tres hurras, señores, por este inspirado numen que nos presta el Olimpo! —exclamó un aturdido, indicando a nuestro amigo Franz.

—Nos hacía falta una lira para cantar nuestra alegría —agregó otro, después de hacer honor a las hurras propuestas—; y he aquí que el cielo nos lo envía, animada y vibrante, a medida del deseo.

—La felicidad es exigente —dijo a su vez uno de mis vecinos—, pero el cielo, su padre, no se cansa de mirarla.

—Y con razón, señores —agregó una picante morena, de ojos de terciopelo con reflejos de infierno, que se hallaba a la derecha de Franz.

—¿Y por qué, diosa del Tártaro? —preguntaron varias voces.

—Porque la felicidad es su remedo.

—Vivir es gozar: luego la tierra, es el cielo —exclamó una rubia seductora, cuyas formas habría envidiado Aspacia.

—¡Bravo! —murmuró una voz ronca, y la copa que llevaba a los labios Mefistófeles, estalló haciéndose pedazos.

—Parodiando a Descartes —dijo Franz—: gozo, luego existo.

—¡Magnífico! —repitió la cavernosa voz.

—La luz es la vida —añadió Franz, con extremada exaltación—, la vida es el placer, el placer son los besos, los besos la mujer.

—¡Por el poeta, señores! Que ya empieza a rimar —exclamó Esmeralda levantando la copa.

—¡Y por las musas que lo inspiran! —agregó la picante morena.

—¡Y por Baco! El más amable de los dioses.

—¡Y por Venus! La seductora.

—¡Y por Plutus! Mi patrón —gritó Franz.

—¡Y por la reina de la fiesta! —añadió Beltrán indicando a Esmeralda.

—Y por ti, ascua de infierno, volcán ignívomo, cáustica Proserpina —repitió Franz vertiendo champaña en la copa de su vecina.

—¡Que improvise el poeta! —gritaron veinte voces.

—Sí, ¡y que cante Esmeralda! —agregaron otras tantas.

—Improvisa, improvisa —dijo a Franz su picante compañera—; figúrate que estás en el Olimpo, y que eres nuestro Apolo.

—¿Y tú, quién eres? —preguntó Franz con rapidez.

—¿Yo? Venus.

—¡Venus! ¡La hermosa Venus! —gritó dando un salto y cayendo de pie con la copa en la mano—; te reconozco; juntos jugamos en el mar con sus espumas. ¡Dame vino!

Y agitando sus rizados cabellos, cual si fuera las llamas de un brasero inflamado, exclamó delirante:

—Cuando en las ondas gélidas,
al resplandor febeo
apareciste nítida
cual sueño del deseo,
por ti mi pecho ignífero
de amor se estremeció.
Y al envidiar de Júpiter,
la venturosa suerte,
sentí montado en cólera,
no ser algo más fuerte
para con mano olímpica
arrebatarte yo.

E interrumpiéndose se súbito:

—¡Calla, musa! —añadió—; no eres tú la que tiene puesto de privilegio en esta fiesta de las gracias; a Euterpe la corresponde pulsar antes que a ti el laúd.

—Pues que cante Esmeralda —dijo Beltrán en alta voz.

—Sí, que cante, que ría, y nos cautive con su acento celestial —repitió la aturdida multitud.

Esmeralda hizo llenar su copa y se puso de pie. La orquesta, hasta entonces en silencio, dejó oír los primeros acordes de un acompañamiento, y con voz de sirena, cuyo timbre, dulzura y robustez, habría envidiado la inmortal Malibrán, mi adorable Esmeralda entonó el alegre brindis de *La Traviata*, que en ruidoso concierto repitieron en coro sus delirantes convidadas.

Aprovechando esta favorable circunstancia, Beltrán, tostado por la sed, acercó a su cubierto cuantas botellas se encontraban al alcance de su mano. Yo incliné la cabeza, y cada vez más subyugado por el encanto de aquella mujer maravillosa, llegué a dudar si me hallaba en la tierra o en el cielo, si era ángel o mujer la que cantaba, si aquellas notas purísimas que cual cascada de diamantes brotaban de su pecho, no era una alucinación de mis oídos, en los que, por una infernal combinación, se confundían con el falsete detestable de Franz, quien, aturdido más que nunca por el tokay, la fortuna y el amor, glosaba entusiasmado el canto de Esmeralda.

A medida que las estrofas del inspirado *brindis* se repetían con mayor entusiasmo, crecía la exaltación y el delirio; una fiebre violenta abrasaba a espectadores y cantantes; la locura campeaba, y el canto se convertía en estruendo, cuando por sobre tanto ruido resonó dominándolo, la triple campanada de un gran timbre metálico, que enfrenó de improviso la desatada tempestad.

—¡Las tres! —dijo Esmeralda, casi rozando mis mejillas con sus purpúreos labios; y envolviéndome en las ondas de su aliento de fuego—: ¿Habéis oído? —añadió.

—Sí —le contesté balbuciente, sintiendo hervir la sangre en mis arterias—, ¡sí! —y acometido de nerviosa emoción, la vi desaparecer vaporosa y ligera tras la cortina de una puerta, a tiempo que el sombrío Mefistófeles exclamaba con cavernoso acento:

—¡Las tres! Señores, ¡sonó la hora terrible!

Yo salté del asiento como tocado por un hierro encendido.

—Todo va a terminar —agregó el fantástico agorero—, y espero me concedáis la honra de proponeros la última libación.

—Brinda por tus ocultos cuernos —gritole Franz, en el paroxismo del delirio.

—Por la ausencia de tus carnes —agregó un convidado.

—Por tu primer amor —añadió otro.

—Por la alegría, que estorbas.

—Por el mal, tu elemento.

—Por la dicha, que envidias.

—Por el infierno que presides —tornó a exclamar el poeta.

—¡Bravo! —exclamó riéndose Mefistófeles, con ruido igual al que pudiera producir una bala de acero, rodando a saltos por una laringe de pedernal—. ¡Cuántas miserias! Por algo más trascendental y de mi agrado espero que brindareis conmigo.

Y poniéndose de pie, como un espectro animado, añadió con la misma ironía, dejando caer cada de sus palabras entre los saltos de su satánica carcajada:

—Pero, no os vayáis a reíros de mí. Brindo….

Y se detuvo con el brazo extendido, la copa en alto y acariciándonos con el siniestro brillo de su torva mirada.

—¿Por qué diablos? —repitieron cien voces juntamente.

—¡Por el ángel terrible de la muerte! —exclamó Mefistófeles—, que se cierne sobre vuestras cabezas, y al que olvidáis en los trasportes de vuestra estúpida alegría.

Las copas esta vez no se vaciaron; una sacudida eléctrica estremeció a la multitud. La palidez con que el terror amortaja a sus víctimas, sustituyose a la púrpura que poco antes iluminaba todos los semblantes. A las palabras de Mefistófeles siguiose un profundo silencio, y anonadados, contemplamos languidecer de súbito las luces, caer marchitas de sus tallos las más lozanas flores, y desbordarse de las copas, como de fuente inagotable y abundosa, la blanca espuma de champaña.

Yo, cual ninguno, sentí helarse mi sangre y erizarse mis cabellos, pues era para mí para quien aquel lúgubre brindis tenía mayor significación. Más abatido que cuantos me rodeaban, sentí desfallecer el ánimo; pero un movimiento maquinal me llevó al pecho las manos, y estas tropezaron con los eslabones del collar que palpitaba en mi seno cual otro corazón. Como si hubiera tocado una sarta de encendidas brasas, lancé un grito; y reaccionándome con extraña rapidez, sentí renacer con la energía perdida todas las aspiraciones de mi alma apasionada. Mefistófeles, que a la sazón se gozaba en su triunfo, fijó en mis ojos su mirada sombría, y un gesto de sorpresa hizo traición a la impasibilidad de su semblante.

—¿Me resistís? —exclamó conturbado.

—No sé lo que quiere decir —le contesté; y tomando de nuevo mi abandonada copa—: vamos —le dije—; si nadie te acompaña, yo lo hago: bebamos por la muerte.

Y apuré el licor.

—Prepárate a esperarla —me dijo.

—No la olvides tampoco —respondí.

Y seguido de mis amigos, que, pasmados de asombro, no hallaban cómo explicarse aquel cambio inesperado, salimos del comedor, donde absortos quedaron los convidados de Esmeralda, como ante el MANE, THECEL; PHARE; los delirantes concurrentes al último festín de Baltasar.

X
El talismán

—Ahora, que se cumpla el destino que me esté reservado —dije a mis consternados amigos, al salir del comedor.

—Mi última palabra, Humberto, mi última súplica —exclamó Franz, curado súbitamente del febril delirio por el terror que le había infundido Mefistófeles—: ¡Huyamos!

—¡Huir! ¿Sabes tú lo que dices?

—¡Cómo! —replicó Franz, mirándome asombrado— ¿es posible que aún no hayas comprendido que en ese espectro sombrío, en ese histrión terrible se encarna un maléfico genio? ¿No has sentido abrasarse tu cerebro en los destellos eléctricos de sus ojos de ascua? ¿No te ha lastimado el alma la constante sucesión de sus sarcasmos, ni helado la sangre y erizado el pelo su risa convulsiva y estridente como un crujido del averno?

—¡Oh! Todo lo que me dices lo he sentido —exclamé, a mi pesar estremeciéndome—; mas, para llegar a la dicha que ambiciono, tengo por fuerza que tropezar con ese escollo, vencerlo o sucumbir.

—Locura, locura imperdonable —dijo a su vez Beltrán—. Nada existe, Humberto, sobre la tierra capaz de merecer el sacrificio a que te prestas.

—¿Nada?

—¡Nada! —repitió Beltrán con extrañada convicción.

—Te engañas esta vez, amigo mío —le dije—; hay sentimientos que nos exigen con apremio lo que pretendes negarles.

—El honor, que es de los más imperiosos —replicó Beltrán, esforzándose en disuadirme de mi intento—, no lleva sus instancias más allá de la esfera de nuestras limitadas condiciones.

—El honor en el presente caso, mi querido Beltrán, es un sentimiento demasiado pasivo si se compara con los apasionados arrebatos del amor, ¡del amor! Que nada teme ni respeta, y ante el cual se baten, como castillos de naipes, las barreras de lo imposible.

—El amor a ese grado de efervescencia, degenera en insensatez y pierde toda autoridad.

—Mas, no para impedir que se le estorbe en sus fines.

—Cuando el que estorba es un mortal.

—¡Aun cuando sea un demonio!

—¡Oh!, entonces todo intento es locura. Convéncete de que un duelo con ese extraño incógnito, mitad hombre y mitad fantasma, es la prueba más completa del extravío de tu razón. Mientras le creí de nuestra misma especie no me opuse a que aceptaras el funesto encuentro; pero después de lo que he visto, de lo que he oído y del estudio que llevo hecho de su diabólico proceder, no hay razón para que aceptes un combate en que todas las ventajas le favorecen por tener de su parte el infierno…

—No te empeñes en disuadirme —exclamé sintiendo palpitar sobre mi pecho el collar de Esmeralda, cual otro corazón.

—¡Humberto!

—¡Basta! —añadí dominando a Beltrán con la energía de mi resolución—; con Satanás en persona me atrevería a luchar por poseerla.

—¡Por poseerla! —repitió Franz asombrado.

—Sí, por llegar hasta ella y exhalar a sus pies con el último aliento de mi alma enamorada.

—Humberto, Humberto —exclamó Beltrán palideciendo—; esa mujer es un misterio impenetrable, un abismo de tinieblas en cuya cima, sin encontrar la felicidad te hundirás para siempre.

—Todo lo arrostro por tornar a verla.

—Tal vez ya sea imposible tu deseo —agregó Franz.

—Me espera.

—¿Te espera? ¿No mientes? —exclamó el poeta, cuyos ojos apagados volvieron a chispear un instante.

—Me has arrancado el secreto que les he ocultado.

—Pues una fuerza superior a tu audacia —tornó a decir Beltrán—, te impedirá llegar a ella.

—Con el fuego que me abrasa, no habrá poder humano que impedírmelo pueda.

—¿Y sobrehumano? —preguntó Beltrán estremeciéndose.

—Tampoco.

Y poseído de insensato delirio, me lancé sin vacilar por la escalera que descendía al jardín.

—¡Detente! —exclamó Beltrán anonadado—; no des un paso más, aún es tiempo de volver a la razón.

—Imposible —le grité más y más exaltado por las trepidaciones del collar que palpitaba sobre mi pecho—; mi alma está con ella, y la voy a buscar.

Dispuesto a no volver atrás, seguí bajando a pesar de las súplicas de mis amigos; pero ya al pie de la escalera un grito desgarrador de Franz me detuvo por un instante sorprendido. Torné a mirar a mis amigos, y sin comprender lo que les sucedía, divisé al poeta, quien con los ojos y los brazos dirigidos al cielo, exclamaba desesperado, con dolorido acento:

—¡Me han robado!, ¡me han robado! Ni un luis, ni un billete de banco… ¡Nada! ¡Nada!

—¡Humberto! —exclamó Beltrán, no menos aterrado y con ademanes suplicantes—; detente; mira, en todo esto, otro misterio más; nuestra riqueza se ha convertido en humo.

—Pero aún existe para mí Esmeralda —le contesté poseído por el más cruel egoísmo; y me lancé al jardín.

—A lo menos espéranos para perecer contigo —exclamaron mis amigos.

—Hagan lo que les cuadre, menos detenerme —les contesté alejándome.

—Vas desarmado —me gritó Beltrán.

—Trae, si quieres, las espadas.

Y, sin saber a punto fijo la dirección que debía seguir para llegar más pronto a una u otra cita, tomé la primera calle que se ofreció a mis pasos, y segundos después, me vi alcanzado por Beltrán, quien traía las espadas, y por Franz que no convencido aún por su desgracia, registraba con desesperación los vacíos bolsillos de su vestido.

Un silencio profundo; apenas una que otra ráfaga de brisa deshojaba con sus rápidos besos las hojas de los árboles, y hacía oscilar las luces de los mil farolillos que colgaban de las flexibles ramas, derramando pálidos y vacilantes resplandores. Completa era la soledad y el reposo de aquel moderno huerto de las Hespérides, donde momentos antes todo era ruido, animación y alegría. El penacho cristalino del surtidor, cuyo grato murmurio nos había acariciado dulcemente al principio de la noche, parecía haberse congelado; y sus aguas inmóviles, como una lámina de pulido acero, reposaban tranquilas en su prisión de jaspe. Un soplo helado, peculiar de otras zonas, hacía languidecer las plantas y robaba fragantes aromas a las flores que, mustias y abatidas, inclinaban sus pétalos marchitos. La soledad y el silencio desterrados como inoportunos de aquella fiesta de los sentidos, volvían a darse cita y a ocuparlos vacíos que les abandonaba el movimiento y el estrépito; su imperio se extendía entre las sombras, y para hacer más triste y melancólico aquel cuadro de desesperante reposo, bajo un cielo sin estrellas veíase suspendida, cual fúnebre fanal una luna rojiza, rodeada de aureolas.

Sin fijarnos al principio en estos aflictivos detalles, que a proporción que discurríamos por el mustio jardín, fueron haciéndose cada vez más visibles, nos detuvimos al cabo junto al mudo surtidor, donde Franz, no convencido aún de la completa desaparición de su riqueza, hizo de nuevo entre maldiciones y suspiros, el examen tantas veces repetido de sus vacíos bolsillos; a tiempo que Beltrán, a la manera de Pilatos, se lavaba las manos para probarme que no debía recaer sobre su conciencia la responsabilidad de aquel duelo temerario. Pero ni la desesperación del poeta, ni esta nueva protesta de Beltrán, por más solemne que tratara de hacerla, influyeron en mi resolución: la hora,

para mí tan deseada a la vez que temida, había sonado, y, ya fueran las puertas del paraíso o las del infierno las que encontrase abiertas, no era posible retroceder.

Terminadas las protestas de Beltrán y las amargas lamentaciones del poeta, mis amigos buscaron en todas direcciones, y con mirar inquieto, a mi terrible antagonista.

—No ha llegado —dijo Beltrán suspirando.

—Y créeme que lo siento —añadió Franz.

—¿Qué dices? —exclamó Beltrán horrorizado.

—Lo que oyes.

—Tu negación es completa.

—Mi desesperación, querrás decir —exclamó Franz, con febril agitación—. ¿Te figuras por ventura que después de esta noche de inesperada opulencia, puedo descender sin reventar de indignación a la labor constante de la miseria; a zurcir nuevas penas con que vestir mi alma, y a devorar historiadores y poetas, si alguno queda en mis vacios estantes? No, y mil veces no. Preferible es morir o pactar antes con el diablo, si es verdad que posee el misterioso filtro que destierra las penas.

—Recoge esas palabras insensatas —exclamó Beltrán palideciendo, a tiempo que sobre la arena de una oscura avenida, oímos resonar lentos pasos que se acercaban a nosotros.

—Lo que yo recojo en este instante es la bilis que me ahoga —replicó Franz fuera de sí—, para escupirla a la cara de ese funesto agente del infierno, si no me devuelve mi perdida fortuna, de la cual le hago responsable.

—¡Oh! Calla, calla —volvió a exclamar Beltrán estremeciéndose—. Míralo. Ya está aquí.

Y mis ojos, fijos e inmóviles en la dirección de los pasos que se acercaban, vieron aparecer a Mefistófeles.

Mis amigos a su pesar retrocedieron; yo mismo sentí vacilar mi energía; pero el collar oculto volvió con rapidez a palpitar sobre mi corazón, y de nuevo levanto mi abatida entereza.

—Heme aquí, señores míos —exclamó el sarcástico Mefistófeles, acentuando de una manera extraña sus palabras—, no se dirá que me hago esperar.

Franz, a quien la presencia de aquel hombre había hundido en los abismos del pavor, hizo un esfuerzo sobrehumano, que nos dejó pasmados; y encarándose de súbito a mi sombrío tendor, exclamó tartamudeando al principio y luego resueltamente:

—Sí, os esperábamos para pediros cuenta de cuánto hemos perdido.

—¿Perdido? —exclamó riéndose Mefistófeles, con visible satisfacción—; nada de cuanto se suponéis que os han quitado, trajisteis cuando entrasteis a esta casa.

—Pero lo que aquí hemos adquirido legalmente, nos ha sido robado.

—Exageráis.

—No tal —exclamó Franz excitándose a proporción que hablaba—; y yo os hago responsable de tan infame proceder.

—Cuánto me agrada oíros discutir esas cosas —dijo jovialmente Mefistófeles, acariciando a Franz con una mirada protectora—; pero vamos por partes, que acaso lleguemos a entendernos.

—¿Pero no contáis con que ponéis a prueba mi paciencia? —le dije interrumpiéndole; bien sabéis que me esperan y…

—Faltareis, por más que estéis de prisa —replicó Mefistófeles cortándome a su vez la palabra.

—Te engañas —exclamé con creciente exaltación viendo a lo lejos deslizarse entre los árboles la vaporosa sombra de la mujer amada—. Aunque fuera el infierno el que se opusiera a mi intento, sabría vencerlo.

Por toda respuesta, Mefistófeles me lanzó una mirada de profundo desprecio, y volviéndose a Franz, añadió con insinuante dulzura, mientras yo recogía las espadas:

—No os alarméis caro poeta, por lo que habéis perdido, podéis recuperarlo.

—¡Recuperarlo! —repitió Franz lleno de júbilo—. Repetid lo que habéis dicho. ¿Os habré entendido mal?

—No.

—¿Es decir que nos devolveréis nuestras riquezas, sin atentar de nuevo contra ellas?

—Sí.

—No sois tan…

—Tan diablo como parezco —agregó Mefistófeles completando el interrumpido pensamiento de Franz.

—Perdonad, si os hemos calumniado.

—Sois adorable, joven.

—Hagamos pues, las paces —exclamó Franz a quien ahogaba la alegría.

—Convenido, ¿pero a qué precio? —contestó Mefistófeles.

—¿Cómo? —dijo Franz conteniendo sus trasportes de júbilo.

—¡Oh! No será de balde que os devuelva la perdida fortuna y la suprema felicidad a que aspiráis.

—Y bien, ¿qué me exigís?

—Vuestra mano y la promesa de serme fiel eternamente.

Franz quedó perplejo; yo mismo, a pesar de la impaciencia que me devoraba, me detuve cortado; Beltrán palideció.

—¿Me habéis oído? —añadió el Tentador abrasando al indeciso Franz con las llamas de su mirada fascinadora.

—Sí —contestó titubeando el poeta—. ¿No mientes?

—No habría pacto posible sin el cumplimiento de mi parte.

—Entonces —exclamó irreflexivamente nuestro amigo—, entonces…

—¡Franz!, ¡Franz! —gritó Beltrán, viéndole plegar a la voluntad de aquel genio maléfico—, ¿qué vas a hacer?

—La miseria con los harapos del mendigo —murmuró Franz, como hablando consigo mismo; con su largo estertor—. ¡Jamás!, ¡jamás! —gritó purpúreo y delirante, deteniéndole la mano a Mefistófeles—, antes…

—Mendigar eternamente —exclamó Beltrán interponiéndose entre el Tentador y la cautiva víctima.

—Dejadlo —exclamó Mefistófeles, haciendo estremecer el aire con un rugido de indignación.

Franz retrocedió aterrado.

—Dios está con nosotros —añadió Beltrán, soportando con entereza los terribles rayos que partían de las pupilas de aquel fiero demonio.

—Sí, tienes razón, ¡Dios nos asiste! —exclamó Franz, levantando al cielo los extendidos brazos, para estrechar después en ellos a Beltrán, quien airado e imponente, como el divino arcángel desafiaba tranquilo todo el poder del Réprobo.

—¡Maldición! —rugió este arrebatándome una de las espadas—: el infierno necesita hoy de una víctima, y esa serás tú —añadió dando un salto descomunal; y airado y espantoso, despidiendo relámpagos de los ojos y haciendo crujir la arena, que arrojaba chispas al contacto de sus pies, cayó en guardia cerrada, provocándome con su eterna y sarcástica risa.

—No sé quién sois —le dije estremeciéndome y adelantándome a su encuentro—; pero quien quiera que seáis, hombre o demonio, apartaos de mi camino o paso sobre vos.

—¡Cuánta bravura! —dijo irónicamente mi sombrío antagonista.

E inflamándose de nuevo, añadió con acento terrible:

—El camino que seguís no es el vuestro, es el mío; y como son vuestras pretensiones las que vienen a estorbarme, me asiste el derecho de deciros: hasta aquí me conviene que lleguéis —agregó indicando el terreno que pisábamos—; hasta aquí, o la sangre de alguno de los dos manchará las huellas del que se aleje victorioso de este sitio.

—Como gustéis —le repliqué—, contra vuestra seña infernal hay un poder que me defiende: el cielo.

—Tanto mejor —replicó él—, égida y protegido rodarán a mis pies.

—Defiéndete —exclamé arrebatado por impetuosa indignación.

—Prepárate a dormir esta noche en el infierno.

Nuestras espadas se enlazaron despidiendo relámpagos, cual dos serpientes de fuego.

A pesar de la rara energía que sostenía mi ánimo, el roce de mi acero con el de aquel extraño personaje, produjo en mi organismo los efectos de la electricidad; mis cabellos se erizaron; mis músculos se estremecían e intermitente escalofrío exaltaba mis nervios; sin embargo, las estocadas se sucedían con simultánea rapidez, y mi mano, aunque aterida como la de un cadáver, paraba y devolvía con vigor extremado los repetidos golpes.

Mis dos amigos, únicos testigos de este asalto terrible, permanecieron extáticos, asombrados de mi singular energía y temiendo a cada instante verme caer sin vida.

Un oculto poder me protegía; la muerte, palpitante en el hierro de mi enemigo, me acariciaba con su acerada lengua, sin alcanzar a herirme el corazón. Cada vez que la punta de la espada de Mefistófeles rozaba mis vestidos, dejaba aquel escapar un rugido, rompía la guardia

dando hacia atrás un gran salto nervioso, y de nuevo se lanzaba al ataque con mayor ardimiento.

Los minutos corrían; copioso sudor inundaba mi frente, el combate se hacía desesperadamente largo. Vencer a Mefistófeles era poseer a Esmeralda; este solo raciocinio bastaba a darme aliento; pero vencer a aquel hombre de hierro, frío, impasible e invulnerable, como el genio del mal, a quien hasta entonces solo había resistido por milagro, era una empresa sobrehumana. Mis fuerzas empezaron a decaer. Una estocada mal parada atrajo un nuevo golpe más certero y más rápido; mi vista se turbó de improviso, y la espada de Mefistófeles, pasando delante de mis ojos con la celeridad del relámpago, desgarró el pecho de mi frac.

Mis amigos arrojaron un grito, y creyéndome herido mortalmente corrían a sostenerme, cuando vieron, atónitos, retroceder a mi adversario desconcertado y pálido.

—¡Maldición! —exclamó Mefistófeles deslumbrado por las rojas piedras del collar, las que, después de detener la punta de la espada que corría a herirme el corazón, lucían sobre el rasgado puño de mi frac como gotas de sangre—. ¡El mismo infierno te protege! —añadió rechinando los dientes. E inseguro desde aquel instante en sus nuevos ataques le vi debilitarse a la vez que esquivar los reflejos de los rubíes que me servían de escudo.

—¡Valor, Humberto! —me gritó Beltrán reconociendo mi ventaja.

—A tu vez el desquite —añadió el poeta reanimándome.

—¿Por qué me abandonas, Satanás? —exclamó Mefistófeles.

—Por Cristo que no vendrá a ayudaros —grité a mi vez triunfante; y como el rayo rápida mi espada, fue a atravesarle el corazón.

—¡Muerto! —exclamó Beltrán.

—Estocada de maestro —agregó Franz.

Mefistófeles no profirió una queja. Sus ojos se abrieron desmesuradamente, y de pie y rígido cual si fuera de piedra, quedó inmóvil y en la misma actitud en que fue herido.

Yo lancé un grito de alegría, abracé a mis amigos que asombrados contemplaban el rígido cadáver que se sostenía en pie y en actitud amenazante, y eché a correr, inflamado de amor y de esperanza, hacia el kiosco de mármol donde Esmeralda debía estar esperándome.

Pero apenas había vuelto la espalda, oí dos gritos a la vez; luego una ruidosa carcajada que estremeció los aires, y tras ella la cavernosa voz de Mefistófeles pronunciar esta frase que me llenó de pavor:

—¡Insensato!, has creído escapar, y vas a arrojarte ciegamente en las calderas del infierno.

XI
Memento homo…

Difícil me sería expresar el espanto que llegó a producirme la incomprensible amenaza de Mefistófeles, quien todavía de pie, y con mi espada atravesada en el pecho, manteníase amenazante frente a mis dos amigos. Contenido por una extraña fuerza, a la par que asaltado por un funesto presentimiento, vacilé en seguir los impulsos de la pasión que me arrastraba; pero tan combatida indecisión solo duró en mi alma lo que una gota de agua sobre un carbón hecho ascuas. El aturdimiento de toda aquella noche de deleitosa embriaguez, difícilmente podía ser resfriado ni aún por el cierzo de la muerte. No echa raíces la cordura sobre las brasas de una hoguera, a la que atizan los sentidos en su sed de deleites. Fugaz, como el relámpago, fue aquel postrer destello de sindéresis: sobre mi corazón paralizado, sentí que palpitaba con violencia el collar misterioso: y constreñido de nuevo por el vórtice en que giraba después de tantas horas, corrí hacia la gradería del kiosco olvidando al terrible fantasma, y ebrio, aturdido, loco de amor y voluptuosidad, fui a arrojarme a los pies de Esmeralda, como un seco haz de paja entre las llamas de una hoguera.

Ella fingía dormir, o dormía en realidad. Me apoderé de una de sus manos, y mis ardientes besos la hicieron despertar sobresaltada.

—¡Ah!, ¿eres tú? —exclamó incorporándose, con ondulaciones de serpiente, en el mueble diván donde se hallaba—: te había olvidado.

—¡Olvidado! —repetí suspirando, presa el alma de inmenso desaliento—, ¿por qué tanto rigor?

—Pregúntalo —me dijo con melancólica dulzura— a las horas que vuelan; a la esperanza en sus alas arrebatan, a las sonrisas que se borran de los labios y a las copiosas lágrimas que me hacen verter. Ellas te lo dirán.

—¡Eres un ángel escapado del cielo!

—Te engañas, soy simplemente una mujer; y como tal, víctima condenada a ver morir las pasajeras ilusiones que logramos despertar en nuestras almas, y a ser a nuestro pesar, verdugos implacables de ese bello ideal, tras el que corréis desatentados sin lograr alcanzarlo jamás.

—Desecha esas ideas; ¿a qué dar cabida al dolor cuando la felicidad nos sonríe?

—La felicidad, amigo mío, como las rosas tiene agudas espinas, y son estas la parte que en la dicha nos reserva el destino a las mujeres. Pero, perdóname, si de la sinceridad de tu afecto llegué un instante a desconfiar: son tan mal interpretados hasta nuestros más puros sentimientos, y es tan poco lo que ustedes, los hombres, nos conceden, que nos es necesario exigir mucho y con premura, para lograr obtener algo aunque muy tarde.

—Te engañas, Esmeralda —le dije con apasionada ternura—, el amor es vuestra obra…

—Y nos está vedado amar cual deseamos.

—Preocupación.

—Que habéis logrado elevar a tiránica ley.

—Pero que no domina el corazón.

—Si no creyera, como creo, en la pureza del afecto que he podido inspirarte, habría deseado que no hubieras venido, y que lejos de mí, hubieras encontrado la dicha con que sueñas. Pero ya estás aquí, y mi alma que es tuya, se siente trasportada a regiones de inefable ventura, hasta hoy desconocidas para mí.

Yo acaricié sus manos con mis labios, y ella tornó a decir:

—Óyeme, Humberto, quizás no me comprendas, pero no por ello dudes un solo instante de la sinceridad de mis palabras. Joven, bella y poseedora de no comunes atractivos, he cruzado la tierra en todas direcciones, seguida siempre con insistencia loca, por numerosa corte que se ha esforzado en seducirme. El lujo caprichoso y la riqueza pródiga han sembrado mi camino de fiestas, ruido y alegría; la lisonja, como esclava sumisa, me sigue a todas partes; y las penas que afligen a la humanidad, no parecen tener cabida en mi cortejo. Cual soberana absoluta, mi capricho, hasta hoy, ha sido ley suprema. Todo me ha sonreído. El poeta, en cien distintas lenguas, ha cantado mis gracias y me ha jurado amor. Pintores y escultores han copiado mis formas y se han hecho inmortales. La música, a su turno, ha creado para mí melodías especiales; en fin, todas las bellas artes, en el grandioso lenguaje que el hombre se levanta hasta Dios, me han entonado sentidas alabanzas, dignas de ser oídas y envidiadas por los ángeles; mas, no por ello he sido yo feliz. A pesar de esos goces que alimentan la vanidad y satisfacen el orgullo, mi vida ha sido triste, crueles mis insomnios, y sobre todo, muy amargo el despertar de cada una de esas horas de aturdimiento y de embriaguez, a que me he abandonado para no morir de desesperación. Poseedora de lo que todos envidian, envidiaba lo que a nadie le falta, la facultad de amar; y creyéndome para siempre condenada a no disfrutar jamás de pasión tan sublime, forjábame ilusiones, alentaba quimeras, pero mi muerto corazón permanecía insensible. *Maldita, sí maldita*, exclamaba en mis tristes horas de abatimiento, *nadie es capaz de comprender tu martirio; todos aman, todos saben amar, menos tu corazón. Amor, trinan las aves y suspiran los vientos; la naturaleza toda lo exhala cual perfume; amor respira el universo; y esa necesidad del alma, ese sentimiento dulcísimo, que nos pone en comunicación con el creador ¿estarás condenada a no experimentarlo jamás?* Yo lo creía resuelto; y privada del más noble atributo que ha concedido Dios a sus criaturas, me aturdía para olvidar y reía de despecho, cuando de pronto, en medio de indiferente multitud te encuentran mis miradas; una flecha de fuego parte de tus ojos, rompe la dura cota que el pecho me cubría y me atraviesa el corazón.

—Esmeralda, Esmeralda —exclamé contemplándola con deleitoso arrobamiento.

Mi corazón, yerto hasta entonces, prosiguió aquella encantadora sellándome los labios con sus dedos de hada, palpitó con inusitada

rapidez; un sentimiento desconocido, pero de infinita dulzura, acarició mi alma; y como el ciego que recobra la vista, sin haber tenido hasta entonces una idea de la luz, sino por las chispas fosforescentes que hicieran aún más profundas sus tinieblas, experimenté el violento despertar a una felicidad inesperada y te amé, Humberto, con toda la vehemencia de un corazón virgen de afectos.

Lo que yo experimentaba mientras oía a Esmeralda, no es posible expresarse. Sus manos y sus pies, a cada nueva protesta del afecto que me declaraba, recibían mil caricias apasionadas de mis labios, y arrullado por tan dulce embeleso me extasiaba.

—Ya puedes imaginar —continuó ella, cuya voz melodiosa, cada vez más seductora e insinuante me anegaba en un mar de infinita ternura—, cuánto sería mi abatimiento y mi dolor, cuando sonó la hora fijada para vernos sin testigos, y no viniste al punto. ¡Oh!, lo que he sufrido, solo tú, después de conocer como conoces ya mi alma, puedes apreciarlo. Ver la luz un instante y cegar nuevamente, es espantoso ¿no? Sentir arder el corazón en el fuego más puro, y de repente quedar yerto, es horrible ¿verdad?, pues todos esos tormentos los ha padecido mi alma, y… Pero, ya estás aquí, a mis pies, y todo lo he olvidado.

—Perdóname, perdóname —exclamé devorándola con ardientes ojos—; yo también he sufrido desesperantes pruebas. Para venir y postrarme a tus plantas, he tenido que vencer poderosos obstáculos, que sin el aliento que me daba tu amor, jamás los habría superado. El acero, opuesto al acero con violencia y con saña, brotó relámpagos que no pudieron deslumbrarme ni detener mis pasos, aunque aquellos brillaran lo bastante para dejarme ver las manos salpicadas de sangre.

—Esa es la ley eterna, luchar para alcanzar; pero desecha tan funestos recuerdos; la felicidad que en este instante disfrutamos, de sentir para siempre unidas nuestras almas con misterioso lazo, rechaza toda sombra importuna. El mal espíritu, que desde la tentación del paraíso, persigue a la mujer para perderla, retrocede esta vez; tus divinas caricias lo fuerzan a alejarse; hagamos por que de nuevo no se interponga entre nosotros: sígueme ciegamente por donde te guíe mi corazón, y no tendrás por qué arrepentirte de haberme amado tanto. Iremos a habitar otra región más que esta venturosa, otro mundo donde el amar es eterno, e infinitos los goces en que se extasía el alma…

—Esmeralda —exclamé interrumpiéndola, a la vez que abrasándome con delicioso abandono en los purísimos rayos que despedían sus ojos—; no sería acreedor a la felicidad que me prometes, si no sintiera como siento por ti, rebosada el alma de ternura; ternura tan inmensa, que ni el tiempo, ni la distancia, ni la envidia de maléficos genios agotará jamás.

—Humberto, si así fuera cuán feliz me harías.

—¡Oh!, pon a prueba mi amor; verás cómo resiste.

Y mis labios sedientos de caricias procuraban acercarse a sus labios, y beber los mil besos que para mí guardaban, cuando un pavoroso estrépito dejose oír de súbito. Como violenta ráfaga, los alados corceles del huracán cruzaron el espacio agitando las poderosas alas; iluminose el cielo con rojos resplandecientes; violenta vocería ensordeció mis oídos, y mis ojos contemplaron atónitos desplomarse, entre torbellinos de llamas, el suntuoso palacio en cuyo centro nos hallábamos.

—¡Fatalidad! —exclamé exasperado contra mi cruel destino—. ¿No has de cansarte nunca cruel verdugo?

—¡Ay! No te quejes a nadie sino a ti —exclamó mi sobresaltada compañera desprendiéndose con desesperación de entre mis brazos y poniéndose de pie rápidamente—. Tú buscas, desgraciado, esa fatalidad que irritado rechazas; tú la provocas y la llamas, y no quieres sin embargo que atienda tu reclamo. Cálmate, sé discreto, y verás como huye avergonzada de nosotros.

Mi exaltación había adquirido irrefrenables ímpetus, mi corazón comenzaba a nublarse.

—Huyamos, Humberto —tornó a decir Esmeralda con suplicante voz—, huyamos de esta atmósfera envenenada que marchita con su aliento los blancos azahares que aún coronan mi frente.

—¡Jamás, jamás!, no hay poder alguno capaz de separarte de mi pecho —exclamé con creciente delirio—. Quiero morir quemado entre tus brazos.

—¡Insensato!, ¿no alcanzas a entender que es la muerte de nuestro puro amor la que pretendes?, ¿no miras como el fuego que nos rodea todo lo consume y aniquila? ¿Y no te espanta, en fin, cómo este alcázar donde han corrido para ti tan dulces horas, va a convertirse, en breve, en un montón de escombros?

—Déjalo arder —le contesté, ciego de aturdimiento—. El fuego que me abrasa es más intenso, y solo tú lo puedes apagar.

—No lo desees —exclamó Esmeralda estremeciéndose—, ¿no ves a tus amigos y a los míos agitarse en medio del incendio, huir despavoridos sobre escombros humeantes, pedir socorro al cielo, sordo a sus lamentos; y en demanda de la vida, a cada paso tropezar con la muerte?

—Olvídalos —exclamé, más y más delirante—, déjalos que perezcan y gocemos sin verlos.

—Estás loco. Míralos por el contrario; y ve cómo desaparecen asfixiados entre torbellinos de ceniza: cómo luchan en vano por ganar un escalón que los aleje diez pulgadas de lo que antes codiciaban. Cuánta desesperación. Di, ¿no te aterra? El infierno les ha abierto las puertas y hacia ellas corren desatentados. ¿Por qué los quieres imitar?

Un destello lejano de luz crepuscular iluminó un instante mi nublada razón, y tras la roja cortina del incendio que todo lo abrasa, contemplé a mi pesar estremeciéndome el afanar constante de nuestras pasiones tempestuosas; su lucha encarnizada por vencer imposibles; sus estragos, sus víctimas y abiertos y cerrados sepulcros, y eterna desesperación. Y el odio, la ambición, el amor, la codicia, el orgullo y la envidia, sujetos las más de las veces al capricho de la *Vanidad*: de esa diosa arlequín, cubierta de púrpura y de harapos, señora de nuestros locos devaneos, y a quien rendimos culto despreciándola.

Esmeralda dejó escapar un suspiro.

La visión aterradora desapareció al punto, y sintiéndome arrebatar de nuevo por la tempestad de mis locas pasiones, apenas reprimidas un instante, estreché aquella adorada mujer entre mis brazos; y sintiéndola desfallecer, luché por apagar el fuego que me devoraba, en la límpida fuente de su amor virginal.

—¡Detente! ¡Desgraciado! —me dijo—: tocas al término de la dicha inefable; más allá está el hastío, el desencanto y el infierno.

—Deliras, nuestros corazones no tendrán de hoy más sino unas mismas pulsaciones.

—Te engañas —replicó con los ojos anegados en lágrimas y retrocediendo amedrentada—. Aléjate, olvídame si puedes, pero no toques uno solo de mis cabellos si quieres conservar en el alma, puro y sin mancha, ese bello ideal que has encontrado en mí.

—Es tarde, hermosa mía, es tarde para retroceder.

—Cómo se ve que no sabes quién soy.

—Quién eres, di, quién eres —exclamé deslumbrado por los reflejos de sus ojos, que lentamente se cerraban con aparente voluptuosidad.

—Soy… ¿No lo has adivinado?

—No, ni me empeño en saberlo.

—Ya no tienes remedio.

—Tú me brindas incomparable dicha.

—Yo me siento morir.

—Muramos juntos: pero sepa quién eres.

—Soy, simplemente, tu más bella ilusión.

—¡Oh!, bórrese de mi alma —exclamé apurado en sus purpúreos labios los amorosos besos que en ellos palpitaban.

—¡Ay de ti para siempre! —me dijo, y desmayada la sentí abandonarse a mis caricias.

Una noche profunda cubrió los últimos destellos de mi razón: en la lucha de los sentidos contra el alma, la materia triunfó; el hombre convirtiose en león, león hambriento, rabioso, voraz, e insaciable, con todos los arranques salvajes de su especie, con toda la furia en el placer y todo su vigor en la lucha. Mis ojos debían despedir llamas: el reflejo que arrojaban sobre la frente de Esmeralda, me deslumbraba a mí mismo; mi exaltación mató de un golpe los arrebatos apasionados de aquella criatura singular: de víctima me convertí en verdugo, de presa en buitre. ¡Oh!, poseer a una mujer hermosa es haber robado al cielo el más bello tesoro. León y Hombre, fundido en un ser, poseía para amarla una doble energía, que estimulaba al infinito la emulación establecida entre el racional embrutecido y la fiera apasionada: ¿a quién la palma? Poco importa saberlo; el placer se limita en copa de oro, y, plegando a mis dos naturalezas apagaba con vehemente anhelo la sed ardiente que secaba mis fauces, en el límpido arroyo que brotaba bajo la presión de mis labios, cuando un frío glacial, intenso y penetrante como una ráfaga del polo, sostituyose de improviso al fuego voluptuoso que me abrasaba el corazón. La sangre detenida coagulose en mis venas; y rechazado a la vida que agotaba el placer, por la misma mano de la muerte, sentí mis brazos entumecidos estrechar sobre mi pecho no una mujer de fuego sino un trozo de hielo. Hice un esfuerzo heroico por vencer la torpeza de mi espíritu, y levantando los ojos del abismo a que el amor, la embriaguez y el delirio me habían precipitado,

vi verificarse en aquel ángel, cuyas alas había cortado para siempre, la más espantosa metamorfosis a que pudiera condenarme el infierno.

Los ojos de Esmeralda, tan ardientes y bellos, se apagaron al encontrarse con los míos. Los rubíes del collar que hacía un instante había vuelto a colocar sobre su cuello, se licuaron y como hilos de sangre corrieron por sus hombros desnudos y por su seno de mármol. Las mórbidas espaldas que estrechaban mis manos, juntaronse hasta dejar descubierta la huesosa armazón; mis dedos crispados de creciente terror, se perdieron entonces entre ásperas y hondas cavidades; mi frente sintió duro el contacto de aquella tersa frente a que había estado unida, y mis labios, sedientos todavía de ardorosas caricias, no encontraron la fresca rosa abierta a su contacto, sino que tropezaron con la doble hilera de dientes pronunciados de una mandíbula descarnada y seca.

Un grito desgarrador partió del fondo de mi ser, como la última explosión de un corazón hecho pedazos; hice un esfuerzo sobrehumano por desprenderme de aquellos brazos rígidos que aún me retenían; y la hermosa mujer, la maravillosa creación que tanto había cultivado mi alma y halagado mis sentidos, quedó, ante mí, convertida en un horrible esqueleto.

Amor, embriaguez, deleites que tanto me habíais embelesado, ¿dónde fuisteis a esconderos?

¡Oh! Todo había desaparecido con pasmosa rapidez; y solo el repugnante esqueleto, única verdad de todo aquel conjunto de gracias y encantos, permanecía de pie como el emblema de la miseria humana: los brazos extendidos, abiertas las enjutas mandíbulas, y vacías las órbitas donde brillaran poco antes los más hermosos ojos que hubiera iluminado el sol.

Menos cruel fue el destino para con la orgullosa hija del Tántalo, quien todavía después de convertida en piedra por la cólera de Latona, conservó su belleza: lo que ante mí quedaba de aquella criatura sin igual, no era otra cosa que el residuo espantoso y ridículo de todos los encantos de la materia; la irrisión sarcástica de todas nuestras miserias; la horrible realidad de nuestra nada, desnuda de ese manto púrpura, de que hace tanto alarde nuestra insensata vanidad.

Yo había quedado estupefacto. A punto de morir de terror, oí vibrar sobre mi cabeza estrepitosa carcajada; los huesos del esqueleto se agitaron y tras ellos irguiose la sarcástica figura de Mefistófeles.

—Heme aquí, afortunado mortal —exclamó mi pertinaz perseguidor con afectada majestad—. Necesitáis quien atestigüe vuestro triunfo, yo lo proclamaré —y acariciando luego la hermosa armazón, añadió con profunda ironía—: ¿cuándo ha sido más bella y seductora? Hoy más que nunca te la envidio; pero no vayáis a tener celos; tuya es, te la devuelvo, llévatela… —y empujando hacia mí el horrible esqueleto, que cayó a mis pies hecho pedazos, desapareció exhalando un quejido irónico de dolor.

Yo lancé un grito y perdí la razón. A la especie de parálisis en que yacían mis facultades, sostituyose de improviso, violentísimo espanto. Mis nervios amortecidos despertaron; paráronseme como electrizados los cabellos; mis músculos se arquearon, y, sin saber a dónde, eché a correr a la ventura, huyendo desatentado de mí mismo.

Perseguido por fantásticas visiones salvé la gradería del kiosco y atravesé la ancha avenida, a cuya extremidad ardía el palacio entre violentos torbellinos de llamas. El incendio había ganado una gran parte del jardín; los árboles se inflamaban como gigantescas antorchas, y espeso manto de humo y de tinieblas limitaba el estrecho horizonte. Perdido en aquel laberinto de sombras y de llamas, parecíame distinguir entre el ruidoso chisporrotear del fuego, y los prolongados lamentos que cruzaban el aire, el áspero crujido de las articulaciones del esqueleto y el golpe seco con que sus pies sin carnes herían el pavimento tras mis huellas.

Despavorido y anhelante, crucé el jardín en todas direcciones, creyéndome perseguido por la blanca osamenta. Mis amigos habían desaparecido; me hallaba solo con mi desesperación y mi terror, y a los desgarradores gritos que se escapaban de mi pecho, contestaban mil voces discordantes y diabólicas, y convulsivas carcajadas sarcásticas y lúgubres gemidos, y el agudo chirrido de las aves nocturnas que, como yo espantadas, cruzaban las abrasadas avenidas, y con inciertos giros revoloteaban aturdidas alrededor de mi cabeza.

Después de cien revueltas infructuosas por escapar de aquel infierno, acerté al fin a tropezar con la verja del jardín; sin detenerme salvé aquel nuevo obstáculo, y me lancé en el abierto campo que se ofrecía a mis ojos no menos pavorosos.

El espanto que aturdía mi cabeza, daba alas a mis pies; presa el alma de insensato delirio, corría acosado por horrible cortejo de

fantasmas. Los altos cañaverales, con sus pardas espigas, que estrechaban la corriente del río, se me ofrecían, a la remisa claridad de la luna, como un ejército de espectros cuyos empinados penachos agitados por el viento, casi tocaban las nubes, y cuyos brazos descarnados me saludaban al pasar. Los árboles aislados los tomaba por colosales fantasmas, rebozados en negras vestiduras, que servían de atalayas a compactas legiones de gigantes, agrupados en la falda de la montaña. A través de la niebla, y de las nubes que fingían monstruos fabulosos, distinguía mil figuras grotescas, gesticulando sin concierto, cambiando de actitudes y moviéndose siempre con nerviosismo. Si las ramas de un árbol me azotaban al pasar junto a él, o si la corva garra de una planta espinosa se asía a mis vestidos, el alma parecía abandonarme, la sangre se helaba en mis arterias, y creyéndome detenido por la guadaña de un espectro, clamaba despavorido, dejaba al matorral la parte de mis vestidos de que se habían apoderado las espinas, y, doblemente aguijoneado por el terror, aceleraba la carrera. Mi cabeza amenazaba estallar, como una bomba, a cada nuevo choque que le daba terror. La tierra se estremecía bajo mis pasos rápidos, los ecos repetían mis pisadas con precipitado tropel. En el cielo me parecía descubrir abismos tan profundos como los que ante mí y a cada instante abría la tierra para sepultarme. Oscuridad profunda me rodeaba, y el viento, con desgarradores silbidos, inflaba mi espanto. Y crecía mi desesperación, y la fatiga me abrumaba, y corría, y volaba, y los espectros me seguían, y, creyéndome de Dios abandonado, sentíame deslizar, desfallecido, en insondable abismo, cuando percibí el plañidero son de una campana que tocaba a rebato. Extraña luz, al punto, descubrí. El monótono plañir de la campana sonó en mi oído como una voz amiga y revivió mi agotada energía. Torcí el rumbo que llevaban mis pasos y penetrando en las desiertas calles de una aldea, fui acercándome exactamente a la entrada de una humilde capilla, en cuya puerta veíase escrita, con luminosos caracteres, una inscripción completamente opuesta al fatal *Lasciate ogni speranza*, que coloca Dante a la entrada del infierno.

No sé cuánto tiempo duró mi desfallecimiento. Cuando volví a la vida, la aurora comenzaba a colorear el cielo: los pavorosos fantasmas de aquella noche inolvidable habían desaparecido; y mis dos amigos, que para siempre me figuraba haber perdido, me estrechaban en sus

brazos. Todo había terminado, y antes que ningún otro ruido hiriese mis oídos:

—*¡Vanitas Vanitatum!* —oí exclamar a Beltrán con tono solemne y sentencioso.

—*¡Et omnia vanitas!* —agregó Franz, derramando una lágrima.

Índice

Edición digital
Diciembre de 2018
Caracas, Venezuela.





Vanitas vanitatum

Eduardo Blanco

Vanitas vanitatum (1874) es una novela de corte fantástico cuya acción transcurre en Caracas, en tiempos de la Guerra Federal. "Un grupo significativo de la población se ha entregado al disfrute de los placeres más banales, mientras la lucha se generaliza en Venezuela. Entre estos diletantes, como los llama Blanco, se encuentran los protagonistas: Franz, Beltrán y Humberto, quien es el narrador de la historia. Ellos viven una aventura extraordinaria para ganar el favor del personaje femenino, Esmeralda, materialización del ideal de belleza romántico", tal como se señala en el prólogo.

Eduardo Blanco (Caracas, 1838-1912).
Emblemático escritor venezolano, nace en medio de revueltas civiles sustentadas en ideales nacionalistas. La influencia de este contexto lo conducirá a pasar sus años de juventud como edecán de José Antonio Páez. Más tarde incursiona en la escritura creativa con algunos relatos breves publicados bajo el pseudónimo de Manlio. Alcanzará fama con su imponente texto de carácter épico-narrativo *Venezuela heroica* (1881). Durante el gobierno de Cipriano Castro ejerce el cargo de Ministro de Exteriores y Ministro de Instrucción Pública, respectivamente. Entre sus cuentos y novelas figuran *Vanitas vanitatum* (1874), *Una noche en Ferrara o la penitente de los Teatinos* (1875), *Zárate* (1882), *Las noches del Panteón* (1895) y *Tradiciones épicas y cuentos viejos* (1914). Fue colaborador en importantes publicaciones periódicas de finales del siglo XIX y principios del XX, como *El Cojo Ilustrado, La Entrega Literaria* y *La Causa Nacional*.



